Charles Maurras

MI DEFENSA

E.P.E.S.A.

ALFREDO SANCHEZ BELLA

DIRECTOR

Tall. Gráficos MARISAL: Pl. de Oriente, 1.—Madrid.

CHARLES MAURRAS

MI DEFENSA

TITULO ORIGINAL:

«Declaration de Charles Maurras
à la Cour de Justice du Rhône.»

E P E S A
EDICIONES Y PUBLICACIONES ESPAÑOLAS, S. A.
MADRID MCMXLVI

Queda hecho el depósito que marca la Ley
Copyright by "Ediciones y Publicaciones Españolas, S. A." (EPESA), Alcalá. 20, Madrid

IMPRESO EN ESPAÑA

PROLOGO

Tu Segnour, Dieu de ma patrio,
que nasquères dins pastriho,
enfioco mi paraulo e donno-me d'alen!

(MISTRAL: *Mireille.*)

POCAS veces la idea de Patria ha tenido más profundo y auténtico valor de idea-fuerza *que en el pensamiento de Charles Maurras. Su última manifestación pública, tan agresiva y personal —la «Defensa», en el más importante pleito de su larga y azarosa vida—, lo demuestra plenamente. Todo lo que haya de exageración, de error, de desviación, de incapacidad de adaptarse a una nueva visión del mundo de las ideas políticas —que equivale a una verdadera superación de los nacionalismos—, tiene su origen en el amor sin límites que Charles Maurras ha tenido siempre por la «dulce» Francia. Este amor suyo ha determinado en su espíritu un fanatismo sólo parecido al de los enamorados de grandes abstracciones. El fanatismo de Robespierre por la Diosa Razón no era menos profundo y tampoco diverso, en cuanto a su estructura íntima, del fanatismo de Maurras por la Idea-Patria.*

Las corrientes políticas de Francia se distribuyen en verdaderas familias de ideas después de la Restauración en 1815. *El crítico liberal Albert Thibaudet distingue a este propósito seis familias del espíritu en el cuadro general de las ideas políticas, es decir, el* tradicionalismo, el liberalismo, el industrialismo, el cristianismo social, el jacobinismo y el socialismo.

Dentro de todos estos grupos fué decisiva la influencia de las llamadas «Sociedades de pensamiento». No se puede formular una verdadera teoría de las ideas políticas en la Francia del último siglo y medio sin tener en cuenta la función, con profundas repercusiones,

de estas mónadas intelectuales que son las «Sociedades de pensamiento», admirablemente estudiadas antes de la otra guerra por el crítico e historiador Augustin Cochin. En los tiempos de la Revolución y durante todo el siglo XIX *hubo una especie de identificación entre el mundo de las ideas políticas y el mundo de las letras y del espíritu puro. Unicamente en el siglo* XX *se produce la ruptura. Asistimos, efectivamente, a una verdadera marcha hacia la izquierda de las ideas políticas y a una concentración impresionante de las letras en el campo derechista. Nada podría ilustrar de manera más significativa este paralelismo entre el mundo de los valores del espíritu y el de los movimientos políticos y sociales en Francia, que en un análisis riguroso del famoso* affaire *Dreyfus. Fué éste una verdadera contienda en que toda Francia tomó parte efectiva y cuyas consecuencias persisten todavía en las convulsiones actuales del país transpirenaico.*

* * *

En el cuadro de las familias políticas, Charles Maurras se coloca, sin dificultades de tipo sistemático, en el grupo tradicionalista. *Le acompañan, por tanto, en su infatigable lucha nacionalista de más de medio siglo, las sombras ilustres de Chateaubriand, Le Bonald, De Maistre, Le Play, De La Tour du Pin, Mistral, Drumont, Bourget, etcétera. Recorre una parte del camino, en la compañía real de Maurice Barrès, Jacques Bainville y Leon Daudet. Su actividad política, literaria y crítica es realmente prodigiosa, comparable acaso con la de Voltaire o de Víctor Hugo. Bajo su poderosa autoridad intelectual se produce aquella orientación hacia valores positivos, nacionales, de las actividades intelectuales de Francia en lo que va de siglo. Fueron los críticos liberales, nada sospechosos de simpatía hacia el nacionalismo, los que afirmaron, rotunda y claramente, que, en cuanto idea de cultura, el* tradicionalismo *ha vencido al* radicalismo. *Pero, políticamente, fué el radicalismo el que obtuvo siempre la victoria, y el fenómeno no deja de ser curioso. En Francia, el dominio político ha pertenecido siempre al mundo intelectual y literario de París. El nacionalismo actual de Maurras y Barrès dominó, durante medio siglo, espiritualmente, la capital de Francia. Determinó corrientes de ideas en todo el país, propulsó grandes entusiasmos colectivos, pero no conoció el poder efectivo. La explicación de este fenómeno consiste quizá en el hecho de que su doctrina política se mantuvo en la esfera de lo que podría llamarse* pensamiento político puro. *«Si hay en el mundo —decía él en* 1908*— un movimiento de ideas, de ideas puras, de* puras ideas políticas, *éste es* La Acción Francesa. *En la raíz de la doctrina de Maurras y de todo el movimiento de* La Acción Francesa *está la idea*

de continuidad: *continuidad* monárquica, *continuidad* aristocrática, *en el sentido más elevado del espíritu; continuidad de la* herencia *de los antiguos valores de Francia. Su postura espiritual expresa, desde los comienzos, un contenido de rebelión. que ataca, sucesivamente, a la oposición liberal de la Restauración, que destruyó, en Francia, la idea de gobierno; a la oposición democrática y bonapartista del Gobierno de julio, que aniquiló la idea nacional, y a la oposición democrático-liberal del Imperio, que pulverizó la idea de* autoridad.

Es la suya una conspiración. *Conspiración destinada a determinar un* estado de espíritu, *que signifique ruptura y golpe de fuerza contra el régimen existente en Francia. Este estado de espíritu se basa en los siguientes postulados fundamentales: el amor a la Patria, el amor a la religión, la tradición, el orden material y el orden moral; el odio y el temor a la anarquía y al extranjero de dentro y fuera. El objeto de* La Acción Francesa *no es tanto la* Monarquía, *sino el acto de establecer, de* instituir *esta* Monarquía. *Ella combate la democracia en la medida en que es demofilia y fuente de injusticias, y el liberalismo, en cuanto fuente de anarquía.* La Acción Francesa *es una* escuela. *Pero no una escuela de filosofía o de moral, sino una escuela de* política nacional francesa, *con una doctrina acabada, que es la doctrina del nacionalismo francés; es decir, católica* (1), *antimasónica y antisemita. Doctrina de continuidad espiritual,* La Acción Francesa *recoge la herencia de la obra de Mistral, de Le Play, de la escuela de los «verdaderos discípulos» de Augusto Comte y de Eduardo Drumont, de Bourget y de Barrès, que significaba un retorno a las instituciones tutelares, una conciencia íntima de las fuerzas profundas y concordes de la raza, que constituyen una unidad indestructible a pesar de las contradicciones superficiales.*

La Patria es una idea-fuerza, *por la cual centenares de miles de hombres han sacrificado sus vidas. El imperativo moral del voto es un monumento en ruinas. La República puede definirse como una dominación de los intereses, las pasiones y los designios de los partidos sobre el interés máximo del pueblo francés.*

* * *

La presencia del movimiento de La Acción Francesa *llena casi medio siglo de historia política francesa. La mayor parte de los grandes paladines del nacionalismo francés no llegaron a vivir, en todas*

(1) Condenada, durante algún tiempo, por la Santa Sede, *La Acción Francesa* fué reintegrada en la comunidad católica después de la famosa carta que Maurras dirigió a Pío XI el 12 de octubre de 1926.

sus dimensiones, el drama del crepúsculo. León Daudet murió poco tiempo después de la derrota militar. A Maurras, en cambio, le tocó vivir todas las fases del drama. Para un hombre como él, que ha visto siempre en Francia una perspectiva histórica, una proyección hacia atrás, no fué tanto la derrota militar cuanto la sucesiva confusión moral lo que más le afectó en las entrañas de su idealismo y su visión de grandeza nacional. Acusado de haber colaborado con Alemania durante la ocupación, Charles Maurras es juzgado por un tribunal popular de Lyon y condenado a cadena perpetua a finales de enero de 1945. *El* 24 *y* 25 *de enero pronunció él, con la violencia polémica que siempre le ha sido propia, su «Defensa», que fué después publicada en Suiza, bajo el título* «Déclarations de Charles Maurras a la Cour de Justice du Rhône» (*Editeurs Trois Anneaux, MCMLV*).

Páginas de verdadero dramatismo se suceden bajo nuestras miradas en esta disputa final —demasiado personal para constituir la coronación de una obra grandiosa— de un hombre cuya vida ha sido una larga serie de contiendas. «Os hablo —dice él— con toda la sencillez de mi corazón. Yo no soy más que un viejo filósofo. Despreciáis la filosofía, despreciáis, con ligereza, las ideas; pero, a decir verdad, la función que ejercéis, no digo la profesión que realizáis, os obligaría a algunos deberes.

»¿Os sentís demasiado contento? Os envidio de todo corazón. Yo estoy mucho menos contento de mí y, a pesar de ello, mi vida vale más que la vuestra... He de deciros, señor Abogado de la República, que la violencia no está en mis palabras, como parece, sino en la situación. La violencia radica en el hecho de que ocupáis el sitio que ocupáis, cuando es a mí a quien corresponde...»

* * *

Documento lleno de dramatismo y de elocuencia, la «Defensa» de Charles Maurras encierra, en una visión dinámica y apasionada, el examen despiadado de las causas de la decadencia política y espiritual de Francia. Durante cincuenta años, los prohombres de la República, de la democracia y del liberalismo francés contribuyeron, por su actividad o por su incapacidad de estar a la altura de los acontecimientos, al colapso final. Pero, en lo que tiene de valor humano, este documento nos dice algo más. Nos indica que también el llamado nacionalismo francés se mantiene en la esfera de los fenómenos de las postrimerías políticas. En su última contienda, el acusado, el protagonista del drama, no logra elevarse a la altura de las grandes exaltaciones, al servicio de una idea cualquiera. Grande es el número de franceses que en los últimos meses pasaron al mundo del más allá, no importa por qué motivos y con qué consecuencias para el porvenir de Francia. Sin embargo, tenemos que reconocer —sin menoscabo alguno en nuestro respeto por el maestro del nacionalismo francés, y lejos, muy lejos de atribuirnos calidad de jueces morales frente al inexorable juicio de la Historia— que nuestro viejo luchador provenzal se presenta frente a sus acusadores humanos valiente, sí, indomable como siempre, pero muy por debajo de la imagen que los admiradores suyos se habían construído de él. Reducir las actuales convulsiones europeas a sus dimensiones de los tiempos del Tratado de Vestfalia, imaginarse que las mismas fuerzas de hace dos siglos son las que operan en las actuales circunstancias, negarse, con una testarudez espiritual inexplicable, a admitir la existencia de nuevas fuerzas que están moviendo el mundo de nuestro desventurado Continente, he aquí, a nuestro parecer, lo que afecta profundamente a esta postrera manifestación confesional del jefe del nacionalismo francés. La «Defensa» de Charles Maurras puede ser, para muchos, un testimonio lleno de pathos *y de enseñanzas de las tragedias de Francia. Nosotros recogemos de él lo que más sobresalta, lo que encierra, en cuanto drama humano. Leyendo, con el ritmo rápido que la época en que vivimos nos impone, estas páginas de confesión personal, creemos adivinar en la desesperada voz del Maestro que toca a su fin la angustiosa verdad expresada alguna vez por un gran poeta, compatriota suyo:*

«La chair est triste, helas!, et j'ai lu tous les livres...»

GEORGE USCATESCU.

INTRODUCCION

MI INSTINTO ANTIGERMANO

Quiero hablar, ante todo, de mi instinto profundamente antigermano.

Nací el 20 de abril de 1868 en Martigues (Bocas del Ródano), en la región de Provenza, poco más de dos años antes de la guerra de 1870, bastante lejos de su teatro de operaciones, pero cuyas repercusiones fueron harto profundas en mi conciencia y en el ambiente en que yo vivía. Mis lectores más familiares saben que los recuerdos de mi primera infancia se remontan muy lejos. Estoy seguro, por ello, de no ser víctima en este momento de ningún espejismo. Todavía veo en el despacho de mi padre los retratos del emperador, de la emperatriz y del príncipe niño, cosa que sólo podía ser antes de mayo de 1871, en que me llevaron al campo. A mi regreso, pasado el 4 de septiembre, los retratos habían desaparecido. Durante el trayecto, me acuerdo perfectamente que atravesamos Marsella, en un día de motines, en la Plaine Saint-Michel. Mi padre había llegado precipitadamente para reunirse con mi madre y conmigo en Roquevaire, con el fin de hallarnos todos juntos en caso de desórdenes. Le veo también durante las semanas que siguieron, trayendo malas noticias de la Alcaldía, o siguiendo él y mi madre, con los ojos llenos de lágrimas, los progresos de la invasión, en un atlas

negro que yo llamaba «Le livre des Pussiens» (*El libro de los Prusianos*).

Aun veo al otro lado del canal la guardia nacional haciendo instrucción bajo el mando de mi padrino, profesor de Hidrografía, que tenía de trompeta a un tal Cornelio, empleado de mi padre.

Y más tarde veo en mi casa a los soldados de la guardia móvil, que se embarcaban para reprimir la insurrección de los argelinos, y me veo a mí tocando con respeto sus gorros, sus mochilas y sus cinturones.

Tales recuerdos han sido siempre mi obsesión; la única tristeza de mi primera infancia, por lo demás, despreocupada, turbulenta y alegre. Este rincón es el único que se quedó cubierto con un velo que ha pesado sobre toda mi vida. En 1943, delante de los centinelas alemanes, que vigilaban nuestros puentes, decía yo a mis conciudadanos:

—Se ha realizado la pesadilla de mi existencia. Siempre tuve miedo de que llegaran a Provenza, hasta Martigues.

* * *

El antagonismo entre los franceses y los alemanes dominó toda mi juventud.

En las familias más humildes, cada sable de hoja de lata que se regalaba a un niño estaba destinado a llevar la bandera francesa hasta los muros de Berlín.

Cuando llegué a Aix, para empezar el octavo curso, me alegró sobremanera saber que tendría por profesor a un lorenés, cuñado del abad Wetterlé, que debía venir un poco más tarde para vigilar personalmente nuestros estudios y nuestros cursos de gimnasia durante algunos meses.

¡De Lorena! ¡Y de los que habían optado por Francia!

En la casa donde nosotros habíamos alquilado el primer piso, una familia de Messins, refugiada por la misma razón, vivía en el segundo y tercero. El contacto con ellos nos conmovió, por la dignidad del hogar, por su alegría encantadora y sencilla, su espíritu religioso y patriótico y

su ardiente fidelidad al paraíso perdido. Tanto los ancianos padres como la hija tenían los mismos rasgos. Preciso era verlos reunidos, cierto día, serios, sombríos, conmemorando la capitulación de su bella ciudad. De un pequeño cofre sacaron un objeto misterioso, envuelto en tela preciosa, que desplegaban con veneración: era un pedazo de «pan del sitio», completamente negro. Después de seis o siete años, estaba más duro que la piedra. ¡Reliquia sagrada! La tenían en la mano y cada uno la saludaba y la acariciaba: las mujeres, con lágrimas en los ojos; los hombres, con el duro acento de una mirada llena de fe... Y los años siguientes, en la escalera de nuestra casa, durante las licencias militares, nos fué muy familiar el alegre ruido de los sables tocando las espuelas de Saint-Cyr y de la Politécnica, anunciando la llegada de los hijos, ya oficiales.

* * *

Fuí destinado a la Escuela Naval. Sordo a los catorce años, tuve que renunciar. Lo más duro para mí fué —lo recuerdo perfectamente— que se esfumaba mi sueño de ir a cañonear un puerto alemán y cerrar en el mar del Norte o en el Báltico, la entrada del canal de Kiel, que se empezaba a construir con los miles de millones de nuestra indemnización.

Hacia el 1882, cuando Julio Ferry gritaba que no nos dejáramos hipnotizar por la «línea azul de los Vosgos», se produjo un verdadera escándalo, frente al cual los jóvenes de mi edad reaccionaron enérgicamente. Aunque habitaban en la costa, estaban contra una política colonial, alimentando una política de reintegración con vistas a la recuperación de las provincias perdidas: ¡Alsacia y Lorena sobre todo!... Tal era la consigna en todos los pechos.

Este tesoro moral lo llevé conmigo a París.

EN PARIS

He publicado ya cierto número de volúmenes en prosa y verso, ensayos críticos, literarios y filosóficos, estudios políticos y sociales, de los cuales se ha formado un *Diccionario político y crítico* en cinco volúmenes, en octavo, y donde se puede leer con algún provecho el artículo «Alemania».

Algunos otros trabajos los dediqué casi enteramente a las relaciones franco-alemanas: «Kiel y Tánger», «Cuando los franceses no se querían», «Frente a la Alemania eterna».

Dos años solamente hace que publiqué en Provenza el libro «Sin la muralla de los cipreses», alegoría de una reedificación necesaria de la Patria.

En el año 1886 tenía yo dieciocho años. Empezaba a hacerse popular el *bulangismo*. Mientras Boulanger no fué más que un soldado demagogo y radical me mantuve yo en contra. Pero cuando tomó la figura popular del *General Revancha*, me hice *bulangista*, y como escritor joven me puse al lado de mi amigo Mauricio Barrès, que ya se había declarado como tal en el 1888. Tenía yo por aquel entonces veinte años. En 1889 tienen lugar las elecciones. Soy ya mayor de edad. Aunque antisemita, voto, por espíritu de disciplina, al candidato judío Naquet.

A partir de mis primeros artículos políticos solía mencionar yo bastante la interesante fórmula de Roberto de Bonières de que la «idea de *revancha* ha tenido por largo tiempo el papel de una especie de «Reina de Francia», en el sentido de que mantuvo la unidad política de la Nación, realizó la unión de los ciudadanos, se impuso a todos los partidos e hizo que se votaran por unanimidad los créditos militares. He mencionado tantas veces esta frase, que

muchas veces se me atribuyó a mí mismo, a pesar de que citase siempre el nombre de su autor o la pusiese entre comillas. Un partido de *revancha* me pareció que podía ser, en 1940, la garantía de toda *revancha francesa*. Cuando Laval y Déat combatieron esta idea reaccioné automáticamente contra ellos.

En 1894 funda Barrès *La Cocarde*. Yo soy entonces su mano derecha. Es inútil decir con qué sentimientos colaboré yo con él y con el socialista Gabriel, diputado de Nancy. El sentimiento de estos hombres del Este correspondía exactamente al mío.

Toda mi vida política estuvo, por lo demás, en permanente contacto con los hombres del Este, fieles a la idea de *revancha*: el general Mercier, al que debemos nuestro cañón del 75; los hermanos Buffet, el comandante Picot, que había vencido a Jules Ferry en los Vosgos en las elecciones de 1885, etc. En la atmósfera que ellos respiraban se hallaba para mí la verdadera orientación de la política exterior francesa.

Hasta entonces había marchado Francia casi unánime en esta dirección. Los maestros de escuela se destacaban por su ardor patriótico y por su espíritu de *revancha*. Ninguno hubiera sido capaz de decir, como hizo uno de ellos veinticinco años más tarde, en una reunión electoral de 1914: «Quisiéramos ser alemanes antes que ver a nuestros hijos hacer tres años de servicio militar.»

La política colonial de Ferry no había mordido todavía el sentimiento nacional antialemán. Pero ya en 1892 se había producido un hecho nuevo.

EL ZAR, EN PARIS

Fué este hecho nuevo la alianza con Rusia, que todos nuestros mentecatos creían dirigida contra Alemania, y que, al contrario, trabajaba en su favor.

Siguiendo la expresión común a toda Europa, San Pe-

tersburgo hacía el papel del «buen cortesano de Berlín», organizando el 18 de junio de 1895 un encuentro de nuestros buques con la flota alemana en el canal de Kiel, que acababa de ser abierto.

El año siguiente, el Zar y la Zarina eran aclamados en París. Como redactor de *Soleil*, no quise escribir ni un solo artículo en honor de los soberanos rusos, explicando el porqué. El director, M. Edouard Hervé, de la Academia Francesa, me mandó decir y me dijo personalmente «que podía ser que el porvenir me diese la razón». El porvenir... Dos años más tarde, (1898), la tentativa de coalición franco-germano-rusa estallaba contra las rocas desérticas de Fachoda.

Desde aquel momento la idea de la *revancha* empieza *a perder terreno*; el pueblo francés, a quien se le muestran dos enemigos, en vez de uno, no sabe por dónde sacar la cabeza. Además, escucha demasiado a los socialistas; detrás de ellos, el canto de Pottier, «Crosse en l'air et rompons les rangs»; el antimilitarismo y el antipatriotismo, máscaras del pacifismo, hacen terribles progresos.

LAS DOS ATENAS (1898)

Uno de mis primeros viajes fuera de Francia lo hice con ocasión de los Juegos Olímpicos de Atenas, donde descubrí las siguientes cuatro cosas:

Primera. Todas las naciones, menos la nuestra, se hacen cada vez más nacionalistas.

Segunda. La alianza rusa nos ha hecho daños en el Oriente griego, latín y hasta en el turco.

Tercera. La importancia material de Francia ha disminuído en estos países del Levante, en otro tiempo nuestros.

Cuarta. Empiezo a darme cuenta de la decadencia que la democracia ha impuesto a Francia en los últimos cien años.

EL CASO DREYFUS

Nacido en Inglaterra, como respuesta a la misión Congo-Nilo, *el affaire* vuelve rápidamente a ser una maniobra del servicio de espionaje alemán para librarse del contraespionaje francés, una maniobra del ejército alemán contra el ejército francés, que empezaba a infectarlas. París sabe lo que hace Berlín, mientras Berlín no sabe lo que ocurre en París. París ha podido proveerse con un nuevo, misterioso cañón, el 75, sin que Berlín se diera cuenta. El «caso Dreyfus» no es un asunto judicial, sino un asunto de salud pública. Bainville, en su «Historia de Francia», pone de relieve uno de mis aforismos.

«Si Dreyfus es inocente, que lo hagan mariscal de Francia, pero que fusilen a una docena de sus defensores.»

Me lancé, por tanto, a una violenta campaña antidreifusiana, que se prolonga diez años, y cuyos resultados han sido registrados por un crítico republicano nada sospechoso, Alberto Thibaudet:

«Políticamente, los dreifusistas resultaron vencedores en toda la línea. Moralmente, intelectualmente, han sido vencidos. Fueron sus adversarios los que ganaron; las ideas de los Derechos del hombre en la democracia, etc., han sido derrotadas, en provecho del nacionalismo.»

Fiel a Dreyfus, el noble Peguy se echaba sobre Jaurés, a quien colmaba, en un libro famoso, de invectivas y sarcasmos.

I

LA ALEMANIA INTELECTUAL Y «LA ACCION FRANCESA»

En 1899 reúno a los fundadores de *La Acción Francesa*, a Vaugeois y a mi admirable amigo Pujo. Cuarenta y cinco años hace, por consiguiente, que soy colaborador de mi coacusado.

El objetivo de *La Acción Francesa* no era sólo político, sino también intelectual. Hacía frente a la *Revista Blanca*, ardientemente judío-comunista. Nuestro movimiento se proponía combatir la influencia alemana en las Artes, las Letras, la Historia y la Filosofía. ¡Oh! Nosotros siempre tuvimos en cuenta lo que de humano existe en Alemania. Los enormes defectos de este pueblo, constatados por testimonios milenarios; su perfidia (*genus mendacio natum*), su rapacidad (*Germani ad proedam*) no nos impulsaba a desconocer la parte que habían tomado en la civilización sus sabios, sus artistas, sus filósofos, mientras no había caído aún totalmente enfermo y no se había perdido en sí mismo, ni se había declarado dueño y Dios del género humano. Apreciábamos, entre los modernos, a hombres como Leibnitz, Goethe, Schopenhauer, el mismo Nietzsche, cuya violenta crítica del espíritu alemán y cuyos elogios de la civilización clásica y mediterránea se olvidan demasiado.

Pero atacamos hasta la raíz la humanidad por germanidad (*all mann*, todo hombre, decía Fitchte, en su primer «Discurso»). El alemán basta para todo. El es todo. Nada existe, ni vale fuera de él. De este modo se separa de la Humanidad o se le opone.

Este cisma parece haber comenzado con Lutero (*el hombre alemán*, que decía Fichte). Después, bajo la acción de la derrota de Tena, Fichte, Schelling, Hegel y sus discípulos elaboraron, desarrollaron y propagaron su evangelio del «yo» alemán, que fué el gran motor, en Alemania, de la unidad y del cual el hitlerismo es un simple derivado, adaptado a los tiempos nuevos o apenas renovados.

Porque mal se conocerá el hitlerismo si no se tiene en cuenta su raíz fichteana, sobre la cual ningún otro escritor ha llamado más que yo la atención de los franceses. Ya en 1894 —antes de la fundación de *La Acción Francesa*—, cuando el capitán Philippe, del ejército colonial, publicó la primera traducción separada de los «Discursos» de Fichte a la nación alemana, escribí yo en la *Revista Enciclopédica Larousse* un artículo, fuertemente motivado, sobre este libro revelador de los verdaderos sentimientos germanos y del bien que nos desean.

Al darme las gracias, me escribía el traductor —tengo todavía su nota— que el Consejo Municipal de París, entonces radical de buena tinta, había fundado, conmovido por mi artículo, y había comprado doscientos ejemplares de su trabajo. Pero debía haber comprado doscientos mil para que los franceses se pusiesen en guardia y al corriente. ¡Cuán atrasados estaban con respecto a la verdad sobre Alemania!... Y se quedaron largo tiempo en el mismo estado, por causa de sus malos dirigentes, como se verá después, en el caso de *Mein Kampf*...

Esta era la postura de los fundadores de *La Acción Francesa* con respecto a Alemania, y en mí se remonta a 1894. Todos permanecimos fieles a esto.

EL ANIVERSARIO DE FUSTEL DE COULANGES

Diez años más tarde —diez años después de 1895—, en 1905, los fundadores de *La Acción Francesa* celebraron el LXXV Aniversario del nacimiento de Fustel de Coulanges, por las siguientes razones:

Primera. Este historiador había dado su justa medida a la parte del elemento llamado «germánico» en las invasiones bárbaras del siglo V, a la formación del compuesto francés y a la génesis de las instituciones de Francia.

Segunda. Este gran patriota había señalado la diferencia entre la manera de escribir la historia en Francia y en Alemania, nacional en este último país, y antinacional entre nosotros.

Tercera. En aquel poderoso requisitorio, Fustel de Coulanges demostraba las consecuencias morales, sociales y políticas del liberalismo de los escritores franceses y del nacionalismo, siempre militante, siempre y en todo, de los escritores alemanes.

Cuarta. En estos dos cuadros, Fustel de Coulanges ponía de relieve un doble deber: para el sabio, el de ser imparcial y objetivo; para los ciudadanos, el de servir, amar y honrar a su patria, no sólo en su extensión territorial, sino también en su espacio histórico, en su pasado:

«Quien destruye el pasado, destruye la patria.» Es éste un axioma esencial para Fustel de Coulanges.

Esta conmemoración desencadenó contra nosotros la ofensiva apasionada de las izquierdas, desde *L'Humanité* hasta el *Journal des Débats*; Jaurès, germanófilo en el alma, estaba excitado. Todos los detalles de aquella escaramuza se encuentran en mi opúsculo «La Bagarre de Fus-

tel», publicado en el libro «Frente a la Alemania eterna» (1937).

Se llegará a conocer nuestra posición frente a la Alemania intelectual al saber que, al día siguiente de haberse transformado nuestra revista en periódico (1908), se libraron nuestras primeras batallas en la calle entre nuestros estudiantes y un pequeño grupo llevado a Alemania por un profesor socialista para hacerle olvidar el gran luto alsaciano-loreno.

MONARQUIA Y DEMOCRACIA

En el 1900 tracé mi «Encuesta sobre la Monarquía», llegando a la conclusión de que la Monarquía (tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada) representaba la salvación pública.

¿Por qué semejante conclusión? No brotaba en mí de un sentimiento de fidelidad personal, ni en virtud de algunos principios generales de derecho divino; yo no había nacido monárquico y nada me ligaba a los príncipes a quienes no conocía. Al tomar la pluma en su favor, fundaba mis razones en el hecho de que después de la caída de sus reyes, la Patria francesa, que había nacido y se había hecho grande gracias a ellos, no ha dejado ni un momento de estar expuesta, minada y amenazada por el Extranjero, como efecto natural de las incapacidades de la Democracia.

Mis razones, desarrolladas en un volumen de casi mil páginas, estaban motivadas únicamente por las necesidades de la Patria, por su vida y por su grandeza. Hay que añadir que su valor no ha dejado de aumentar durante estos últimos cuarenta y cuatro años. Sólo me quejaba entonces de cinco invasiones alemanas desde 1792: en 1792, 1793, 1814, 1815, 1870. Vinieron después las de 1914 (hasta Noyon), y la de 1940 (hasta San Juan de Luz). Ningún

reino borbónico había sido invadido en estas proporciones. La última punta extranjera, la del 1636, no había sobrepasado Gorbie... Las cosas han cambiado mucho después de 1792, cuando los republicanos de la Gironda declararon una guerra que duró veintitrés años y que, después de glorias magníficas y agotadoras, terminó en Trafalgar, Leipzig y Waterloo.

Mis recriminaciones a la democracia se fundaban no sólo en los daños que ha causado a Francia, sino también en los engrandecimientos que regaló a Alemania.

Plebiscitaria o parlamentaria, republicana o coronada, la democracia ha sido, por medio de los Girondinos, de Napoleón y de los liberales del siglo XIX, el más grande artífice de la unidad alemana. Jacques Bainville lo ha demostrado de manera perentoria en «Bismark y Francia», y sobre todo en «La historia de dos pueblos», que son las dos Biblias de *La Acción Francesa*, en cuanto a la política exterior, junto al incomparable trabajo de Pierre Lasserre «El germanismo y el espíritu humano».

Las responsabilidades de la democracia son aún más graves. Podría decirse que ella no ha podido defender las fronteras de la Patria, puesto que las ha dejado expuestas al viento siete veces durante los últimos ciento cincuenta años. Lo que pasaba era que ella se identificaba, según la expresión de Renán, con el gran disolvente de nuestra organización militar, mientras, por otro lado, nuestros «tumultos gálicos» nos han lanzado cuatro veces en empresas desconsideradas. Sólo la Monarquía, en el período que corre desde el 1815 hasta 1848, durante treinta y tres años, habrá encontrado el método de una política razonable y fuerte que nos preservara de la guerra contra los demás o contra nosotros.

El mismo patriotismo que nos hacía desear para Alemania «el retorno a las Alemanias» y a sus «repúblicas de Príncipes», nos obligaba a pedir un Rey, un jefe único y

hereditario para nuestra Patria, que en los reyes había encontrado su principio generador, fuente de grandeza y de salvación.

En la parte anexa a la «Encuesta sobre la Monarquía» encontraréis en un documento titulado «Dictador y Rey» algunas notas a favor del «ejército de profesión», en el cual nadie pensaba entonces, y que M. De Gaulle reproducía treinta años más tarde bien sabéis con qué éxito.

Pero volvamos a seguir el hilo de mi vida política.

LA GUERRA Y LA PAZ

Estamos en 1904. Los espíritus elevados no se interesan en absoluto por las cuestiones nacionales y militares. ¿Una invasión? Ya no sería posible. El progreso moderno había hecho irrealizable este antiguo estratagema. ¿Una guerra? No existirían más guerras.

Soñaban en la paz perpetua por acuerdo espontáneo de los pueblos, especialmente a través del proletariado internacional. Este era el gran «dada» de Jaurès.

¿Y Alemania? Pero Alemania sería el primer pueblo que tenía que imponer la paz, porque el obrero alemán jamás seguiría a sus príncipes contra nosotros. Desgraciadamente, el mismo Jaurès podía convencerse de muchas cosas en el Congreso Socialista de Amsterdam y podía comprender que los socialistas alemanes se habían mostrado muy nacionalistas, muy leales a su Emperador, llenos de desprecio hacia la República y estimación por sus propias personas. Lo que se verificó en 1914, cuando los socialistas del Emperador cumplieron en París y en todas partes las misiones públicas y secretas que Guillermo II les confió. Se produjo lo que nosotros habíamos previsto ya.

Durante los diez años que precedieron a 1914, *La Acción Francesa* no había cesado de mostrar a Jaurés toda la extensión de su error con respecto a Alemania. Es sabido que durante toda la tarde del 31 de julio de 1914, este incurable optimista no quería creer en la guerra y estaba consultando los diccionarios para encontrar el significado de la palabra «Kriegsgefahrzustand» (estado inminente de guerra).

Si él hubiera mirado el mundo con los ojos claros de un espíritu libre habría visto que la paz había desaparecido.

¡Cuántas guerras ha habido, efectivamente, desde que yo vi aparecer las primeras trompetas en el estadio panateneo, en 1896!... La turco-griega, en el 1899; la hispano-americana, en el 1898; la transvaliana, en el 1899; la ruso-japonesa, en 1903-1904. La guerra no había cesado de rondarnos.

Decíamos todos los días que se acercaba. Lo afirmábamos y se burlaban de nosotros...

II

«LA ACCION FRANCESA» Y LA OTRA GUERRA

La provocación alemana. «Kiel» y «Tánger».

Hemos visto hace poco cómo la política colonial franco-ruso-alemana, iniciada en Kiel y dirigida contra Inglaterra, había fracasado en Fachoda (1894). La democracia nos había dejado sin Marina frente a la más grande flota del mundo.

El almirante Bénard, ministro de la Marina, había dicho:

—Nuestros mozos sabrán morir.

No se declara una guerra únicamente para hacer morir a los mozos. Hay que tener al menos con qué resistir al enemigo.

La República cambió entonces su política exterior. Se entendió cordialmente con Inglaterra contra Alemania. Pero la democracia llegaba a dividir y a debilitar pérfidamente nuestro Ejército en el momento en que se entablaba la lucha contra el más poderoso ejército del Continente; fué suficiente, por tanto, un discurso del emperador Guillermo en Tánger y un gesto de irritación de Su Majestad en Berlín para que cesara nuestro ministro de Asuntos Extranjeros, M. Delcassé. Es lo que M. André Tardieu llamaba «una humillación sin precedentes».

Estos dos asuntos, de Kiel y de Tánger, constituyeron para mí un rasgo luminoso, áspero y duro. Tuve ocasión de analizarlos conforme se desarrollaba la segunda crisis en una serie de artículos en la *Gazette de la France*, poniendo de relieve los peligros de que acabábamos de preservarnos y siguiendo el progreso de la amenaza alemana. El año siguiente, el joven editor que publicaba *Bismarck y Francia*, de Jacques Bainville (libro capital, según ya dije), me rogaba que reuniera mis artículos en un volumen. Así lo hice. Al repasar las pruebas, no pude menos de estremecerme. ¿Podía alarmar yo al país hasta ese punto? Llegué a la conclusión de que no, reembolsé la cantidad necesaria a mi editor y encerré en la mesa de mi despacho la prueba del siniestro augurio.

Pasaron los años 1907, 1908, 1909. Cuando los gobernantes fanfarroneaban, como Clemenceau en Casablanca, no se daban cuenta de la inmensidad del peligro: redujeron el tiempo del servicio militar, no acertaron a organizar los períodos de instrucción de las reservas y el inepto general Picquard era ministro de la Guerra... Otro general que le sustituyó en el cargo declaraba mañana y tarde: «No habrá más guerra.» El propio patriota Clemenceau suprime, humillando al Ejército, el trato de preferencia para los militares tal como lo había instituído el decreto de Messidor —de modo que un coronel tendrá derecho desde ahora en adelante a menos honores y respeto que un subprefecto cualquiera...

Es menester advertir a toda costa esto a Francia. Recojo otra vez mi libro y lo envío de nuevo a la imprenta. Aparece en julio de 1910.

Tengo que reconocer que el resultado fué serio. La cuestión que yo quería plantear fué planteada. ¿Podía el régimen salvar a Francia de una guerra desastrosa? Se trataba, según decía el socialista Marcel Sembat, de un grave interrogante que yo había inscrito en el encerado. Sembat escribía —respuesta o consecuencia— su libro «Faites un roi, sinon faites la paix». En aquella ocasión llamaba él a la República, de una manera tan irreverente y tan escandalosa para usted, Señor Abogado de la República, «mujer sin cabeza.» Y tenía hasta razones para apellidarla de tal forma.

Se me ha acusado en esta y en otras ocasiones de haber impulsado a los demócratas a perder la fe en la democracia. No; yo les he aclarado, les he salvado de una euforia peligrosa, les he hecho pensar, pese a las nubes de su doctrina, en la evidencia de su doctrina, en la evidencia de su Patria en peligro.

«Kiel y Tánger» contribuyó enérgicamente a despertar el espíritu nacional que llevó al Ministerio y a la Presidencia a Poincaré, pero sin convencer, por desdicha, ni a Jaurès, ni a los socialistas de las ideas de M. Caillaux, de que Alemania era nuestro mejor amigo.

LA REORGANIZACION

Hombres y armamentos (1905-1914).

AQUEL leal, aunque tímido resurgimiento nacionalista, cuyos promotores fuimos Barrès y yo, comprueba que mis colaboradores y yo no hemos sido jamás partidarios de lo peor. Atacando el régimen hemos servido y defendido siempre al país.

Pero, ¿se sabe acaso el estado moral en que le encontramos al iniciarse el siglo? Cuando tenía yo treinta años, estaban los medios intelectuales contaminados por el espíritu cosmopolita, por un grosero espíritu de derrota, por el pacifismo del desarme. Volvían los niños del colegio haciendo esta pregunta:

—*Papá, ¿es verdad que para ser inteligente es preciso no ser patriota?*

Otros decían:

—*¿Es cierto que ahora la nación más grande es Alemania?*

Concentraciones oficiales conducían a los muchachos de las escuelas públicas de la ciudad de París para desfilar delante de la estatua de Esteban Dolet y escuchar cómo se aplaudía «La Marsellesa de la Paz»:

Vivan los nobles hijos de la noble Alemania.
Desplegad las banderas. Una voz nueva nos llama.
El egoísmo y el odio tienen sólo una patria.
La fraternidad no tiene ninguna.

Artistas de teatro bien retribuídas recitaban estos horrores bajo el patrocinio de hombres políticos conocidos. Aquella era la doctrina oficial del régimen. Gabriel Monod decía que Alemania era la «segunda patria de los hombres que estudian y piensan». *La doctrina oficial de la Universidad*, denunciada por Pierre Lasserre, le hacía coro.

Esta anarquía tenía poderes tan amplios como el Estado.

Harían falta páginas enteras para evocar cómo se había inculcado en los «Camelots du Roi», en los estudiantes de *La Acción Francesa*, en los funcionarios de *élite* de nuestras Ligas, aquel magnífico espíritu patriótico, cívico, militar, que encendió en la nueva juventud un alma llena de nacionalismo combativo y puro. Con Marius Plateau y Maxime Real del Sarte se puede decir que desde 1908 hasta 1914, durante seis años de luchas en las calles y en el Foro, seis años de cárcel y de triunfo, restauraron la moral nacional en todas las clases de la nación, ya que los jóvenes obreros, los jóvenes empleados, eran tan numerosos en sus filas, quizá más numerosos que los jóvenes burgueses. La vieja sangre francesa se despertaba en toda su pureza hereditaria, pero con el don de forjar metales de una fuerza y una generosidad todavía desconocidas. El nombre de Juana de Arco, su oriflama, su divisa, las flores que llevaban a sus estatuas, como a los altares, quedan como un símbolo histórico de esta época de fuego.

Pero del modo que se había comenzado, castigando a Thalamas, así se terminaba, apoyando al Gobierno, que llevaba la bandera y la espada de Francia.

Cuando Barthou hizo votar la ley de tres años, afirmó:

Aquello no hubiera sido posible sin los «Camelots du Roi».

es decir, *La Acción Francesa*, que puso freno a la anarquía revolucionaria.

Estas bellas demostraciones de fuerza interior nos permitieron restaurar la esperanza y la confianza en el exterior.

En 1904 gritaba el viejo general Galliffet:

«No necesitamos guerra alguna en estos momentos. ¡Oh, no! Estaríamos perdidos.

En el otoño de 1913 nos dirigimos a nuestros amigos reclutas que iban a integrarse a sus unidades. Nuestros oradores habían cumplido todos su deber anunciando la guerra que se veía venir. En cuanto a mí, me permití vaticinar también la victoria, comunicándoles las razones de mi fe.

Todo esto fué escrito, publicado e impreso a su tiempo. Quien quiera encontrarlo lo puede hacer con toda comodidad.

En aquel momento no faltaban sólo hombres. El armamento había sufrido, en los últimos quince años, un terrible retraso. Tres reuniones históricas del Senado y de la Cámara, a mediados de julio de 1914, y una relación no menos histórica de Charles Humbert, indican que, después de largas formalidades, el Ministerio de la Guerra pedía cierto número de millones para material de guerra; el Consejo de Ministros lo reducía; la Comisión parlamentaria lo cortaba todavía más, a veces en proporciones fantásticas, y esto después de 1900.

Sólo a fines de 1912 se había detenido esta cascada de imprudentes locuras. Era muy difícil reponerse en dos o tres años.

Pero mientras *La Acción Francesa* llevaba esta campaña, necesaria para el rearme, los socialistas hacían que fueran elegidos no sé cuántos diputados a base del programa de «la locura del rearme». ¿Para qué comprar obuses en vez de libros de escuela? Se podía rechazar muy bien a los alemanes con golpes de diccionario y de bancos de escuela.

No era yo el único que trabajaba. Paralelamente a mis estudios, Jacques Bainville mostraba, con su sorprenden-

te espíritu de precisión en los artículos que han constituído su libro «El golpe de Agadir y la guerra del Oriente», cómo míster Caillaux, que creía haber calmado a Alemania cediéndole nuestro Congo, despertaba, al contrario, un apetito aún más pronunciado en ella, mientras León Daudet dirigía contra el espionaje alemán aquella larga y perspicaz campaña, que debería figurar en el *dossier* eterno de la defensa francesa. Con él rellenó su libro «Avant-Guerre», donde se encuentran anticipadamente algunos de los métodos alemanes de 1939, los métodos que consisten en apoyarse en determinadas fuerzas del Estado francés.

Las profecías de Daudet levantaron contra ellas todas las fuerzas oficiales más o menos afectadas por el pro-alemanismo circundante: la prensa gubernamental, la prensa «que piensa bien», la Administración, la Magistratura, el Parlamento, la gran mayoría de las autoridades. Toda la Francia oficial o casi toda se entregaba a este ambiente.

Sólo los hombres de *La Acción Francesa*, con Barrès y Déroulide, dieron la señal de alarma contra las amenazas de la gente que no quería ver o que prefería dormir, contra aquellos cuya obcecación era tan fuerte que, el 16 de julio de 1914, Jaurès se atrevía a aconsejar, en un Congreso socialista, la huelga general frente al enemigo. Julio Guesde le contestó, con razón, que esto sería un acto de traición hacia la nación más socialista, es decir, Francia. Hubo quien se sorprendió al ver que *La Acción Francesa* aplaudía a Julio Guesde.

—¿No veis —contestamos nosotros— que él es del partido de Francia?

Parecía aquel un partido algo extraordinario.

A fines de julio de 1914 decía Briand:

—¿La guerra? ¡Vamos, señores! Los alemanes no están locos, sino que tienen juicio. No, jamás harán la guerra...

Dos días después se producía la ruptura, y con ella la invasión.

LA UNION SAGRADA (1914)

Volvamos un poco atrás. En el movimiento de indignación contra la escandalosa absolución de la señora de Caillaux —que había asesinado a Calmette— participa todo el París nacional.

¿Qué hacía entonces *La Acción Francesa?*

Mientras Jaurès hablaba de huelga general, recomendaba la calma. Prohibía a la numerosa y ardiente juventud que la escuchaba y seguía todo movimiento destinado a turbar el orden. «La crisis europea —decía ella— nos impone un deber de paz interior y de absoluta sangre fría.»

La Acción Francesa fué obedecida. Pero la guerra se desencadenó lo mismo. ¿Quién dió entonces las primeras garantías para la «unión sagrada»? *La Acción Francesa.* ¿Quién pidió la institución de la censura de prensa? *La Acción Francesa* por medio de Bainville. ¿Y quién arrojaba de las calles la banda anarquista de Almereyda, que quería turbar la movilización? Siempre *La Acción Francesa.*

Cuando el segundo o el tercer día de la guerra recibimos de nuestro muy querido príncipe, el duque de Orleáns, una carta en que nos decía: «Nada de política. ¡A las armas!», tuvimos la satisfacción de contestarle:

—¡Monseñor, aquí estamos!

Da prueba de esto el testimonio del señor Poincaré, en 1917, que ya os leí, contra el falso testimonio de Paúl Claudel:

«Domingo, 28 de octubre de 1917... Desde el comienzo de la gue»rra, León Daudet y Charles Maurras han olvidado su odio contra »la República y los republicanos, para no pensar más que en Fran»cia. (Extracto de las Memorias *de Poincaré: «Au service de la »France, tomo IX, «El año turbio»)».*

Sería demasiado largo analizar la obra de *La Acción Francesa* durante la otra guerra. Es indispensable indicar que perdió miles de combatientes de primer orden, casi todos los miembros en situación de tomar las armas.

Estos muertos gloriosos, por los cuales nosotros lloraremos siempre, van a clasificarse entre los cuarenta o cincuenta mil jóvenes franceses que, según la expresión del republicano Lecomte, dieron ejemplo del mejor espíritu, y cuyo sacrificio voluntario salvó la nación. Los que por su edad, por su salud o por sus enfermedades se quedaron en la retaguardia, cumplieron con su deber de encender el fuego sagrado y mantener la moral intacta.

Apoyaron, ante todo y sin reserva alguna, a *todos* los Gobiernos, incluso al de Briand, hasta después de perder la confianza en él ante su cobarde y sucia actitud del 1 de diciembre de 1916, después de la matanza de nuestros marinos en Atenas. Nosotros deseamos a Briand duración y estabilidad. Apoyamos, repito, a todos los Ministerios, exceptuando a los «que traicionaban su deber», como en el caso de Malvy, que León Daudet hizo condenar por la Alta Corte de la República.

Jacques Bainville no se cansaba de señalar en la constancia secular de la agresión germánica uno de los más serios motivos para reforzar el orden y la unidad. Su incomparable «Historia de dos pueblos» (1915) tuvo una influencia tan poderosa, gracias al encanto irresistible de su claridad, que el Presidente de la Cámara, Paúl Deschanel, futuro Presidente de la República, fundaba en ello todos los temas del memorable artículo de su «Manual de la Instrucción primaria», dirigido a todos los maestros de escuelas públicas. Poco después que Bainville publicaba yo la colección de estudios titulada «Cuando los franceses no se amaban» (1916), donde acusaba a mis compatriotas de haber desertado del espíritu de Francia para entregarse estúpidamente a las inquietudes extranjeras, especialmente alemanas. La Censura de Briand y de su amigo Teodoro Tissier temía que el libro diera lugar a polémicas.

«Nadie se moverá», repliqué yo.

Efectivamente, nadie se movió. Los malos consejeros y los malos pastores no se dieron prisa en llamar la atención sobre su presencia. Nada tenían que contestar. Pero la confusión de los antiguos servidores del enemigo nos ayudaba a reconocer nuevos motivos para querer y honrar nuestra Patria.

Por idénticas razones de orden público denunciamos nosotros a los que aún lo torturaban —como el miserable Almereyda—, a quienes llamaba Barrès «la canalla de la *Bonnet rouge*».

El antimilitarismo de Clemenceau me había obligado a una actitud de reserva hacia él. Acabé por concederle mi confianza cuando, persuadido por León Daudet, Clemenceau denunció a su vez la traición y el espionaje. Todo fué subordinado a la necesidad de vencer a Alemania y de unir a los franceses.

Nuestro más vivo deseo era que esta «unión sagrada» sobreviviera a la guerra. Pero no fuimos nosotros quienes la quebraron. En vísperas de las elecciones de 1919 quiso Millerand crear un «Bloque nacional», aunque republicano. De esta palabra fatal, pronunciada el día de la paz, surgió en gran parte nuestra desdicha interior.

EL ARMISTICIO DEL 11 DE NOVIEMBRE Y EL TRISTE TRATADO

A fines de 1918 había suscitado el armisticio en el país una alegría harto natural. Aunque fuera un tanto precoz y prematuro decirlo, Clemenceau intentó echar la responsabilidad sobre Foch. Pero había sido él el principal autor al negarse a dar, en el mes de septiembre, al mariscal de Francia, ya victorioso, indicaciones para la paz.

En el momento en que el ejército Pétain-Castelnau se preparaba a bajar hacia el Rhin, para envolver las divisiones alemanas de Bélgica y forzarlas a capitular en campo abierto; en el momento en que Franchet d'Esperey marchaba hacia Viena y amenazaba Berlín, el armisticio del 11 de noviembre venía a mutilar y limitar la victoria. *La Acción Francesa* fué el único periódico francés que manifestó en aquellos días su descontento y su decepción. En la alegría del triunfo, a la cual nos asociamos con todo corazón, no pudimos —Bainville, Daudet y yo— por menos de exteriorizar nuestra inquietud y desasosiego por las imprudencias políticas, diplomáticas y financieras que por doquier se observaban. La ocupación —magistralmente iniciada por el general Mangín— aplicaba todos los métodos tradicionales de la Francia revolucionaria y monárquica. Pero su autoridad estaba minada. En el otoño de 1919 fué trasladado de Maguncia, y nadie pudo sustituirle en su prestigio ni igualarle en sus funciones.

El Tratado se negociaba contra el buen sentido, sin tener en cuenta siquiera los trabajos de la Comisión preparatoria que había funcionado durante la guerra bajo la presidencia de Charles Benoist, ni los sabios consejos de M. Jules Cambon.

Nadie tomaba en consideración la constitución federativa del Imperio de Guillermo II. Mutilaban, irritaban a Alemania, pero reforzaban su unidad.

Unicamente por insistencias y amenazas de *La Acción Francesa* le fué prohibido anexionar Austria a su gran cuerpo reforzado en el centro, aunque peligrosamente arañado en las extremidades. Era, decíamos nosotros, como si se cortara la cola y las orejas al tigre y se le administraran tónicos y reconstituyentes. Bainville, Daudet y yo discutíamos diariamente y hacíamos resaltar todas estas necedades.

Cuando este «triste Tratado» fué llevado al Parlamento, Jules Delahaye nos trajo una nota de protesta en tono muy mesurado, aunque terminante, en cuya presencia los legisladores de izquierda abandonaron su puesto, no queriendo ni apoyarla ni contestarla. Pero, en los pasillos, Clemenceau llamó a Jules Delahaye, y le dijo:

—Jamás debe dudar Francia de la paz.

—Tenemos que advertirla sobre la guerra —contestó Jules Delahaye.

Y la guerra llegó con pasos lentos, pero seguros.

III·IV

VEINTE AÑOS DE ALARMA
DE VARSOVIA A MUNICH

DESPUÉS de haber protestado de este modo, por persona interpuesta, a la tribuna de la Cámara, puedo afirmar que los veinte años que siguieron —1918-1938— los pasamos advirtiendo al pueblo francés sobre la guerra que nos preparaba aquel escamoteo de la victoria del Tratado de paz.

Todas las personas cultas conocerán, a este propósito, el libro clásico de Jacques Bainville «Las consecuencias políticas de la paz». En él se indica cuanto brotó de esa paz, incluso el principio de la guerra y el punto por donde se iniciaría.

En cuanto al punto neurálgico de Polonia, la guerra debía haber comenzado en el 1920, al efectuarse la marcha de los rusos sobre Varsovia. Los alemanes espiaban el momento en que, dueños de Polonia sus aliados los Soviets, cuya revolución de marzo y octubre de 1917 habían facilitado, llegarían a engrosar sus ejércitos y marchar con ellos desde el Este hacia el Oeste. Una vez más, *La Acción Francesa* se identificó con la voz, la única voz de la inquietud nacional. Desgraciadamente, Bainville estaba de vacaciones. Yo le sustituí como mejor pude. Mis llamamientos repetidos día tras día contribuyeron en la opinión

pública a la iniciativa de Lyautey, que convenció a Millerand que enviase la misión Weygand a Varsovia. Todo el mundo sabe la eficacia que tuvieron los consejos del ilustre lugarteniente de Foch y todo el mundo conoce el golpe directo que sufrió la invasión moscovita.

Las esperanzas de los alemanes se esfumaron, pero no por largo tiempo.

En 1921 inicia Alemania la ofensiva partiendo de otra base. Briand volvía al ministerio de Asuntos Exteriores y empezaba de nuevo su terrible juego de «arrangeur» disolvente. Francia había depuesto ya algunas de las pocas armas que el Tratado de paz había dejado a su disposición. Habíamos renunciado a gran parte de las reparaciones. Briand se puso a trabajar para liquidar el resto. Una y otra vez había él desmovilizado, desde marzo de 1921, una parte de nuestros ejércitos. Resultaba de esta forma imposible prácticamente llamar de nuevo a filas. Y coronó su obra haciendo un viaje a Wáshington para entregar nuestra Marina presente y futura a las decisiones de una Asamblea internacional, en los debates de la cual nuestros representantes apenas tomaban parte porque el inglés era el único idioma empleado.

En fin, nuevas pérdidas se vislumbraban en ocasión de una nueva Conferencia cuando la moción de los 249, hecha por iniciativa de León Daudet, entonces diputado de París, llamó a Briand de Cannes y le obligó a entregar su dimisión.

Este nuevo triunfo de *La Acción Francesa* parecía anunciar la rectificación de nuestros abandonos a Alemania. El señor Poincaré sucedía a Briand —el mismo señor Poincaré que había definido el Tratado como «una creación ininterrumpida»... ¡Vigorosa promesa!... ¡Cómo nos había desilusionado!...—. Aquel Poincaré débil, viejo, sobre todo avergonzado de aparecer como persona de derechas, extremadamente titubeante en todo... En 1919

no acertó, pese a sus promesas, mantener a Mangin en Maguncia. En 1922, 1923, 1924, no se atrevía a comenzar otra vez la política de Mangin, todavía posible. En el otoño de 1923, Barrès, al visitar Spira, oía decir a un viejo canónigo amigo de Francia:

—Señor Barrès, aquí estamos deshaciendo la obra de Bismarck y de Lutero.

Pero aquel hermoso trabajo renano tenía necesidad del apoyo de la espada y del espíritu de París.

El Gobierno, harto veleidoso, conservará su espíritu indeciso y guardará su espada envainada. A mediados de 1922, la más alta autoridad militar había aconsejado que si se anhelaba hacer algo debía hacerse plena y rápidamente: penetrar en Alemania por Maguncia y las orillas del Main, buscar al ejército alemán, si aun existe; vencerlo, entrar en Berlín y dictar allí nuevas condiciones.

Siendo nosotros la más poderosa fuerza militar de Europa podíamos entonces hacerlo. Pero Poincaré no se atrevió. Prefirió la parte al todo, el Ruhr a Berlín. Nos resignamos con el Ruhr, y el apoyo realizado a favor de esta expedición nos costó el asesinato de Marius Plateau por la hija de un policía, y la muerte más cruelmente refinada de un niño de catorce años y medio, Philippe Daudet, hijo de León Daudet.

Pero estos dos crímenes impunes encontraban al señor Poincaré tan frío como lo estaba respecto a las crisis externas. Antes de que la región del Ruhr diera el gran resultado financiero que se calculaba, y en el momento en que esta ocupación empezaba sólo a pagar, Poincaré la abandonaba. Entre dos esfuerzos había elegido el más fácil, y pensando, pensando, se quedaba a medio camino.

DEL RUHR A MAGUNCIA

Enardecidos, enviaron los alemanes, en febrero de 1924, camiones cargados con asesinos armados hasta los dientes, que asaltaron en Pirmasens y Kaiserläutern a sus compatriotas amigos de Francia, los quemaron vivos y volvieron con gesto de triunfo a su país sin ser molestados. Barrès había muerto en diciembre anterior. Por eso no pudo presenciar esta catástrofe del honor. Todos los que lo han conocido afirman que, mientras vivía, Poincaré se hubiera dado cuenta de las reacciones de la conciencia nacional; pero solo, sin consejo, o rodeado de pésimos consejeros, Poincaré no conoció más que la timidez, el respeto humano y el falso terror de los partidos de la izquierda proalemana.

Pero había llegado el momento psicológico. Hítler acababa de manifestarse por primera vez en un mitin en Munich, al lado del jefe del cuartel general, Ludendorf. Era la hora propicia para poner el pie sobre la mecha encendida del pangermanismo resucitado. Y la democracia no pensaba más que en preparar las elecciones del 11 de mayo de 1924, el «domingo negro». Los partidos del Extranjero hacían su juego, ya que el primer paso dado entonces por Herriot, doblado por su «querido Blum», fué el de inquietar en sus creencias a los católicos de Alsacia. También en aquella ocasión nos encontraron frente a ellos, y una inmensa reunión popular de Strasburgo obligaba al «cártel» a dar marcha atrás. Una nueva victoria de *La Acción Francesa* para la Patria.

Las páginas que preceden ofrecerán el aspecto de un resumen de historia general. Significan el índice según el cual se fué desarrollando nuestra actividad, bien fuese de

protesta, de corrección o de acercamiento. Era natural que Briand —que había vuelto inmediatamente después al Quai d'Orsay— reanudara su eterna y fatal política de concesiones reales a cambio de palabras escritas o dichas.

Nuestras reparaciones habían sido sacrificadas, pero no pasó lo mismo con nuestras deudas en el Extranjero, cuya liquidación se exigía. Se dejaba que Alemania se reorganizara y hasta se rearmara. Cuando se le indicó este rearme a Briand, se contentó con decir: «*Rangez, classez ces dossiers.*» Y dejaba a Stresseman contar a los príncipes germanos que él había hecho sólo capitulaciones de forma, pero que no eran más que «finuras». ¿No había puesto acaso el pacto Briand-Kellog la guerra al margen de las naciones?

Por eso, en agosto de 1929 se producía en La Haya un arreglo que daba al traste con todo: la evacuación de Maguncia, «la ciudad más importante de Europa», que decía Napoleón; la ciudad que significaba la posibilidad de una marcha fulminante de nuestros ejércitos y representaba aún la superioridad de terreno para un pueblo de treinta y nueve millones de almas, que se veía en la necesidad de detener y domar a sesenta y cinco.

Todo un invierno lo pasamos nosotros, los de *La Acción Francesa*, denunciando la locura de este arreglo monstruoso, cuya ejecución estaba anunciada para el próximo semestre: «¡Maguncia, Maguncia!...»

Algo malhumorado ante la perspectiva de su evacuación, Tardieu, que había sucedido a Briand, no dejaba ninguna esperanza.

«Todo estaba ya hecho, arreglado, firmado», decía él. ¡Desdichado! Un verdadero hombre de Estado puesto en relación con las necesidades vitales de su país hubiera encontrado diez medios jurídicos y cien razones políticas para escapar a esta circunstancia cruel. El no hizo nada. Nosotros multiplicamos nuestros medios de clamor. Uno de

nuestros colaboradores, piloto durante la guerra, inundó París con hojas volantes conjurando a los franceses a no consentir la destrucción de su seguridad. No sirvió para nada, al igual que la advertencia que hicimos los primeros, durante largo tiempo los únicos, según informes de fuente holandesa, sobre los progresos ocultos del partido hitleriano. Los testimonios entregados a Mauricio Pujo, y utilizados por él, no dejaban lugar a dudas; eran exactos.

Una vez evacuada Maguncia, el gran partido hitleriano se quitó la máscara. La evacuación se produjo el 30 de junio de 1930; al cabo de diez semanas, el 15 de septiembre siguiente, ciento diez diputados más se presentaban en el Reichstag. Estupor en París, en Francia, en el mundo. Sólo a los lectores de *La Acción Francesa* no les produjo sorpresa alguna el hecho.

LA ESPADA DE HITLER (1930)

Ya tuvimos ocasión de decir lo que era la doctrina de Hítler desde sus comienzos: era la misma de Fichte, del germanismo de los siglos XIX y XX. Pero conviene decir que estaba vigorizada por algo más; más bien que un partido, representaba el Gran Estado Mayor del ejército alemán.

Vimos a Hítler reuniendo sus primeras unidades en Munich, en compañía de Ludendorf. Recuérdese ahora la manera con que el viejo mariscal Hindenburg accedía a dejar su puesto a Hítler. Y no se olviden tampoco los rasgos significativos presentados por M. Benoit-Méchin en la primera edición, no revisada, de su libro «El ejército alemán», cuando en plena revolución, en 1918, un antiguo obrero, Ebert, era presidente del Reich y telefoneaba todos los días al Gran Estado Mayor para darle cuenta de lo que hacía o pedirle órdenes. Todo aquello hacía entrever detrás del hitlerismo alguna fuerte cabeza militar que movía lo esencial de su juego y del juego de su partido.

Ese partido era, ante todo, pangermanista. Está religiosa e históricamente convencido de la superioridad racial del hombre alemán sobre cualquier otro representante del género humano. Pero no puede olvidar que no reina sino gracias a la espada forjada por Blücher, Moltke y otros semejantes. Salvando a su ejército del desastre con el armisticio del 11 de noviembre de 1918, haciéndole desfilar bajo los arcos de triunfo y guirnaldas de flores y tratándoles de *victuri* (los que vencerán), se dejaba la posibilidad al Gran Estado Mayor alemán de explotar con golpes seguros las dos fuerzas físicas de su instinto: la rabia de su derrota y la voluntad de repararla. No somos nosotros tan amigos de Alemania para hacerle el servicio de negar sus calidades militares, conocidas por todos sus enemigos; pero es demasiado bestia o, si se quiere, bestial para servirse de esta fuerza, si bien es cierto que en ella radican las fuentes de su fortuna. Hítler y su partido no se «casaron» nunca con el gran ejército alemán; pero yo he aconsejado siempre a la gente que no confiara demasiado en el triunfo fatal del antagonismo entre el Partido y el Ejército, entre Hítler y los generales. Su unión se romperá ciertamente, como se romperá la unidad alemana, productos frágiles e inconsistentes. Pero no se quebrarán solos, sino que será menester romperlos.

«MEIN KAMPF»

Electoral y tumultuosa, parlamentaria y militar, la victoria nacionalsocialista tenía tenesidad de enraizar en el espíritu público alemán. De ahí la extraordinaria difusión del libro de Hítler «Mein Kampf» («Mi lucha»), que se regalaba a los recién casados, como piedra angular de todo hogar naciente. Pero este libro contiene muchas páginas

llenas de odio y de amenazas contra el pueblo francés. Existía el mayor interés en lograr que se conociera el libro de este lado del Rhin, una vez que empezaba a apoderarse la inquietud de nuestro Gobierno y de los partidos que lo dirigían. Un joven editor preparó una traducción de «Mein Kampf» y la puso a la venta. Se produjo entonces un hecho inaudito: Hítler prohibió desde Berlín a la librería francesa vender su libro, iniciando con ello un proceso que se desarrolló delante de nuestros Tribunales como un proceso sobre una relación de vecindad cualquiera, según no sé qué legislación comercial internacional. ¡¡Y Hítler ganó la causa!! El Gobierno de la democracia no acertó a ver que se trataba de un hecho político y nacional, cuestión de interés público, en la cual nuestro pueblo tenía el derecho a conocer exactamente lo que se publicaba contra él. La versión de «Mein Kampf» desapareció de los escaparates; fué enterrada en los sótanos del editor, sin que sirviesen para nada cuantas protestas hicimos nosotros. Publicamos un «florilegio» en nuestros «Ecos»; pedimos una traducción completa oficial para las escuelas, con una tirada de miles de ejemplares, para que el pueblo francés conociese la verdad. ¡Trabajo perdido! Los franceses se quedaron condenados a ignorar lo que les amenazaba a su propia vera.

Se murmuraba ya en las «esferas» que la guerra de las democracias contra Hítler era inevitable; únicamente el pueblo, que debía realizar los gastos de todo esto, no estaba puesto al corriente sobre los malos designios del enemigo.

LA SUBIDA DEL HITLERISMO (1934-1935)

La opinión democrática del país, en estado de inquietud, no se atrevía, con todo, a confesar —según métodos de Briand— que existiera una amenaza alemana: se decía amenaza *hitleriana*, *nazista* o, con mayor agrado, *fascista*.

Pero la palabra *fascismo* servía igualmente para designar a los *no demócratas*, a los *nacionalistas* franceses, como aliados naturales de la *Internacional blanca*, los «antifascistas», que eran o se juzgaban aliados naturales de una *Internacional roja* por razones de semejanza de doctrinas o, como decían ellos, de ideologías.

A este propósito tenemos que formular tres observaciones:

a) La *Internacional roja* ha decepcionado a las democracias: en el 1914, cuando los socialistas alemanes marcharon al lado de su emperador, y en agosto de 1939, en que los revolucionarios rusos se vincularon con los hitlerianos de Berlín.

b) La similitud de doctrina entre el hitlerismo, el fascismo y el nacionalismo francés la examinaremos en seguida.

En cierto modo, el fascismo italiano, anticapitalista, antielectivo, antirrepublicano (hasta 1943), ofrece algunas semejanzas con nuestras ideas. Semejanzas, en verdad, muy limitadas. *El fascismo mussoliniano* es profundamente estadista y centralizador. Nosotros somos lo contrario. Durante casi veinte años, nuestro llorado amigo el marqués de Roux hizo al fascismo numerosas y profundas críticas en nuestra página económica y social del sábado.

Si las ideas de *La Acción Francesa* suponen un Estado autoritario, se limita a sus funciones de Estado, dejando libre el campo natural de las iniciativas privadas, de las células comunales, provincias, profesiones, gremios, compañías y comunidades. *La Acción Francesa* quiere un rey; pero bajo su autoridad anhela «las repúblicas», ya que es profundamente descentralizadora. Estas diferencias son tan graves, que no nos han permitido jamás admitir ninguna identificación seria entre nuestro plan constitucional y las realizaciones de Mussolini.

Las diferencias son aún más grandes entre nuestras

ideas y las ideas de Hítler. No se ha tenido en cuenta que su triunfo se debió, en gran parte, a las elecciones con sufragio universal, ya que en Alemania, gracias a la doctrina fichteana y a la educación germanista, la democracia de 1930 era mucho más nacionalista que en Francia; ni el socialismo fué allí nunca antipatriótico y antimilitarista como entre nosotros.

c) En fin, jamás creímos que los Estados y los pueblos tuviesen que aliarse fatalmente gracias a las semejanzas de sus Estatutos interiores. Nada más falso que esto. Un rey tan cristiano como Francisco I se aliaba con el Gran Turco; cardenales de la Iglesia romana, como Richelieu y Mazarino, pactaban con los príncipes protestantes de Alemania.

En medio de las diatribas democráticas contra el fascismo, el verdadero *fascismo*, el fascismo italiano nos hacía, en julio de 1934, un gran servicio al concentrar Mussolini 60.000 hombres en el Brenero contra Hítler y los hitlerianos, impidiendo así su marcha hacia Viena.

Una patriota francesa, la condesa Joachin de Dreux Brézé, que se encontraba en aquel momento en el Tirol austríaco en una casa veraniega propiedad de unos nacionalsocialistas, había asistido a un sinnúmero de llamadas telefónicas anunciando el entusiasmo, el éxito y, después, el descenso, y, al fin, la retirada de las olas que impulsaban hacia Viena. La señora de Dreux-Brézé contaba estas horas dramáticas en unas páginas de una objetividad luminosa y viva. Nuestra *Revista Universal* las reproducía, y *La Acción Francesa* las apoyaba. Se publicaron después en volumen: «Con los nacionalsocialistas de Austria». Tuve el gran honor de escribir el prólogo; pero ninguno de los organismos oficiales encargados de la dirección moral del país prestó atención a esta fulgurante advertencia.

Cualesquiera que hubieran sido las opiniones de Italia,

los hechos confirmaban la importancia de este bastión en ese punto estratégico de Europa.

El hombre que gobernaba Italia tenía altura y mostraba decisión. Era de sumo interés conservarlo a nuestro lado, preservarlo de un posible giro contra nosotros y no echarlo en los brazos de nuestro enemigo. Esto merecía muy bien que se estableciera una diferencia entre el *fascismo* y el *nacionalsocialismo*. Pero nuestros políticos se burlaban de las alianzas y las rivalidades. Era el tiempo en que nosotros irritábamos a Bélgica con nuestra política sin sentido. ¿Se haría otro tanto con Italia? En un principio, no. Laval se encaminaba a Roma para ofrecer y entregar a Italia cien mil kilómetros cuadrados de tierra francesa en el Tibesti africano. Pero este regalo sin contrapartida no daba gran idea de su seriedad. Hecho el regalo, concluído el acuerdo, el señor Laval se apresuró a hacerlo estéril: en el asunto de Abisinia, que interesaba tan poco, abandonaba a Italia y corría hacia Inglaterra, dejando entrever que abandonaba Inglaterra para entregarse a Italia, proponiendo continuamente a una y otra cosas imprecisas, como se hace en los pasillos del Parlamento. Ninguna de las dos se mostró satisfecha, y el señor Laval tuvo que terminar su empresa sobre el suelo liso de sus acuerdos con el señor Hoare.

LA SEGUNDA ANTEGUERRA (1934-1935-1939)

Frente a esta prodigiosa acumulación de idioteces se observó cierta alarma entre las gentes: a aquel Hítler que no se habían atrevido a desenmascarar ante el país, se le empezaba, con razón, a temer. La aventura de Viena había dejado ver que estaba saturado de aciagos designios. ¿Orientarían acaso los Gobiernos su conducta en relación con este desafío? ¡En modo alguno! A Hítler le bastó con proclamar que si le restituían el Sarre no existiría mejor

vecino que él. Se le creyó sin dificultades. Nosotros aceptamos las condiciones extravagantes con las que se realizó el plebiscito del Sarre, abandonando esta pequeña posición estratégica que defendía aún nuestra victoria. ¡Qué horas más graves! Desde aquel momento nada nos separaba ya del «vencido», de aquel vencido casi dos veces más grande que nosotros. La colección de *La Acción Francesa* podría indicar cómo fuimos señalando los enormes peligros de aquella situación.

La democracia no les concedió importancia alguna.

LA DERROTA DEL PACIFISMO (1938)

Es cierto que se seguía construyendo la línea Maginot; pero no podía constituir el punto de partida de una ofensiva (a menos que se la proveyera de inimaginables ruedas).

Ahora escuchadme bien. Escuchad lo que *La Acción Francesa* dijo, sola y aislada, por aquel entonces:

A mediados de este año crucial en que fué abandonado el Sarre —1935—, apareció en la hueste de los partidos democráticos franceses la idea de hacer la guerra, y una guerra ofensiva.

Esta idea había sido considerada hasta entonces por todos sus Briands y sub-Briands como una impiedad monstruosa, mientras tuvimos los medios de hacerla poderosa y favorablemente merced a la ocupación renana y a Maguncia, y mientras podíamos entrar todavía en Alemania, al menos mientras dominásemos en el alto Sarre un trozo de frontera alemana.

Estos elementos de fuerza y de victoria nos permitían entonces emprender una guerra feliz. Nos lo permitían y nosotros no los aprovechamos. Pero en el momento en que los perdimos empezamos a querer la guerra, arriesgándonos a una guerra infeliz, como si anheláramos ser vencidos.

—¡La paz, la paz!, gritabais vosotros cuando estabais fuertes. Luego, en cambio, aguijados de debilidad: ¡La guerra, la guerra!...

Una de las más encarnizadas campañas de *La Acción Francesa* fué, por tanto, dirigida contra estos viejos pacifistas transformados en partidarios de la guerra, los cuales, desde septiembre de 1935, la pedían contra Italia; en julio de 1936, contra España, y desde 1938 y 1939, contra Alemania, es decir, durante tres años enteros una batalla en tres frentes. A lo largo de 1936, la idea de la guerra progresa enormemente. Una parte del Parlamento está ganada por ella, el ala móvil del país legal republicano. Ciento cuarenta diputados socialistas, radical-socialistas o demócratas cristianos piden por escrito sanciones contra Italia en espera de la inminente batalla.

Ahora bien; colocados de este modo sobre la pista inclinada de la guerra, ¿sabéis cuál fué, en 1936, la primera preocupación del Gobierno responsable? A causa de un rasguño producido en la oreja de León Blum por medio de agentes provocadores de la Policía, el Gobierno Sarraut disolvió —el 13 de septiembre— todas las Ligas patrióticas y nacionalistas. ¡Admirable medio para encender la energía combativa del país! Nueva edición, por lo demás, muy original, de la vieja «unión sagrada».

El mes siguiente —marzo de 1936— los alemanes, violando el Tratado de paz, militarizan el Rhin y se establecen en la zona que se les había prohibido. El señor Sarraut lanza vanos «cocoricos». Si hubiera tenido medios hubiera actuado seguramente, pero ¿qué podía hacer sin un ejército? Hablar. Cantar. Gritar. Sabía, como todo el mundo, que no se hace la guerra en vísperas de elecciones generales. Después, ¡todo lo que se quiera! ¡Pero jamás antes! La Asamblea Legislativa de 1792 estaba ya elegida cuando, el 20 de abril, declaraba su larga y prolongada guerra. Napoleón III tenía ya en el bolsillo los resultados del plebiscito cuando la declaró, en julio de 1870. Blum, en cam-

bio, tenía el humor de guerrear apenas reuniese la mayoría de votos. Ni él ni Sarraut eran tan necios que enajenasen las urnas con preparativos de lucha. Los alemanes se instalaron, entre tanto, donde quisieron y como quisieron. Fué ésta una nueva posición perdida después del Sarre y Maguncia.

No tuvimos nosotros la culpa si todo el mundo se dió cuenta entonces de la base que tenía la política republicana y de su energía. ¡Siempre «la mujer sin cabeza»!

Al mes siguiente, las elecciones de 1936. En cumplimiento del juramento hecho el 14 de julio de 1935 por todos los partidos que contaban entre sus jefes con algunos cómplices de la estafa Stavinsky, los comunistas, los socialistas, los radical-socialistas y los demócratas cristianos marcharon a las elecciones mano a mano, resultando de esto una bonita mayoría y un Ministerio todavía más bonito: el de aquel aventurero llamado León Blum, que había dicho a los franceses: «Yo os odio.» Se sabe cuáles fueron los desastres provocados por esta áspera revolución del Frente Popular, pero su impotencia fué todavía superior a los daños que provocó.

A fines de octubre de 1936 fué llevado a cabo, sin una hora de descanso, el juicio que me condenaba a la prisión por haber querido impedir que se hiciera la guerra a nuestro antiguo aliado italiano, que acababa de hacernos un gran servicio en el Brenero. No lamento aquellos doscientos cincuenta días de cárcel que me otorgaron la corona cívica, otorgada por *Magic City* en medio de un París excesivamente benévolo. Recuperada la libertad, la aproveché multiplicando artículos, conferencias y reuniones, donde anunciaba a Francia los crueles extremos de un belicismo loco que coincidía con nuestra lamentable debilitación.

No me limitaba sólo a comparar nuestras evacuaciones de Maguncia y del Sarre con la libre ocupación militar de Renania. Procuraba que se viese cómo la organización de

nuestro ejército había sido sistemáticamente reducida por los Gobiernos avanzados que se habían sucedido desde 1924 y 1932. «Llegan las izquierdas, llegan las izquierdas», había gritado entonces el mundo ginebrino. Pero esta llegada de las izquierdas, después de haber significado el desarme de Francia, la colocaban ahora sobre la pista de la locura de la guerra: sin natalidad, sin ejército, sin alianzas continentales aseguradas. La guerra de un ejército polarizado enteramente en la defensiva, cuando se trataba de ir a proteger a nuestros aliados de la «pequeña entente», que se destacaban entonces por el nombre y la gravedad de sus descontentos o por la facilidad con que habían aflojado sus lazos con nosotros. Además, ¿qué podíamos hacer nosotros para los checos o para los polacos? ¿Dónde estaba el gran ejército de choque indispensable para romper la línea Sigfrido? Tampoco el estado moral del pueblo francés, decepcionado por el *der des der*, ni su población, después de la sangría de cuatro millones de hombres durante cuatro años, permitían nuevas efusiones de sangre o sacrificios en vistas de quiméricas perspectivas. Entonces, ¿para qué la guerra? Nadie veía su razón.

Aun menos se podía comprender de dónde procedía esta metamorfosis de las ovejas pacifistas en toros guerreros. Tales preguntas, lanzadas por todas las esquinas del territorio, nunca tuvieron contestación. Una vez más, la prensa oficiosa, desde «L'Ordre» hasta el «Aube», me lanzó todo género de injurias. Pero jamás esta prensa completó sus ultrajes y sus mentiras con una contestación exacta a mi pregunta: Cuando teníais vuestra armadura deseabais la paz; ahora estáis desarmados y queréis la guerra. Ninguno de sus escritores pudo explicar por qué se habían negado a no servirse de su antigua fuerza y por qué nos lanzaban ahora, nos empujaban, nos precipitaban a la guerra, cuando nosotros estábamos impotentes. ¿Locura? ¿Traición? La Historia lo dirá...

Nosotros no lanzábamos por nosotros mismos balidos por la paz. Manifestábamos únicamente, de extrema necesidad para Francia por aquellos días; analizábamos objetivamente la situación y concluíamos que nos era imposible por el momento intervenir. Pero conociendo bien a Alemania, declarábamos la necesidad de tomar precauciones rápidas para el próximo porvenir.

De este modo, cada demostración estaba seguida por una exhortación, que se resumía en una palabra escrita tres veces con carácter cada vez diferente: ¡Armémonos! ¡ARMEMONOS! *¡ARMEMONOS!*

¿Cómo nos contestaban los partidos de izquierda? Con manifestaciones de propaganda, anunciando los balances de la Marina y del Aire, reduciendo los gastos de las Escuelas y de los hospitales, lamentándose de los gobernantes —¡pobres gobernantes!— por especular con las huelgas, los períodos de descanso y las facilidades..., mientras algunos jóvenes adictos a los Gabinetes ministeriales, como, por ejemplo, un Marceau Pivert, llevaban a determinados barrios de París campañas furibundas contra la defensa pasiva... ¡Y todo esto en plena elaboración de la guerra!

Siempre el desarme; siempre el programa de los socialistas de 1914 sobre la «locura de los armamentos».

A pesar de todo, en septiembre de 1938, nuestra campaña enérgica, reforzada y respaldada por la opinión pública parisiense, obtuvo el golpe nulo de Munich, lo que constituía un beneficio para el país, ya que entonces estábamos aún menos preparados de lo que debíamos estar en el 1939.

Pero poco después Daladier aflojaba. Acababa por proclamar que la guerra era inevitable.

Y, al mismo tiempo, se colocaba personalmente en contra de nuestras campañas de armamento.

He aquí las circunstancias:

Julio de 1939. Yo volvía de Argelia, donde había percibido malos augurios en el cielo, la tierra y el mar. Tres órdenes de necesidades me obsesionaban a mi regreso:

1) Constatar que Italia se burlaba de nuestra firmeza ocupando Sheik-Said, en el mar Rojo, frente a su Eritrea.

2) Notar nuestro deseo de arreglo con ella, haciéndole ofrecimientos susceptibles de interesarla en el Adriático por medio de una diplomacia capaz de hacerse escuchar mejor que el nulo embajador que nosotros habíamos enviado allí.

3) Remediar nuestra grande inferioridad aérea.

Encontré a todo París enteramente conmovido por esta última y triste verdad afirmada por doquiera, es decir, que no teníamos aviación suficiente.

—En ese lado —gritaba yo— tenemos que fabricarla.
—Requiere demasiado tiempo —me decían.
—¡Comprémosla!...
—Entonces vamos a organizar una suscripción nacional...

Y lancé, a través de *La Acción Francesa*, la idea de reunir fuertes capitales para asegurar la libertad del cielo francés. Tuve, además, la idea de proponer este llamamiento a todos nuestros compañeros —de todos los colores—, con el fin de no quedarnos sólo con algunos míseros millones, que nuestros esfuerzos hubieran podido obtener y asegurar con rapidez las cantidades necesarias. Pero el mismo Gobierno que declaraba la guerra inevitable, el Gobierno que conocía mejor que nosotros nuestra inferioridad aérea, ordenó a todos los Sindicatos de Prensa que no se adhirieran a nuestra propuesta. ¿Hacían acaso esto por ser nosotros monárquicos? El interés nacional hubiera debido limitar el espíritu de partido. En todo caso, hubiera sido muy fácil que algún compañero de profesión o amigo lanzara por su cuenta la misma propuesta. Nosotros lo hubiéramos aplaudido y apreciado con todo corazón.

El primer semestre de 1939 transcurrió en súplicas inútiles. Yo había tenido la ocasión de decir y escribir mu-

chas veces que Hitler era «el enemigo número 1» ¿Y qué?, me decían los necios. Entonces replicaba yo: ¿Creen ustedes que basta conocer a un enemigo número 1 para poder alcanzarlo, así, directamente, sin preocuparse en lo más mínimo ni del tiempo, ni de los medios, ni de las situaciones? La historia de los años 1940-1944 nos ha enseñado después que países tan vastos, ricos y poblados como los Estados Unidos y el Imperio Británico han empleado muchos años para poner en pie sus medios de acción en proporción con los objetivos; durante largo tiempo se les ha visto cómo resistían a las insistencias de Moscú, que los intimidaba a crear un segundo frente *hic et nunc*. Además no hacía falta este ejemplo de hecho; el más elemental buen sentido, la más elemental razón hubiera debido hacerles comprender que no se hace una guerra antes de reunir el personal y el material necesarios.

En cuanto al riesgo de encontrarse en la necesidad de defenderse, más valía correr y esperar el ataque a pie firme, aprovechándose del beneficio moral de la agresión. En 1914 nuestra movilización fué entusiasta, porque fuimos invadidos. Todo el mundo sabía por qué iba al frente. La movilización de 1939, enmascarada con demostraciones superficiales, resultaba floja, porque nadie sabía por qué ni contra quién marchaba al frente. ¿Hitler? Completamente desconocido... Ni siquiera había permitido que él mismo se diera a conocer por su propio libro escrito contra nosotros. ¿El *fascismo?* Sobre este nombre los políticos fanfarrones habían echado el vituperio, pero los políticos no hacen la guerra y los que la hacen no son políticos. En fin, la «guerra de las democracias» no encantaba a nadie, puesto que en Francia la democracia había decepcionado a todo el mundo, y de la democracia de fuera, de Londres o de Washington, se sabía poco o nada.

En esto se resumen columnas y columnas de discusiones que nosotros sostuvimos por el amor de la paz.

NUESTRAS CUATRO REGLAS

A medida que las cosas empeoraban, nuestras posiciones adquirían bases más firmes.

Yo las formulé repetidas veces en agosto de 1939 en cuatro proposiciones fáciles de comprender. Todo el mundo puede verificarlas como quiera.

Primera Regla.—a) No debemos hacer la guerra.

Segunda Regla.—b) Si se nos impone o si, a pesar de nuestros consejos, estalla por culpa del Gobierno, hagámosla y hagámosla bien, a fondo, con todas nuestras fuerzas. Ganémosla. Y para ganarla, ¡Armémonos!, ARMEMONOS!, ¡ARMEMONOS!

Tercera Regla.—c) Si la ganamos... Ah, entonces nada de tonterías; procuremos poner a Alemania fuera de la posibilidad de hacer daño a nadie, es decir, hagamos uso de los procedimientos que se empleaban una vez. Porque de nula eficacia serán acuerdos militares como los que siguieron a Tena y los de 1918, que siempre fracasaron. Tampoco servirían para nada las grandes contribuciones que Alemania termina siempre por no pagar o las exasperantes ocupaciones sin objetivos bien determinados. Tenemos que renunciar enérgicamente a estas nubes modernas, porque su ineficacia ha sido evidente. Debemos volver al método que ha dado al pueblo de Francia siglo y medio de tranquilidad —y a Alemania hasta Federico II—, el método de los Tratados de Vestfalia, la destrucción de la unidad alemana, el retorno a las Alemanias, en una palabra, la paz de Jacques Bainville.

Cuarta Regla.—d) Para llegar a este resultado, es decir, a un buen uso de la victoria, a la obtención de la victoria, tenemos que dar a la guerra un objetivo nacional,

es decir, por encima de un antihitlerismo no comprendido y de un espíritu democrático harto periclitado, proclamemos que lo que tenemos ante la vista es la descomposición política del enemigo.

Estas últimas palabras nos merecieron de nuevo paquetes enteros llenos de estupideces. ¿Qué? ¿Partir a Alemania? ¿Con un cuchillo de cocina?

Se trataba de utilizar las fuerzas centrífugas que animan a Alemania, el separatismo que le es propio..., pero se decía que nosotros íbamos a irritar a los alemanes...; como si no les fuesen más molestas de impedir las sabias maniobras que iban a separar a Hitler del resto de Alemania...; como si el partido hitleriano, nacido del fichteísmo, no se hubiera identificado con el partido de la unidad y de la más grande Alemania... Se decía, además, que nosotros heriríamos lo que hay de más sensible en el corazón alemán...; como si la solución que nosotros propugnábamos hubiera sido capaz de hacer el menor mal a una mosca alemana, ¡como si nosotros no hubiéramos sabido que existían en Alemania rasgos numerosos de espíritu particularista y de separatismo total! Las circunstancias nos eran favorables, porque la expulsión de los judíos de Alemania había privado al partido de la unión de un gran número de sus partidarios más fervorosos (¿no eran acaso ellos, antes de la guerra del 14, ciudadanos y electores del Gran Reich, aunque no lo fueran de los diferentes Landstag de los Estados particulares?).

Bastaba con leer nuestras palabras. Contenían cuanto nuestros belicistas insensatos olvidaban o negaban sin razón alguna.

RUSIA (AGOSTO 1939)

En medio de estas discusiones estaba —verdadero rayo luminoso— un acontecimiento, suficiente para iluminar al peor de los cretinos: el Tratado del 22 de agosto de una

alianza entre Alemania y Rusia. Nosotros no habíamos cesado ni un solo momento de proclamar que esta alianza estaba latente y hasta que existía (según un informe particular de un patriota alsaciano), que el Tratado de Rapallo (1922) había sido renovado repetidas veces en Berlín y que debíamos acordarnos de la definición que Bainville había dado a Polonia llamándola *puente de unión* entre los dos grandes imperios, el del Centro y el del Este. Mientras no se tratara de repartirse otra vez a Polonia entre ellos, era previsible cualquier acuerdo. ¿Y después? Después sería otra cosa. Por el momento, la unión era fatal. Y he aquí que esta fatalidad estallaba, se verificaba, fulminaba a nuestros contradictores. Consecuencia inmediata: cualquier posibilidad teórica de una grande alianza en el Este se esfumaba. Aquéllos, entre los partidarios de la guerra, a quien todavía quedaba un átomo de buen sentido, creían hasta entonces que sin esta grande alianza la guerra era imposible; no estando Polonia suficientemente armada, ni su ejército suficientemente mecanizado, ni pudiendo sus cincuenta regimientos de Caballería hacer frente a un enemigo armado con tanques y aviones, sería puesta rápidamente fuera de combate y nosotros tendríamos que soportar todo el peso agravado de una Alemania más grande, reforzada y emborrachada por la victoria. Pero nuestros sabios mediocres se callaron y olvidaron su sabiduría cuanto más loca resultaba la idea de la guerra, más grande se hacía la obcecación y el furor de sus partidarios, obcecación contra el buen sentido y furor contra nosotros, que no cesábamos en nuestras advertencias.

NUESTRO GRITO DE ALARMA: ¡GANAR TIEMPO!

Vamos ahora a presentar algunas de las últimas advertencias dadas por *La Acción Francesa* entre el 23 de agosto y 3 de septiembre de 1939.

El 26 de agosto de este postrer año reproducíamos una de un jefe militar «tan reflexivo como informado», demostrando cómo cualquier cosa que emprendiéramos en el Rhin costaría demasiado caro, nos debilitaría cruelmente y no ayudaría para nada a Polonia:

«Esto equivaldría exactamente a pretender hundir con la cabeza »un muro sólidamente construído para socorrer a alguien a quien »están degollando del otro lado. Conclusión: ¡Ganar tiempo, ganar »tiempo!

»Todo lo que significa ganar tiempo nos dará la posibilidad de »reponernos y de reorganizar nuestras fuerzas, oponiendo la ganan»cia de tiempo al estúpido «todo va bien» de los impulsivos y de los »apasionados, y creará una superioridad manifiesta a favor de las »armas de nuestra Patria. ¿O es que vamos a echar en el precipicio »estas fuerzas del porvenir?»

Y el manifiesto había comenzado del mismo modo que terminaba:

«Que se construyan defensas, que se efectúe la movilización y todo lo que se quiera, que se ocupen todos los puntos. Todo esto es necesario, es natural. Sería criminal no cumplir con todo lo que exige la información lúcida y el cálculo exacto. Pero cosa muy distinta es que nos arrojemos sobre ellos antes que ellos vengan contra nosotros.»

Tres días después, el 28 de agosto de 1939, concretábamos nuestro criterio de la siguiente forma: «Armarnos, rearmarnos, superarnos y esperar con el arma al pie.» Formulábamos el temor de que una «ofensiva inoportuna nos rompiera los riñones para cien años»... Agregaba ya, especialmente, que no se debía desear a Francia una «nueva hecatombe».

«Si ha de elegir entre dejar crecer a la más peligrosa de las Gran»des Alemanias y la matanza adonde nos llevan, mi opinión es dejar »pasar tiempo.

»Moriremos, qué duda cabe. Se sabe morir por la Patria, des»pués de haber vivido por ella; pero, como decía aquella admirable »frase del general Castelnau en las maniobras de antes de la guerra

»del 1914, *debemos* morir poderosamente *y todo buen sacrificio tiene »que servir para algo.*

»Todo sacrificio sin brío es pura vanidad y pura imbecilidad; el »sacrificio de Gribouille no contiene un gramo de honor.»

Este era el tono y el sentido de nuestras súplicas en los últimos momentos. ¡Ganar tiempo! ¡Tiempo para armarse! El tiempo que Inglaterra y los Estados Unidos pudieron tomarse después, pero que no pudimos ganar porque nuestros políticos no se preocuparon de eso.

LA IMPRUDENCIA DE DALADIER

Durante este tiempo nuestros partidarios de la guerra afirmaban que Hitler jugaba al póker, practicaba el «bluff» y no perseguía sino una política de prestigio, sin realidad. El señor Chamberlain declaraba que no haría la guerra ni por Dantzig, ni por Polonia, sino por principios superiores, por su religión, *en el estilo de la guerra de propaganda revolucionaria*, como la que agotó a Francia desde 1772 hasta 1815.

El señor Daladier agregaba a esta guerra de principios una guerra de pretendido realismo: el honor de nuestra palabra, el socorro necesario de nuestros aliados, cuando sabía muy bien que carecíamos de los medios materiales para realizar este socorro.

El no estaba armado, ni siquiera quería armarse. En 1915 se había estimulado el armamento, improvisaciones fructuosas tenían el inconveniente de enriquecer a los intermediarios, de suscitar en mala forma nuevos ricos, pero tenían la ventaja de que abundaban los armamentos. Se procuraban al menos cañones y municiones. Fué precisamente en 1939, estando nosotros desunidos y desarmados por el Frente Popular, cuando el Gobierno Daladier tuvo la ridícula idea de limitar cuanto pudo los beneficios, y, por consiguiente, la producción de las industrias de guerra.

Pero si no existen los beneficios tampoco existirán los productos de guerra. Un gran industrial, poco interesado en suscitar concurrencias, pero francés ante todo, el señor De Wendel, se presentaba a la tribuna del Senado para demostrar cómo tales limitaciones eran estúpidas y funestas. ¡Lo mismo que si cantara! Y si al menos el trabajo oficial normal hubiera seguido su curso regular... Pero las fábricas nacionalizadas disminuían a la vez su capacidad de producción.

Para tener una idea justa de lo que significó la imprudencia de Daladier, conviene recordar que la situación precaria de nuestra aviación no fué *oficialmente* discutida y reconocida hasta que pasaron seis meses después de declararse la guerra, en la reunión del Comité secreto de la Cámara del 9 de febrero de 1940, en la cual el señor Fernando Robbe afirmó: «Alemania tiene 4.000 aviones en primera línea y 3.500 en la segunda. Nosotros, ¿cuántos? Ochocientos.» El ministro Guy la Chambre trató de sostener que teníamos 2.300. Este cálculo estaba lleno de ridículos engaños. Admitiendo sus cifras, resultaba que el enemigo poseía 7.500 aviones, cinco mil doscientos más que nosotros. Podemos también suponer que desde septiembre de 1939 hasta febrero de 1940, nuestras fabricaciones aeronáuticas habían hecho algún progreso respecto a sus cifras el día de la declaración de guerra. ¿Cuál era entonces esta cifra? Nadie pudo decirlo. Pero realmente era inferior a los ochocientos declarados por el señor Robbe.

Tales eran las negligencias, las presunciones, las ignorancias y las imprudencias que nosotros combatíamos con todo corazón, oponiéndonos a la declaración de la guerra en 1939.

Decidido a pasar por encima de nuestras repetidas súplicas, el señor Daladier hizo todo lo posible para ahogarlas.

1. El 27 de agosto, el señor Meyer, jefe de la Policía judiciaria, llamó a nuestro querido amigo Maurice Pujo

para decirle que Daladier le había encargado a él, Meyer, que insistiera por intermedio de Pujo para que yo cesara en mi campaña. Pujo contestó que nosotros asumíamos todas las responsabilidades. Que el Gobierno podía muy bien tomar las suyas, y si quería prohibir la libertad de prensa, que estableciese la censura.

2. Así lo hizo Daladier, y su primera preocupación fué la de mutilar toda la página de *La Acción Francesa*, en la que yo renovaba mis insistencias con el fin de que él proveyera, armara y restableciera nuestras alianzas.

3. Esta censura precedía a la declaración de guerra. En 1914 la prensa era dueña de pensar lo que quería sobre la guerra y la paz. En 1939, nuestros encarnizados partidarios de la guerra temblaban ante la idea de fracasar en sus propósitos. Estamos seguros de que si nuestros periódicos hubieran sido libres, habrían detenido el desastre. Pero encadenados como estábamos, nos faltó el instrumento, y París no pudo ser puesto en estado de alarma, como hubiera sido necesario.

Frente a la inmensidad de las desventuras que en los últimos cinco años cayeron sobre Francia no hay en el mundo un patriota razonable que pueda negar el buen sentido de nuestra oposición, la justicia de nuestras reservas y que yo lamenté que no fueran escuchadas para que el país pudiera redoblar los preparativos, armándose, rearmándose y superarmándose. Una verdadera usurpación del poder ejecutivo precipitó los acontecimientos: la guerra se desencadenó el 3 de septiembre de 1939.

LA DECLARACION DE LA GUERRA

La primera de las cuatro normas que nos habíamos impuesto caía por fuerza mayor. Ya no podíamos observarla.

Pusimos, por tanto, en vigor la regla número 2, teniendo siempre también ante la vista las reglas números 3 y 4.

Regla número 2: *Tenemos que ganar la guerra*; por consiguiente, ayudar con todo lo que podamos, sosteniendo y reforzando la moral del país.

Confiar en el Gobierno, sea el que sea.

Presionar sobre él para que actúe contra todas las insuficiencias de la democracia.

Reprimir el sabotaje comunista.

Velar sobre las intrigas de los partidos.

Nosotros apoyamos al Gobierno siempre que alguna cuestión se interponía entre él y los partidos.

Pero en virtud de este apoyo generoso y gratuito, tratamos de advertirle siempre cordialmente sobre los puntos débiles.

El había contado con el entusiasmo de la guerra contra el hitlerismo. Había sido decepcionado. Alemania podía crear inquietud en los ánimos de los franceses; pero el nazismo no les preocupaba lo más mínimo. Y lo mismo pasaba, como dijimos, con la famosa «guerra de las democracias». Total: los combatientes no eran demócratas y los políticos demócratas no combatían espontáneamente, y si lo hacían lo hacían muy mal y muy flojamente, y muchos, como los comunistas, desertaban o saboteaban. Fueron necesarios cuatro años de ocupación rigurosa y tiránica para que se encendiera la llama del espíritu, de la acción y del lenguaje patriótico en los partidos de izquierda.

Era preciso que recordásemos de vez en cuando nuestras consignas 3 y 4 para dar a la guerra un objetivo nacional, comprensible a todos los nacionales: *la destrucción de la unidad alemana*. Respecto a esto, las ideas de Daladier eran incoherentes. Mientras nosotros nos preocupábamos de hacer la propaganda de esta idea en Inglaterra por medio de ingleses amigos, Daladier pasaba sin razón alguna de una idea a otra. Un día mutilaba mis aclaraciones sobre la unidad alemana, otro día daba órdenes que me dejaran hacer. Yo nunca cesé de gritarle: si hacéis la guerra, hacedla bien para ganarla, dadle un objetivo francés, accesible a los franceses, ya que vuestros objetivos no mueven sino un número insignificante de combatientes. Esta guerra no tiene que ser hecha de nuestra parte únicamente por *deber*, sino por *pasión*, como acaece del lado alemán.

Daladier y sus hombres jamás comprendieron esto. Tampoco comprendieron nuestra sugestión inicial y perpetua: ¡Pétain! ¡Pétain! La guerra debe ser hecha por gente que sabe hacerla; en el mismo Estado Mayor, ni Pétain ni Weygand fueron empleados a tiempo.

Cuando, en 1940, Paul Reynaud sucedió a Daladier, no se mostró más inteligente que aquél sobre el objetivo de la guerra, pero nosotros lo alabamos por haber llamado, en fin, al mariscal Pétain y al señor De Gaulle.

Para dar una idea de la lealtad nacional con la cual apoyaba yo entonces al Gobierno, y respecto a los puntos más delicados, conviene recordar un hecho:

Cuando los desastres de mayo de 1940 comenzaron a revelar nuestra evidente inferioridad en material, así en tierra como en el aire, en tanques y en aviones, yo no abandoné mi campaña de que *la esperanza era siempre militar*.

Recordé cuantos rumores pude recoger sobre la manera con que podíamos, por medios de fortuna, igualar la máquina alemana y parar su avance rápido, echándose sobre sus dos alas. En un momento en que todo iba mal, escribía yo, entre otras cosas, al comienzo de mi «Política», el 9 de junio de 1940:

LO QUE SE SALVA Y SALVO

«Los caracteres de la batalla de Francia implican dos dificultades »que se presentan de la siguiente manera: nosotros hemos sido inva»didos; el enemigo procura sumergirnos.

»El enemigo cuenta con un tercer factor: las máquinas. Pero más »rápidamente que el enemigo lo haya previsto, si no ha sido posible »oponer tanques a los tanques ni alas a sus alas, hemos encontrado

»mecánicos con capacidades análogas que han podido reparar y a ve»ces anular nuestra inferioridad técnica.

»Evidentemente, las lagunas de la preparación no han podido ser »suficientemente cubiertas por medio de hábiles y maravillosos es»fuerzos de improvisación. No hay varita mágica que supla el tiempo »y los esfuerzos continuos. Nuestro grito: «¡Armémonos, ARMÉMO»NOS, ARMÉMONOS!» no encontró eco durante quince años, pero »las cosas de la guerra no están ligadas en tal forma al dominio de »un material que no sea posible suplir con rapidez aquellos equiva»lentes eficaces, y que el hombre puede fácilmente multiplicar. Cuan»do se narra lo acaecido aquellos días del mes de mayo último, cuan»do el 75 y la artillería pesada pudieron sustituir ciertas deficiencias, »se conocerá una página admirable de la historia militar de la Patria »y se echará un poco más de luz sobre la manera como las cosas se »llevan a veces por lo que hay de más humano en el hombre: el es»píritu.»

CHARLES MAURRAS.»

Tales páginas de resistencia y de esperanza nos han traído después, durante cuatro años, verdaderos torrentes de injurias lanzadas por la prensa pro-alemana de París.

Siempre me he mostrado orgulloso por esto. El escritor no pelea. Su papel no es debilitar la moral de los ejércitos o de la población, sino, al contrario, fortalecerla, llevando hasta sus puntos extremos la fe, el brío, la voluntad de vencer, dando él mismo el ejemplo de la más imperturbable fidelidad. En 1914, cuando von Kluck se acercaba, yo me negué a abandonar París, porque el general Gallieni había declarado que iba a defenderlo *hasta el extremo*. Uno de mis compañeros del Gobierno de entonces me había aconsejado, en su fuga hacia Burdeos, que le siguiese, porque París iba a ser reducido a cenizas. Le contesté que prefería estar debajo que fuera.

En 1940 no abandoné París hasta que me cercioré de que no sería defendido.

EN POITIERS Y EN VILLEFRANCHE-DE-ROUERGUE

Al abandonar París, el 10 de junio, nos dirigimos a Poitiers para publicar allí el periódico. Aparecieron seis números. El penúltimo tenía por lema: «La esperanza está puesta en los militares.»

He aquí el texto:

«Este título no es de hoy.

»La Acción Francesa lo lanza de nuevo en este 12 de junio de 1940, desde esta roca de Poitiers, adonde ha debido trasladarse, pero ella lo había ya inscrito—en marzo de 1918— en una de sus ediciones parisinas, bajo la amenaza de una primera emigración casi decidida.

»El momento era, afectivamente, grave. Ingleses y franceses acababan de ser copados por una oleada alemana que se dirigía hacia París. Nosotros apenas sabíamos que en aquel mismo instante tenía lugar en Doullens una reunión de jefes decisiva; iba a constituirse la unidad de mando. Foch lo tomaba en sus manos. Ignorando aquella suprema ventura, y bajo los golpes de una fatalidad que pretendían derribarnos, nuestra razón y nuestro corazón estaban concordes en afirmar un solo pensamiento: la idea del Ejército, nuestra confianza en él y el carácter exclusivo de esta confianza. Al Ejército y sólo al Ejército. Fuera del Ejército francés y de la victoria que llevará todo consigo, todo estaba perdido: la guerra, la paz, todo, decíamos nosotros, si el Ejército no lo salvaba.

Por consiguiente, en aquel momento la esperanza era militar.

Hoy acaece enteramente igual (1940).

Y me atrevo a decir: más que entonces.

Porque en 1918 teníamos enfrente un emperador con el cual no era del todo absurdo imaginar, quizá, un vago quizá, algún arreglo de paz y un acuerdo más o menos susceptible de realizarse.

Esta vez no existía nada parecido. Ni pacto, ni tratado, nada, nada más que el yugo. Tenemos frente a nosotros una horda bestial.

Tenemos que enfrentarnos con lo que Alemania tiene de más salvajemente bárbaro, es decir, unas ambiciones que nada puede moderar, objetivos morales, sociales, políticos, de los cuales apenas tenemos una idea. Los bienes, las personas, las libertades, las vidas

están igualmente amenazadas por esta horda y por su sistema, que consiste en una nivelación tal que nadie podría quedarse libre y salvo. Si nosotros dejamos de poner nuestra esperanza en nuestro Ejército no nos quedará fuerza natural o meditación moral en que confiar, y las mujeres, los niños y viejos estarán expuestos a las mismas exacciones y a las mismas violencias que las propiedades. Lo que se ha visto en Rumania en 1918 *y en Polonia en* 1939 *ocurrirá en la Francia del* 1940 *y de los años siguientes si nuestro Ejército fuese vencido. Cada uno de nosotros debería renunciar a todo y ante todo lo que cree poseer y de que se imagina disponer. No fué sólo por liberarnos por lo que empuñó las armas una parte de nuestro pueblo y los que lo inician en el más noble de las artes: el arte de proteger la única garantía de la vida civil.*

Quienes conocen a la Alemania hitleriana, los que ven los progresos del germanismo esencial, saben que no exagero lo más mínimo. Lo trágico de mis palabras no consiste en haber presentado, durante los últimos años, las cosas en su aspecto negro, sino en el hecho de que la verdad que ellas expresaban no ha sido admitida por la ligereza y el escepticismo corrientes. Hace ya años que nosotros lanzamos este grito de alarma, que no ha sido tomado en serio sino por un número muy reducido de espíritus providentes y reflexivos. Estamos al borde del abismo. ¿Qué es lo que nos separa de él? El Ejército. Esta es nuestra esperanza. Nuestra Esperanza es militar. Lo repetimos: sólo nos guarda ésta.

La gente puede confiar en nosotros en cuanto a esto. Nadie ha sido más opuesto a la guerra que nosotros.

Cualquiera que fuese el pretexto invocado desde 1935, *y sin tener en cuenta la doctrina jurídica y moral de que se le revistiera, pasamos meses, años enteros, gritando continuamente: ¡No, no, no! Ayer miraba yo nuestros artículos del mes de agosto de* 1939, *que son, literalmente, un interminable grito en favor de la paz.*

Pero nosotros tuvimos al mismo tiempo la previsión de agregar:

«Cuidado con esta guerra, si llega, impuesta por otros o por nosotros, porque entonces tendremos que hacerla de una manera absoluta, hasta lo último, hasta la victoria, o todo estará perdido: nuestras libertades, nuestros bienes, nuestras personas, la seguridad de nuestras vidas.

De una forma u otra, la guerra ha llegado. Y tal como es tenemos que hacerla en estas precisas condiciones. Todo porvenir está en la suerte de nuestras armas. Toda nuestra garantía está en nuestros magníficos soldados y en sus grandes jefe.

CHARLES MAURRAS.»

Digamos de paso que uno de los documentos de la acusación nos imputa un espíritu de capitulación en aquellos instantes. Leyendo estas páginas del 11-13 de julio de 1940, cualquiera puede darse cuenta de la enormidad de la mentira con que nos quieren manchar.

Sólo en el último de mis artículos de Poitiers declaraba yo, después de conocer la advertencia del general Weygand y la decisión del Mariscal Pétain —con profunda consternación por mi parte—, que colocaba toda mi confianza en los más competentes y más gloriosos de los expertos. Hubiera sido, efectivamente, estúpido y ridículo sobreponer nuestra competencia a la competencia del vencedor de Verdún. Hubiera sido anárquico sustituir con nuestra voluntad la voluntad del Jefe. Hubiera sido insensato no poner por encima de todos los imperativos la voluntad de salvación pública de la persona que mejor que nadie conocía las condiciones del momento.

Nos sorprendió la rapidez con que el Mariscal impuso la autoridad de su palabra. Nuestros pronósticos sobre el furor bárbaro del vencedor habían sido algo desmentidos en lo siguiente: el armisticio no nos privaba de todo, sino, al contrario, nos dejaba una zona libre, la flota, el Imperio colonial, la soberanía jurídica y moral. Este armisticio del Mariscal nos ponía en condición de tratar con el vencedor, condición que no pertenecía entonces, como observaba una revista inglesa, a ningún otro de los pueblos vencidos hasta aquel momento por Hitler.

El armisticio del Mariscal, firmado con honor, «entre soldados», creaba una situación que teníamos que aprovechar para el bien de Francia.

Aquello valía mucho más que una guerra, hasta el ex-

tremo, como la de Gambetta, cuyos errores el mismo De Gaulle ha hecho muy bien en señalar.

Aquello podía tener para Francia el mismo resultado feliz que tuvo para Alemania el armisticio del 11 de noviembre de 1918, que permitió al vencido de entonces levantarse y recobrar fuerzas.

NUESTRA POSICION DESPUES DEL DESASTRE

Estas son las razones irrefutables que dictaron nuestra declaración del 26 de junio de 1940, redactada en Villefranche-de-Rouergue, donde nos habíamos replegado y que confiamos a la Agencia Havas, refugiada en Burdeos.

He aquí el texto de aquella declaración:

«*Al primer rumor sobre el armisticio,* La Acción Francesa *lanzó en Poitiers, donde aparecía, el grito que repetirá cuando comience otra vez a publicarse. Loco, loco de remate sería todo francés que quisiera sustituir su juicio emitido por las competencias militares de Pétain y Weygand. Estos dos grandes franceses tenían bajo sus ojos todos los datos que les interesaban saber. Nadie podía juzgar como ellos la situación. Si los agudos especialistas protestan significará sólo una ofensa contra el buen sentido. Los que querían proseguir la lucha hasta lo último, no ignoran ahora que sería imposible en el territorio de la metrópoli; por eso quieren concentrar la guerra en las colonias. Esto significaría abandonar Francia y entregarla enteramente. ¿Cuándo volveremos a encontrarla? Quizá nunca más.*

Una vez arreglado este problema militar, todo el resto está dominado por la cuestión nacional. Los que tienen el sentido de nuestro pasado se preguntan si no hemos llegado al extremo más bajo de la historia de Francia. Ahora bien; si nosotros conservamos el sentimiento esencial y vital de nuestra unidad, podremos levantarnos otra vez.

¡La unidad francesa ante todo! En la unidad todo puede resucitar. Pero si tenemos la desventura de dividirnos —aun con la ilusión de hacer frente al enemigo victorioso—, de esta división no se aprovechará nadie más que él.

No tenemos otro camino que el de mantener digna y fuerte la unidad nacional, simbolizada en el Mariscal Pétain y sus colaboradores.

Por triste y dura que sea la situación, una sola cosa la puede agravar más aún: la disgregación de la Patria. Y los que aspiran a este crimen son precisamente los responsables de esta guerra mal preparada, los que nos han hecho perder en diez meses los esfuerzos de diez siglos. *Contra las dolorosas necesidades a las cuales la sólida razón y el corazón leal tienen que resignarse, los mismos responsables desencadenan ahora su patriotismo verbal cuyo sentido no es nada difícil de comprender...»*

Pensaba yo, como era natural, en el señor Mandel y en los que se encontraban sobre el puente de *Marsella.*

«*...Tratan ellos de servir unas causas muy poco nacionales: el olvido de sus errores, los intereses de sus partidos y las maniobras del Extranjero.*

¡La unidad francesa ante todo! He ahí el único eje, la única columna de esperanza. Ningún francés digno puede perder de vista este axioma fundamental. Todo nuestro porvenir como pueblo puede depender de él.

CHARLES MAURRAS.»

EL ARMISTICIO DE 1940

La preocupación por el porvenir y por aquella condición del porvenir, es decir, la *unidad francesa,* dominaba, efectivamente, nuestro espíritu.

Nosotros pensábamos, como Gallieni, como Foch, que hacía falta combatir hasta el extremo, es decir, hasta el último punto útil para la victoria y la potencia. No pensábamos que hacía falta continuar aquella guerra *a ultranza.* Explicaremos esto en seguida.

La guerra a ultranza de 1870 consistía en cantar en septiembre que no se cedería ni un palmo de terreno, ni una piedra de fortaleza, en rechazar las condiciones, en conjunto moderadas, propuestas por Bismarck —la cesión de una parte de Alsacia y una contribución de dos mil millones—, todo un alboroto para tener que ceder, cinco meses más tarde, toda Alsacia, una parte de Lorena y pagar

cinco mil millones. ¿Y en cuanto al honor? Antes, el honor había puesto a salvo en Saint-Privé y en Reischoffen. Pero el honor no iba a ganar nada en el sitio de París, en el campamento de los alemanes, en los Campos Elíseos, ni con la Comuna de París o con el segundo sitio que le siguió.

Si los adversarios europeos de Napoleón I hubieran hecho la guerra a ultranza según este modelo, no les habría quedado un solo soldado o cañón para tomar el desquite de 1812, 1813, 1814 y 1815.

Si los alemanes hubieran hecho en 1918 la guerra a ultranza, habrían sido cercados y hechos prisioneros por Foch, Pétain y Castelnau, mientras Franchet d'Esperey hubiera entrado en Berlín. Tampoco hubieran podido reorganizarse y preparar la *revancha* de 1940.

Un armisticio concluído a tiempo, hasta una paz desventajosa, permiten, con todas las reservas del honor, salvar el porvenir. El armisticio de 1940 salvaba el porvenir y amplía zonas del presente.

En lo que sigue, señores, os pido el permiso de contestar con algunas palabras del extraño *factum* leído por el señor secretario. Se me reprocha una «confianza loca», una «confianza mística» en el Mariscal Pétain. Se me dice: usted ha hablado del milagro Pétain», usted ha hablado de un hombre providencial».

Señores: yo no soy un plagiario; tengo la costumbre de otorgar a cada uno lo que le pertenece.

Ahora bien; la expresión «el milagro Pétain» no me pertenece a mí. Pertenece a alguien más competente que yo para hablar de milagros; quiero decir el mismo Papa. Fué Pío XII quien, con su experiencia en cosas sobrenaturales, pero también con su grande sabiduría natural, lo ha dicho; el Papa Pío XII conoce, habla y escribe siete idiomas vivos; ha viajado durante su larga vida de diplomático por el mundo entero; ha sido Nuncio apostólico en las dos Américas; con esta magnífica cultura posee una experiencia de la lengua francesa acaso sin igual; por extraordinario que esto parezca entre los teólogos romanos, a él le gusta Bossuet, pese a su galicanismo. Yo me considero muy orgulloso, muy contento de encontrarme de acuerdo con él sobre Pétain. El «milagro Pétain» es un término del Papa.

Ahora, en cuanto al «hombre providencial», tenemos que volver atrás, ya que tampoco éste es un término mío. Pertenece al decano del Cuerpo diplomático, es decir, al Nuncio del Papa, que ha dicho al Mariscal: «Usted es un hombre providencial.»

Hay también otras fórmulas, otros nombres que han sido aplicados a Pétain y que yo he repetido muchas veces. Esto pasó precisamente en el momento en que el Presidente Roosevelt enviaba a alguien al Mariscal para felicitarle por su «obra magnífica».

En fin, en el banquete de Clermont, al que asistimos Pujo y yo, en el invierno de 1941-1942, presidido por el embajador de los Estados Unidos, el Almirante Lehay, dió éste, después de escuchar los discursos franceses, las gracias al Mariscal, y levantando la copa en su honor, no dijo: «A la salud del Jefe del Estado», sino: «Al Mariscal Pétain, vuestro héroe nacional.»

Ustedes comprenderán, señores, que después del Presidente Roosevelt, del Almirante Lehay, del Nuncio Papal, del Papa mismo, pudiera yo abandonarme muy tranquilamente y con toda seguridad a mi admiración natural y profunda por el Mariscal Pétain.

No olvidéis Verdún, no olvidéis su papel en la victoria final, su intervención en el Riff, su embajada en Burgos y Madrid. Es un hombre que ha triunfado siempre, y el magnífico gesto con que hacía entrega de su persona a Francia me había conmovido profundamente, ya que venía de parte de un viejo de ochenta y cuatro años.

He aquí el secreto de mis adulaciones para con el Mariscal.

EL SENTIDO DEL ARMISTICIO: LOS DOS ARMISTICIOS

Tengo que revelaros una cosa que no es un secreto, pero que resulta algún tanto ignorada: *existen dos armisticios.*

Los que han seguido el 26 de julio al Mariscal Pétain pensaban, con Dantón, que «no se lleva la Patria en la suela de los zapatos».

Las concesiones del Mariscal Pétain eran de las que hacen siempre los vencidos. Pero debajo de aquellas concesiones guardaba él realidades sustanciales y la posibilidad de todas las organizaciones del interior. No se ha notado jamás que, salvando el honor nacional, el Mariscal mantenía también el respeto de las alianzas. En Burdeos, en plena crisis, el embajador de Inglaterra, sir Ronald Campbell, pregunta diez veces a nuestros ministros: ¿Y vuestra flota? ¿Permanecerá ella al menos sin entregarse? ¡No y no!» Diez veces se le declaró esto. Y la declaración fué confirmada por los hechos: la flota no fué entregada, la flota permanecía en pie, y dos años y medio más tarde —en noviembre de 1942—, para no entregarse a Alemania, se hundía lo que quedaba de ella.

He aquí el doble honor del armisticio. Antes fueron sus frutos, perdurables, si hubiesen sido respetados por los demás como lo han sido por el Mariscal, que ha sabido conservar el valor de sus pactos con los ingleses y con los alemanes.

El Mariscal se negó siempre a ofrecer a estos últimos la colaboración militar contra Inglaterra. Les negó siempre los puntos de apoyo mediterráneos, como Bizerta y Tolón, que ellos exigían. Fué necesario que él mismo fuese desposeído de ellos, para que los alemanes pudiesen establecerse allí.

El hecho es que apenas concluído, este armisticio encontraba inmediatamente frente a él dos enemigos: Inglaterra y el partido franco-alemán.

INGLATERRA

La postura de los franceses reunidos en torno al Mariscal con respecto a Inglaterra era muy clara.

En la tarde del día en que enviamos nuestro despacho a la Agencia Havas me encontraba yo en casa de un prohombre republicano que había reunido allí cierto número de adherentes de *La Acción Francesa.* Como lo he dicho muchas veces, uno de ellos me hizo una pregunta muy extraña. Voy a reproducir sus términos auténticos:

«Si Dios le diese a usted el poder de elegir entre Inglaterra y Alemania, ¿de qué parte se inclinaría?

—De la de Inglaterra —contesté sin titubeos—. Alemania será siempre el enemigo número 1.»

Era el 26 de junio. Ocho días después, el 3 de julio, lo flota inglesa cañoneaba nuestros buques anclados, casi desarmados, en Mers-el-Kebir, mataba a más de mil quinientos marinos franceses, sin alguna razón o utilidad; la flota no debía ser entregada, no había ningún motivo que hubiera podido justificar este temor, y, en todo caso, los alemanes no podían venir a buscarla donde se encontraba.

Pero Mers-el-Kebir no cambió nada en el armisticio del Mariscal.

El Mariscal no entregó la flota.

No hizo la guerra a Inglaterra.

No realizó una colaboración militar con Alemania.

Pero algo ha cambiado en nuestras relaciones *morales* con nuestros antiguos aliados.

La balanza, que estaba a favor de Inglaterra, no se ha inclinado por eso a favor de Alemania.

Ha permanecido en equilibrio entre los dos, ya que había un enemigo número 1 y apareció a su vez, *ex aequo*, un enemigo número 1 bis.

Se responderá a esto: era la guerra. Bien..., pero la guerra contra Francia.

Inglaterra creyó que era su deber continuar esta política que la alejaba mucho de los franceses.

Así, atacó Dákar, atacó Siria, el Africa Ecuatorial Francesa, y más tarde Madagascar. Organizó una guerra colonial que tomó en seguida las proporciones de una guerra civil. Y organizó por radio una campaña diaria de propaganda injuriosa contra la Francia continental, contra el Estado y el Mariscal.

Lo hacía por nuestro bien, dirán sus amigos. Otros continúan pensando que nuestro bien aparecía extrañamente subordinado al suyo. No dejará de extrañar el hecho que haya desde una *vuelta* tan grande para atacar a Alemania, su vecino del mar del Norte. Y es igualmente sorprendente que nuestro bien llevara consigo tantos males para nosotros.

Frente a la transformación de nuestro territorio metropolitano en campo de batalla, la ruina de Tolón y de Normandía, el bombardeo de tantas ciudades nuestras, el incendio de vastos territorios, el gran cerco de nuestro Imperio colonial (que ha necesitado mucho tiempo y nos ha privado de muchas posesiones lejanas), era natural que se despertaran las más legítimas desconfianzas. A pesar de todo, jamás los fieles del armisticio del Mariscal han pedido, ni el Mariscal lo hizo nunca, la guerra contra Inglaterra. Nos hemos limitado, por doquier, a la defensiva local, pura y simple. Hecho que irritó bastante a la prensa proalemana de París.

Ni los insultos, ni las brutalidades de un lado u otro, han logrado echarnos hacia el lado de Alemania.

En cuanto a la prensa, se puso igualmente a la defensiva, en contestación a la campaña de la radio británica. A sus difamaciones diarias hacía falta oponer refutaciones apropiadas. Era éste un deber. Y nosotros tratamos de cumplirlo. No hemos ido nunca más allá de nuestro derecho, tanto cuanto manteníamos la independencia y la soberanía del Estado francés, cuyo Jefe era el Mariscal, ante el cual estuvo América largo tiempo representada como cuando contestábamos a las calumnias de los emigrados con los calificativos jurídicos que les aplicaba la autoridad legítima de nuestro país.

Pero ni estas polémicas, ni los golpes materiales y sangrientos que Inglaterra nos otorgaba, nos hicieron entregar la flota o los puntos de apoyo que nos reclamaba Alemania. En cuanto a la defensa del Imperio, podemos resumirla en las palabras de Weygand: «*Ni a unos ni a otros.*» Hubiera sido imposible concebir un programa más leal y más patriótico al mismo tiempo. Este programa ha sido estrictamente realizado por el Mariscal y por cuantos le seguíamos; sus términos consistían en observar las condiciones del armisticio nazi todos y contra todos.

V

EN VICHY

EL PARTIDO DE LAVAL. EL PARTIDO ALEMAN. EL ARMISTICIO PARA ENTREGARLO TODO

HASTA ahora hemos hablado del armisticio del Mariscal, del armisticio nacional, del armisticio destinado a *salvar lo que podía ser salvado*.

Pero había otro partido, para el cual el armisticio consistía en *entregarlo todo*.

Es imposible seguir adelante sin ocuparnos de la persona que ha falsificado y ha perdido todo: Laval.

Monsieur Laval es un hombre de rara habilidad cuando sus intereses personales directos están en juego. Estaba sin un céntimo y ha hecho fortuna. Estaba inscrito con el carnet B como anarquista en 1914, ha ido a Kienthal durante la otra guerra y ha llegado a ser el ídolo de los conservadores y de un gran número de nacionalistas. Su penúltima obra maestra la consiguió en junio de 1940, al ganarse por algunos meses la confianza del Mariscal, obteniendo, gracias a su experiencia de los medios parlamentarios y a su oratoria de político, el segundo puesto en el Estado. Su última genialidad consistió en romper en cierto

modo con el partido franco-alemán, representado por Déat, para prepararse un buen *alibi* de anti-germanismo.

El señor Laval es un piloto excelente para su barco, detestable para el barco del Estado.

Cuando el interés personal inmediato no lo empuja, el señor Laval está reducido a las reservas de su cerebro, ignorante y limitado. Jamás se ha visto una carrera tan brillante en semejante incapacidad política. Su descuento de 10 por 100 en vísperas de las elecciones bastó para que tuviera lugar la coalición de los funcionarios contra él y fuera elegido el Frente Popular. He hablado hace poco de su política anglo-franco-italiana y no he dicho todo lo que quería decir sobre aquella estupidez. Su política alemana de 1935 fué todavía más necia. Pensaba entonces realizar los elementos de una política defensiva contra Alemania. Aquello era, decía él, el pretexto de su acuerdo con Moscú, que debía permitirle llegar hasta Berlín... ¡Y hasta Berlín llegó el animal!...

De aquí nuestra parábola sobre la caza del jabalí. El jefe de la caza, M. Laval, eligió los mejores fusiles del distrito. Todos otorgaron su aquiescencia. Entonces el señor Laval, siguiendo las huellas del jabalí, exclamó:

—¿Quiere usted ser cazado, señor Jabalí?

Durante los años 1938-1939 se había sumergido en sus propias contradicciones, tan fuertes, que el partido franco-alemán ni se tomó la molestia de atraérselo bajo su triste bandera.

En 1940 se puso a la cabeza del partido del armisticio, no para salvarlo todo —repito que había dos armisticios—, sino para entregarlo.

Durante nuestro primer viaje a Vichy, el 11 ó 12 de julio de 1940, nos hizo Laval grandes proposiciones a Pujo y a mí. Nos mantuvimos fríos. El nos dijo: «Dadme vuestros hombres y trabajaré con ellos.» Nos limitamos a decirle que poníamos a su disposición a un gran jurista, que

hubiera podido ayudarle en todas las cuestiones de Derecho Nacional e Internacional, el marqués de Roux. Este nombre le puso fuera de sí. Nos recomendó que jamás hablásemos de las *Alemanias* para que tampoco se hablara de las *Francias*. ¡Como si se tratara de lo mismo!... Nos contó que dentro de tres meses los alemanes iban a gozar en la zona ocupada de una popularidad irresistible y que aquello podía constituir el mayor peligro para Francia; que teníamos que someternos a los alemanes a toda costa. Estas necedades, dichas y repetidas, eran suficientes para que nos formáramos un juicio sobre este hombre.

En septiembre de 1940 comunicamos al general Weygand —y él la leyó en el Consejo de Ministros—, una admirable carta de parte de la baronesa Francis de Lassus, cuyo marido, presidente de la Liga de la Acción Francesa, había caído tres meses antes en el campo del honor. Se protestaba en ella contra la radio de Laval, que hacía propaganda a favor de los alemanes. Contestando a eso, la Censura de Laval quiso darnos un golpe por nuestra actitud, pero las medidas tomadas contra nuestro periódico provocaron un incidente en el Consejo de Ministros, y a las insistencias personales del Mariscal, la suspensión fué levantada. El señor Montigny, secretario general de Información, nos llamó por teléfono para pedirnos excusas.

Algunos días después, a raíz de una viva discusión con Mauricio Pujo, nos autorizaba poner en la primera página del periódico nuestra divisa permanente. «Francia, únicamente Francia».

La Acción Francesa la conservó durante cuatro años, pese a los furores que provocaba en los dos partidos del Extranjero, el anglófilo y el germanófilo. Esta era nuestra única arma, ya que el partido pro-alemán, con Laval, tenía en su poder todos los mandos.

No cabía ninguna duda. En torno a Laval y a sus pe-

riódicos se había organizado un *partido del armisticio que entregaba todo*.

Su prensa tenía dos polos. Uno, oficioso, insinuante, «moderado», representado por *Inter-France*, de Dominique Sordet; otro, ruidoso, excitado, vehemente, representado por *L'Oeuvre*, de Marcel Déat. El campo intermedio estaba ocupado, como es natural, por listos y cómplices. Un rasgo único les era común a todos: prescindir de todo sentimiento del honor francés. El señor Montigny podía decir muy bien con desprecio que *la política de la dignidad* coincidía con lo que en 1939 se llamaba *política de la firmeza*... Pero lo terrible en todo esto era la idea que podía resultar de aquella derrota. Pues era definitiva, adquirida, eterna.

El armisticio del Mariscal, el armisticio salvador, abría posibilidades para el porvenir. Albergaba y conservaba fuerzas preciosas. Pero lo que pasaba era que precisamente aquellas fuerzas estaban abiertamente ridiculizadas. No sólo el armisticio era una «ficción»; la línea de demarcación, una palabra; el Imperio y la flota, términos sin realidad, sino que todas las condiciones eran consideradas revocables *ad nutum*, siendo la buena voluntad del vencedor la regla para todo. Por eso se precipitaban delante de los alemanes, para ofrecer servicios que aquéllos no exigían o no pensaban exigir. Para esta gente, el armisticio no había sido concluído para evitar que se perdiera todo, sino que constituía un regalo total hecho a los vencedores del momento.

¿No era acaso algo estúpido, solía decir al señor Laval, que los vecinos combatieran entre ellos cada veinticinco años? Ante todo, debemos decir que no hemos combatido cada veinticinco años. Pero ellos querían cambiar el continuo combatir por una esclavitud humillante, y, por tanto, exasperante y generadora de nuevos conflictos.

Hablé ya de la importancia que concedí yo durante mi

juventud y durante la madurez de mi vida a la idea de *revancha*, que había sido durante veinte años «una Reina de Francia». El menosprecio que le había sido prodigado bastaba para despertar mi atención. Al llegar a mis manos el número del 1 de agosto de 1940 de *Inter-France*, a mediados de agosto escribí a su director, Dominique Sordet, la siguiente carta:

«*Al señor Dominique Sordet.*

Limoges, 15 *de agosto de* 1940.

Señor:

Pasando por Vichy, he leído el número del 1 *de agosto de su periódico* Inter-France.

Ignoro completamente cuándo La Acción Francesa *podrá empezar nuevamente la publicación de la crónica musical, cuyo redactor era usted; pero de una cosa estoy bien seguro: el autor de este número de* Inter-France *no pondrá más los pies en nuestra casa, donde una firma deshonrada no podrá jamás encontrar sitio.*

La espantosa página que lleva su firma, ¿fué efectivamente escrita por usted? Me gustaría dudarlo. Los términos que usted emplea con respecto a Alemania, los otros con que quiere colmar a los «patriotas celosos» o a los «super-patriotas impenitentes», todo esto nos hace recordar las palabras del Príncipe de Bülow: «Nosotros no hemos pedido la cabeza de Delcassé, nos ha sido ofrecida.»

Ved, señor, que tenéis en 1940 *idéntica postura que Reuvier en* 1905: *uno de esos franceses que ofrecen a Alemania lo que ni ella siquiera nos pide.*

Al cabo de algunas semanas, Rouvier se había arrepentido; él dispuso de este tiempo para hacerlo. Usted, señor, y sus miserables inspiradores, ¿disponen acaso de los momentos precisos para arrepentirse? ¿O el mal que usted ha hecho a Francia en circunstancias tan críticas es ya definitivo e irremediable?

No bastándole a usted con entregarse al vencedor, no bastándole con hacer ofertas más allá de sus exigencias, quiere, señor, que toda la gente se entregue y ofrezca como usted. Incluso se atreve usted a llenar de sarcasmos pretenciosos a los franceses que se niegan a imitarle en su bajeza. No comprenden, *afirma usted,* no saben... *Y usted, ¿qué es lo que sabe usted? ¿Qué puede saber un miserable como usted?*

Veinte veces, durante los últimos años, me asaltó la tentación de poner de relieve algunas de sus necedades o de sus trivialidades. Y renuncié, movido por amigos que intercedieron en su favor.

He sido demasiado bueno...

Pero esta vez se trata de patriotismo y de honor, tanto o más que de espíritu político. No basta con sonreír y dejar hacer.

Adiós, señor; que sea usted feliz, confiando, como dice, en la bandera de vuestra colaboradora y protectora la Alemania victoriosa.

Viva con ella en un «cuerdo» sin «reticencias», embriáguese usted con todos los elixires de su «buena voluntad». Será para nosotros un honor mantenernos fuera para quedarnos entre franceses dignos de este nombre.

Me es imposible saludarle, créame.

Firmado: CHARLES MAURRAS.»

Esta es la carta y éste es el modo cómo *La Acción Francesa* escribía a los partidarios de Alemania.

Al mismo tiempo, *La Acción Francesa* anunciaba a sus lectores la expulsión de Dominique Sordet. Para que la cosa no apareciera como expresión de una pura fórmula, pedí en seguida la sustitución inmediata del crítico musical. Recibí la objeción que en aquel momento las crónicas musicales no tenían objeto en Limoges. Al sucesor de Sordet, el eminente musicólogo José Canteloube, le rogamos que hiciera una crónica musical regular sobre «las Canciones populares de Francia». Interesante serie, que continuó durante más de un año.

Después de Dominique Sordet llegó el turno a Déat. He aquí el documento que a él se refiere: es una carta escrita el 2 de septiembre de 1940 al señor Tixier-Vignancour, jefe de Radio Nacional, sobre sus escritos políticos; en realidad, en contestación a una carta de excusas del 27 de agosto, donde él confundía mi postura con la de Déat.

«*Limoges, 2 de septiembre de* 1940.

Querido señor:

Esa carta me traía una buena noticia: cambiaba usted de sitio en las citas de Déat y modificaba el volumen, que resultaba escandaloso. Desgraciadamente, el escándalo se ha reanudado anteayer, 31 *de agosto, al mediodía.*

En verdad, todo hombre que reflexione sobre el asunto se pregunta adónde va a llegar esta política de suicidio. ¿Cómo pueden ustedes dejar a un adversario de Francia y del orden social que se tome la libertad pública de disparar contra ustedes: ustedes, Estado francés; ustedes, Estado no marxista, adversarios de la lucha de clases, del antipatriotismo y del antimilitarismo, y también usted, Tixier-Vignancour?

Con la más grande astucia, cosida con hilo rojo, se denuncia a los «supervivientes» de «un régimen un poco deshecho», sin que ustedes vean que son precisamente estos supervivientes los que dirigen la corriente contra ustedes. ¿Acaso no saben leer los de la Radio?

Lo que usted me escribe sobre la convergencia de ideas entre Déat y yo en 1939 *es cosa amable, conciliante, y puede que sea también política. Pero es lo cierto que todo eso es falso. El hombre que no quiere morir por Dantzig es un hombre que sueña con movimientos públicos, con «remolinos», como diría él, que van hasta las huelgas y los motines militares, pudiendo transformarse también en revolución frente al enemigo. Los términos que emplea le muestran totalmente desprovisto del sentido de la dignidad francesa y de respeto hacia sí mismo.*

Nosotros no pensábamos en absoluto con él cuando decíamos: ¿Qué podemos hacer por Polonia? Nada. Sufrimos un caso de fuerza mayor, pero sin negar que se debía morir por Dantzig, si se moría vigorosa y útilmente, sin abdicar, como Déat, de todo espíritu de previsión política, sin obcecarnos, como él, sobre la enorme evidencia del peligro europeo de los progresos de la Alemania hitleriana. Jaurès se había resignado ya en 1913 *—acuérdese usted de su conversación con Barrès al retornar éste del Levante—. También Déat se había resignado a igual fin, su triste maestro.*

Nuestra postura política, digna de un nacionalista como usted, por ejemplo, señor Tixier-Vignancour, guardaba todas las precauciones y hacía todas las advertencias —armamento, rearme, superrearme, alianzas— todo lo que la postura de Déat rechazaba explícita o implícitamente.

Era como el día y la noche. Pensábamos nosotros en el porvenir tanto como en el presente, mientras él negaba puerilmente la existencia del peligro o se figuraba poder conjurarlo por medio de figuras retóricas. De hecho lo sustituía por otro peligro: el de una guerra interior, no menos perdida para el orden y el interés de Francia.

La manera en que Déat decía: «Nada de guerra», era exactamente la de los Jaurès y de los Caillaux, que, entre 1902 *y* 1914, *cediendo todo —colonias, armamento—, hicieron la guerra inevitable.*

No querer distinguir entre dos pensamientos tan opuestos, como el del señor Déat y el mío, bajo pretexto de que convergen en las mismas conclusiones verbales, no representa más que un realismo muy ficticio e igualmente verbal. Si quiere usted mirar con un poco de atención las cosas, puede estar seguro de que verá muy distintamente las ideas.

Yo no reprocho, como parece creerlo usted, a Déat el hecho de que viene de Ginebra. Este es asunto suyo particular. Reprocho al antiguo ministro del Aire del Gabinete Sarraut el hecho de que haya prescindido siempre de Francia, en cuanto nación, que al parecer no le importaba un comino.

No me digan que en otra época de su vida llevó las armas con honor. Lo mismo vale para el señor Gastón Vidal. Ambos han sabido desenvolverse para que se le pagara cash and carry. *Usted tiene el deber de no dejarse engañar por estos mercaderes.*

Pero lo grave es que nuestra polémica está ampliada y explotada por el enemigo, que trae, como dice usted, consecuencias desastrosas fuera y dentro del país. Eh..., ¿cree usted que hubo necesidad de mis réplicas para dar al enemigo el medio de ampliar y explotar las tesis del señor Déat? Estaban formuladas a medida de su interés, *de su utilidad esencial. ¿Y de quién es la culpa? Ante todo, de usted. Usted tiene la censura, usted es el que puede contrarrestar las infamias pro-alemanas del señor Déat... El mal no ha podido comenzar con mis réplicas, todavía demasiado moderadas. Su Policía y sus servicios de información debieron hacerles entrever a ustedes el doble escándalo del señor Déat: él da razón a las calumnias de la Radio Londres, recluta a docenas partidarios para el señor De Gaulle. Y esto no es todo: el pueblo francés, menos idiota de lo que se cree, se muestra sensible a las carnicerías públicas que los marxistas hacen con su honor y sus intereses vitales. Le domina una angustia que le obliga a decir: ¿Entonces el Gobierno no ha cambiado en Francia? ¿Es el nuevo idéntico al antiguo, con la única diferencia de que el señor Déat entrega el país a los alemanes, mientras el señor Mandel lo entregaba a los ingleses? ¿Injusticia? La injusticia del dolor... Sería imperdonable, si usted no hubiese tan desdichadamente perdonado al señor Déat. Usted podía cortar de raíz su reciente maniobra y debía hacerlo. Pero usted no lo ha hecho. El único freno eficaz ha sido el nuestro. Como se sabía que éramos amigos del Gobierno, la oposición hecha a Déat ha permitido que se llegara a la conclusión*

de que este revolucionario mal arrepentido no es siempre dueño de su nuevo juego y que se puede llegar a tiempo para desenmascarar su briandismo.

La colaboración con el enemigo, me dice usted, no es sólo, como indicaba yo, posible, *sino que usted la declara necesaria e inevitable. ¡Ah, Dios mío!... No nos atribuya usted necedades para refutarlas más cómodamente. Nadie, entre nosotros, ha pisado el terreno sagrado de lo necesario y de lo inevitable. Ni el* ananké, *ni su aceptación leal, están ahora en causa. Usted debería ver todo esto. Fíjese usted en las líneas que preceden. No reprocho al señor Déat el hecho de que dé lo que nosotros no podemos negar, sino el hecho de entregar lo que tendríamos que reservar y defender. Le repruebo que añada a la necesidad impuesta las ofertas de una inmunda y estúpida libertad, la suya, que vale cuanto la del señor De Gaulle. El desgraciado echa todo sobre el tapete y lo presenta como si fuera mercancía suya. Corre ante el enemigo, hace de modo que aquél tome en cuenta sus esperanzas, sus anchas vistas, sus intenciones, dignas del más necio liberalismo internacional. Todo esto, por lo demás, a fuerza de astucias a lo Gribouille, de cálculos a lo Galino y de amplitud espiritual digna de un pedagogo desvergonzado.*

Este Kerillis pro-alemán, ¿crea acaso ilusiones? ¿De veras? ¿Para quién? Basta con leer lo que escribe para convencerse del volumen de sus necedades. Admitiendo lo que ningún francés honesto puede admitir..., es decir, que a la política del clan de los «yes» tiene que suceder la política del clan de los «ja», le basta a uno con la razón para establecer que hay que distinguir esta política, en sí, de un programa publicado y exhibido. *Hay una diferencia... Una cosa es* hacer *y otra cosa es hablar. Yo sé bien que estos Reumestan no pueden tener una idea sin subir a la tribuna para vociferarla o saltar sobre la pluma para escarabajearla. ¡Y todo esto con la cara del realismo!...*

El no es un mercachifle de pueblo para no saber que anunciando concesiones se llega al efecto ineludible de aumentar las exigencias del contrincante advertido. Es idiota suponer que éste se contentará con lo que se le ofrece. Saltará, pondrá la mano sobre todo, y una vez establecido, se lanzará a pedir otras cosa. Es ésta una evidencia tan monstruosa, que siento vergüenza escribirle a usted sobre ella. Déat y sus amigos son unos abominables jornaleros.

La campaña que están realizando, y que parece haberle engañado a usted, reúne tres características:

—Indignidad moral;

—Imprudencia política;

—Imprudencia diplomática;

—Una enorme falta de psicología respecto al carácter alemán.

Y nos preguntamos ahora si es natural que el programa de la Radio francesa lleve al molino de las dos radios enemigas agua clara y cristalina.

He aquí la parte esencial de mi contestación. Sólo pido que pueda ir a completarla de viva voz a Vichy. Estaré allí hacia el final de esta semana. Las explicaciones orales pueden ayudar a disipar todos los equívocos. Pero lo que precede será para usted evidente. Las faltas cometidas son todavía reparables. Sería mal continuar por este camino. Porque de este modo llegarán ustedes adonde no quieren llegar y tendrán que derramar lágrimas de sangre, y esto, créame, no será para consolar a alguien que ha hecho demasiadas advertencias de este género, que no ha sido escuchado, y al cual los acontecimientos no han hecho más que confirmar, demasiado cruelmente, sus previsiones, para desgracia de la Patria.

En el momento en que digo a usted que tengo el honor de saludarle, tengo bajo los ojos una imagen de Epinal, *cuya grosería debería arreglarlo todo. Lea suted el increíble comentario que la gente de* Inter-France *hace sobre el proyecto de reanudar en nuestra frontera pirenaica el control de correos que se había instalado en Moulins. Este proyecto es lo que es. Puede tener ventajas o mantener la situación presente. Pero los desventurados han imaginado sobreponer al dispositivo material que existe otros* motivos *desastrosos.*

¿Sabe usted qué es lo que arguye Inter-France? *¿Qué es lo que él llama la* ficción de la independencia de la zona libre? *¡Claro! también usted y yo somos una ficción. ¡Ay! No ignoramos nosotros que los alemanes pueden hacer lo que les parezca. Pero no podemos escribirlo, porque nosotros no podemos decir públicamente al alemán que el Armisticio es cosa que él pueda modificar a su antojo, sin que este fundamento legal pueda ser defendido. El buen sentido dice, al contrario, que nosotros tenemos que agarrarnos a las menores estipulaciones del armisticio, sin dejar aparecer ni un sólo instante en que no las tomamos en serio, o que las cláusulas puedan ser contestadas y menoscabadas. Este es el abecé del asunto. Sin ello podrían objetarnos sus negociantes muy bien. Pero ustedes lo saben perfectamente, ya que una agencia oficiosa de ustedes lo ha dicho y lo ha escrito.*

Entonces, ¿por qué se dice lo que no debe decirse? ¿Será acaso para hacer lo que no debe hacerse? Ante la enormidad de la falta conocida, uno está tentado a preguntar si no existe allí un principio de traición.

Yo espero que no. Para explicar los rasgos de esta catastrófica estupidez basta con admitir que existen almas alteradas por la ignorancia, la falta de reflexión, la fatuidad, la presunción, la pedantería, la falta de educación y de instrucción, las costumbres espirituales del marxismo y del briandismo, la imposibilidad total de concebir los intereses objetivos de la Patria.

Pero permítame usted, señor, que le diga en esta ocasión, que si es muy natural ver a un Déat deatizando, con el apoyo de todos los Montigny caillautizantes de la Censura, nos es penoso saber que un Tixier Vignancour lo apoya también por la Radio.

Todavía ayer, 1 de septiembre, a mediodía, esta Radio nos ha retransmitido largamente el artículo tan ridículo del señor Déat, en que se recomendaba a sí mismo como negociador de la paz...

¿Pero será él tan...? Estos tres puntos cubren un monosílabo que no se puede escribir. Yo he desaprovechado siempre el empleo peyorativo de un término que no significa nada agradable, pero ahora veo que se puede aplicar muy bien a una política insensata. Política que consiste en una pasividad absoluta y en la capacidad de dejarse maniobrar por unos y por otros. Yo tengo el derecho y el deber de no desear este destino a un Estado francés que ha vuelto a sus fines nacionales y que tiene que actuar con firmeza y pensar en las consecuencias de las cosas, hechos y palabras...

Estas páginas, ya demasiado largas, no serán seguidas por una demanda de explicación sobre una palabra suya que me ha extrañado: no bastaría con decir, a este propósito, que usted ha sido informado mal, ya que en torno a mí no ha habido y no habrá nunca kerillismo.

Reciba la expresión de mis sentimientos más distinguidos.

Firmado: CHARLES MAURRAS.

P. S.—He leído la Oeuvre *de hoy, lunes...*

«Existió el plano inclinado de la victoria.»

Me asustan ustedes con el plano inclinado de esta nueva caída en alguna locura suicida. Yo hago lo que puedo. Ustedes deberían reflexionar sobre esto con toda objetividad. Ay, ¡desdicha de las desdichas!

Por su fecha (verano de 1940) y por su sentido, estas dos cartas son capitales. En la segunda se resume toda la táctica del partido germanófilo. Desde agosto de 1940 se le acusa al señor Déat de entregar y ofrecer lo que

debía reservar y defender, de haber echado todo sobre el tapete, de haber hecho lo contrario de lo que sabe y hace cualquier mercader de pueblo, ofreciendo más de lo que pedían los alemanes e invitando a estos últimos a elevar sus demandas.

Indignidad moral;
Indignidad política;
Indignidad diplomática;
Enorme falta de psicología respecto al carácter alemán.

En estas cuatro ideas se basó mi polémica contra el señor Déat y su partido.

Toda la polémica de la *Acción Francesa* suscitaba gran simpatía en Vichy en torno del Mariscal. Pero la tesis de Déat estaba apoyada por Laval, que lo protegía, con gran indignación por parte del general Weygand, cuyos sentimientos eran conocidos.

Déat acabó por ceder. Abandonó Vichy para trasladarse a París. Pero el clan de Laval, sostenido por Alemania, hizo que Weygand fuera enviado a Africa del Norte. Todo esto no cambiaba ni un ápice la política del Mariscal. Al contrario, la fortalecía, ya que Weygand practicaba en Argelia la fórmula: «Ni los unos, ni los otros», que conservaba todo para Francia. El no entregaba nada.

Por este motivo, señor presidente y señores del Jurado, nos dirigimos directamente al Mariscal.

El 11 de octubre de 1940, Pujo y yo hicimos un viaje a Vichy para entregar al Jefe del Estado una nota denunciando lo que había de insensato y hasta de peor en un sistema según el cual el Armisticio, metódicamente denigrado, se consideraba una «ficción», un sistema que ofrecía al ocupante, como cosas sin interés para nosotros, todas las ventajas que habíamos conservado. Los franceses no tenían el derecho de burlarse de la Francia «nono». Como si dijeran a los alemanes que era preferible que la ocuparan. A nosotros se nos había obligado a cumplir

con la parte dura del armisticio. Era preciso que no despreciáramos lo que tenía de ventajoso. Debíamos, al contrario, seguir el procedimiento de Poincaré, agarrándonos a todas las cláusulas, como se hace en todo pacto con alguien que es más fuerte que uno.

El Mariscal nos autorizó a leer aquella nota. Nos pidió que la conserváramos, mandó que la escribieran a máquina y la leyó otra vez atentamente. Al día siguiente dijo a su secretario: ***«Estos señores tienen razón.»***

Así se marcaba la diferencia entre su armisticio y el armisticio de la traición.

Tenemos razón en pensar que aquella denuncia motivada no fué ajena a la destitución de Laval, el 13 de diciembre siguiente. Laval lo sabía muy bien, ya que a la vigilia de su derrota había intentado acusarnos en un Consejo de Ministros, aunque sin ningún éxito. Fuimos defendidos por la mayoría y por el Mariscal.

Cuando el alemán Abetz, que había venido a Vichy para socorrer a Laval, echó una ojeada a los periódicos y se paró en «Francia, únicamente Francia», de la *Acción Francesa*, agregó:

«Sólo Francia pagará». Aquella había sido la tesis de *Inter-France*.

EL PARTIDO FRANCOALEMAN Y LA ENTREVISTA DE MONTOIRE

Nosotros habíamos querido llegar a esta primera caída de Laval, que desde el segundo puesto del Estado llegó en la situación de prisionero y acusado, de la cual se libró sólo por la intervención de los ocupantes.

Pero tenemos que abordar ante todo dos cuestiones. La primera se refiere a la colaboración.

No se puede comprender nada del fenómeno de la colaboración si no se tiene una idea precisa del frenesí

del partido francogermano, de sus pasiones y de sus intereses.

¿Cómo se formó este partido? Tuvo, indudablemente, como base los restos de los antiguos admiradores de Briand, que tenían que ser filoalemanes a la fuerza. Además, Berlín debió, a su vez, de entregarles mucho dinero. Fué reclutado un cierto número de necios y locos, que creían en la *Internacional blanca*, vieja quimera combatida siempre por Bainville, Pujo y yo. Ingresaron allí un gran número de *cagoulards*, que nosotros habíamos echado de la *Acción Francesa*, a causa de sus absurdos planes de complot y de su inteligencia con la Policía, visible desde el primer momento. En fin, el clan mundano de los Gobinistas y de los financieros del partido de los «Ja» estaba completado por un gran número de comunistas. El gran número de persecuciones, pesquisas y condenas pronunciadas en 1939 por Daladier demuestra que, por su propaganda, estos aliados de Rusia y aliados de Alemania llevaban el desorden a las fábricas obreras y en la organización militar. Todo esto favorecía grandemente a Alemania durante la guerra, durante la invasión y después.

Sólo que, en el momento de la victoria alemana, esta simpática gente quiso que se le pagara con dinero, bien entendido, pero también con puestos, con influencia cerca del ocupante y participación en el Gobierno francés. Los alemanes juzgaron este instrumento útil y no vieron que estos aliados de la vigilia se hacían más odiosos a los ojos del pueblo francés a medida que aparecían como cooperadores del ocupante. Los alemanes cometieron, por tanto, la grande estupidez de tomar a los partidos del Extranjero como expresión legítima de la nación vencida. Debían haber tratado únicamente con el Mariscal, pero la resistencia de este último en la dignidad y en el honor les impacientaba y les irritaba. Creyeron más cómodo apoyarse en estos incendiarios decididos, intentando imponer un armisticio que lo entregaba todo.

Esto aumentó el número de las desventuras de Francia. Los intereses, las pasiones y las costras políticas de los hombres de partido completaron las ruinas de la guerra con el Extranjero por una pequeña guerra civil seca, hecha contra el conjunto de la opinión francesa, contra su resistencia y los que la encarnaban, es decir, el Mariscal y sus leales, como nosotros, y más tarde la Legión, cuando ésta comprendió en su grande mayoría la situación, y se adhirió a la divisa: «Francia, sólo Francia».

Estamos orgullosos de haber servido durante cuatro años de cabeza de turco al partido francogermano.

¿Quieren ustedes saber lo que se decía de nosotros en aquel momento?

Os tenía preparadas trece páginas, pero no quiero perder con ellas el tiempo. Voy a citar únicamente algunos extractos, para mi deleite personal.

En la prensa alemana de París se decía:

«No puede menos de existir un acuerdo profundo y total entre Maurras y Churchill... La inteligencia es evidente. Todo lo que vaya contra Alemania y la revolución europea se encuentra en el campo maurrassiano... Los judíos de Vichy han respondido con un instinto seguro y un entusiasmo sincero a los llamamientos de fondos de La Acción Francesa. *En cuanto a los masones de más allá del Canal de la Mancha, son gente de bien... Los ataques de Maurras no les alcanza.»*

(*Déat,* L'Oeuvre, 9 *de abril de* 1941.)

«El slogan de La Acción Francesa: *Francia, sólo Francia, no es otra cosa que la máscara de su anglofilia, pero esto no puede engañar a nadie.»*

(*Déat,* L'Oeuvre, 9 *de abril de* 1941.)

«Charles Maurras y sus discípulos procederían, con retraso, pero con una alegría salvaje, a un nuevo San Bartolomé, exterminando precisamente a los que han sido los pioneros del colaboracionismo.»

(*Déat,* L'Oeuvre, 8 *de mayo de* 1941.)

¡Cómo se engañaba, si damos crédito a lo que dice la acusación!...

«La divisa de La Acción Francesa: Francia, sólo Francia... *que*

ha ofrecido pretextos patrióticos a la negativa de cooperación europea...»

(*Déat*, L'Oeuvre, 24 *de noviembre de* 1942.)

«*Charles Maurras condena a la* Legión de Voluntarios Franceses, *no queriendo hacer a Stalin ningún daño...»*

(*Déat*, L'Oeuvre, 26 *de julio de* 1941.)

«*Maurras ha trabajado febrilmente para torpedear todas las negociaciones franco-alemanas.*»

(*Rebatet, Nôtre Combat*, 27 *de marzo de* 1941.)

Es ésta una literatura que por el momento quiero ahorraros.

Existe también una contrapartida, quiero decir un tipo igual de literatura, pero ésta venía de Londres. No tengo la paciencia de pasarla en revista.

Tal fué la intensidad, puede decirse la enormidad, del esfuerzo realizado por el partido francoalemán. Debemos recordarle, si queremos apreciar el significado de la entrevista con Hítler en Montoire.

Esta entrevista fué ofrecida al Mariscal, y de ningún modo pedida por él. Podía encerrar una trampa, pero ésta fué denunciada por los términos en que el Mariscal anunció este acontecimiento a Francia.

Su primer gesto fué el de ensalzar lo que el partido francoalemán quería sacrificar a toda costa: es decir, la dignidad, el honor el porvenir. El Mariscal tomaba sobre sí todas las responsabilidades de la colaboración, reservaba para sí su entera dirección y no admitía a otro juez que la Historia. *Seguidme*, decía él, eliminando de este modo todas las agitaciones de las voluntades individuales. Y poco después debía agregar:

Seguidme, pero sin pasar delante de mí.

Nosotros nos integramos en seguida a esta concepción unitaria y personal, prudente y reservada. He aquí nuestro comentario sobre la conferencia de Montoire, tal como apareció al día siguiente en nuestro periódico, que acababa de ser transferido de Limoges a Lyon:

—¿Es usted partidario de lo que el Mariscal llama «colaboración»?

—No tengo por qué ser partidario de esto.
—¿Entonces, adversario?
—Nada de eso.
—¿Neutral?
—De ningún modo.
—¿Entonces lo admite usted?
—No tengo por qué admitirlo, ni por qué discutirlo.

Y continuaba:

«Hemos salido, gracias a Dios, de este régimen de la discusión en el cual todo iba mal porque no podía recibir ninguna dirección continua; no había ni autoridad, ni responsabilidades. Ahora que hemos cambiado todo eso, es de creer que todo redunde en provecho del país.

Cuando nos faltaba el gobierno y el Estado, no podíamos titubear en asumir responsabilidades globales y trágicas. Ahora que el Estado existe y cumple con su cometido, nuestro deber es doble: primero, dejarle hacer, y después, facilitarle la tarea.

Para dejarle obrar tenemos que proceder de tal modo, para no mezclarnos en aquel centro esencial de su actividad que es la libre elección de una política entre varios sistemas que se ofrecen o no se ofrecen; para facilitarle la tarea tenemos que multiplicar nuestros esfuerzos con el fin de reunir en torno a él el más grande número posible de ciudadanos, crear una atmósfera de confianza absoluta, poner a su disposición la enorme fuerza que deriva de la adhesión positiva de las multitudes cuando son organizadas y dirigidas por un espíritu poderoso.

Deliberar sobre el fondo de su acción sería pura anarquía.

La más grande desventura de Francia consistiría en tomar ahora partido en pro o en contra de la «colaboración» y en determinar la existencia de facciones contrarias. Esta dispersión y diversión serían funestas. Por eso tenemos que orientar todo hacia el fortalecimiento y la unión.

El Mariscal es el único responsable. Lo ha dicho él mismo y de una manera admirable. Comprendemos...»

Entonces mi futuro interlocutor decía:

—Pero si...

—No hay nada de sí. Ante todo, concentración. Pensar en Francia, sólo en Francia... Tenemos que trabajar únicamente por ella.

La acción sana y útil del espíritu público debe tener por objeto contribuir a fortalecer el mecanismo fundamental sobre que se apoya todo, echando fuera cualquier tendencia política.

Tenemos que procurar que la maniobra del Estado, cualquiera que fuese, sea lo más fuerte y lo más hábil posible. Si la dirección elegida por el Jefe del Estado es perfecta, sus buenos resultados tendrán un ritmo acelerado y aumentarán gracias al concurso del país. Si cualquier error ha podido insinuarse en el punto de partida, la agilidad y la solidez de la máquina del Estado logrará atenuarlo y compensarlo, gracias al mismo concurso.

Todo esto puede presentar inconvenientes o defectos graves. Unos más grandes y otros menos. El tiempo pasa por encima. Uno puede titubear o quedarse inmóvil, como en el asunto de Mers-el-Kebir. En él, el Gobierno de Londres nos echó los dados con la insolencia de un desafío, mientras los golpes dirigidos contra el propio corazón de Francia y contra su Gobierno manifestaban la voluntad de regalarnos una nueva revolución francesa.

Esta vez no tenemos otro camino que el de ir contra Londres, contra su Radio, contra su malsana y pérfida necedad. No tenemos posibilidad de elegir. Nuevas corrientes han surgido del otro lado, nuevas reacciones se han producido, y hemos debido tenerlas en cuenta.

—Pero, ¿qué piensa usted de la actitud adoptada?

—Yo no he asistido a las deliberaciones y no he visto el dossier; por tanto, no pienso nada. Y esto no me molesta demasiado, ya que, ante todo, tengo algunas pequeñas cosas en que pensar, y, en segundo lugar, sería odioso formular juicios sobre el asunto sin los elementos necesarios para un criterio justo. Por último, tenemos el deber de pensar en las cosas inmediatas, necesarias y urgentes, para poder dar al Gobierno responsable, prestando servicios buenos y útiles, todo apoyo material y moral, con el fin de sostener sus altas responsabilidades. Toda Francia tiene que colocarse en torno a él. Esta labor de unión queda, por el momento, como primera y única posibilidad de salvación.

El principio vital es: que el Jefe pueda hacer su política en condiciones óptimas, ofrecidas por la actitud y el movimiento del país. Tenemos que apoyarlo y aclamarlo, porque no hay otro método para facilitar el mantenimiento del barco del Estado entre la zona del más grande bien, que es alcanzable, y la del menor de los males, en la cual puede siempre salvarse.

He aquí por qué, después de haber hablado como padre, el Mariscal se ha decidido a hablar como jefe —jefe y maestro— cuya suprema lección se resuelve en la confianza en la Francia eterna.

(La Acción Francesa, 1 *de noviembre de* 1940.)

No nos hemos apartado jamás de esta línea: la colaboración era asunto del Mariscal. No teníamos por qué discutirla, ni por qué apoyarla, y tampoco por qué declararnos neutrales. Seguíamos al Jefe del Estado, juez competente, conocedor de todos los secretos.

Este no era asunto del partido francoalemán, ni del señor Sordet, ni del señor Déat, ni de Laval. Ellos desencadenaban entonces su sistema, que consistía en organizar y extender una propaganda escrita y oral en favor de la *colaboración*, que se llevaba a cabo en los comicios públicos, en los cafés y en las calles, donde se trataba de los problemas de política exterior de Francia. Nosotros nos levantamos entonces contra lo que debe llamarse el «*colaboracionismo*».

Los espíritus, acostumbrados a ver todo, a colocar todo en un plan electoral, periodístico o tribunicio, no podían comprender aquella diferencia. Bastaba un momento de reflexión para captarla: dejar hacer al Mariscal lo que era de su incumbencia y no caricaturizar o transformar en empresa de demagogia internacional lo que era un artículo de política y defensa nacional. Sólo el Jefe era el que podía circunscribir la colaboración dentro de los límites de los intereses nacionales. Sólo el Jefe podía impedir que degenerara en campaña de subordinación voluntaria francesa a la hegemonía alemana. Volúmenes de explicaciones hemos dado en este sentido, dominados por la necesidad de no dejar que Francia se dividiera en dos bandos: el partido de un Extranjero y el partido de otro Extranjero.

Francia tenía que dar consistencia muy rápidamente a sus intereses, mientras los contrincantes extranjeros ocultaban su juego y no decían nada sobre sus intenciones.

Lo esencial de esta política de *La Acción Francesa* quedó verificado en dos hechos. Dos de nuestros antiguos amigos habían llegado a Lyon con el fin de hacer *colaboracionismo*. Les pusimos en seguida al corriente de lo que nos separaba de ellos.

El 8 de junio de 1941, *La Acción Francesa* publicaba la siguiente nota:

A PROPOSITO DE UNA CONFERENCIA

Se nos ruega insertemos el anuncio de una conferencia sobre la «Nueva Europa y Francia», que debe ser pronunciada en Lyon por un hombre eminente, que ha sido gran amigo nuestro. (Se trataba de Georges Claudel.)

Jamás cesaremos nosotros de estimar en él, junto al alto valor del sabio, un patriotismo generoso.

A pesar de esto, no hemos accedido a la inserción pedida. Ante todo, por el hecho de que el conferenciante está relacionado, en la campaña que persigue hoy día, con franceses por los que nosotros no tenemos ninguna estima; después, por el hecho de que nosotros juzgamos que nuestros medios no nos permiten hacer planes sobre Europa, mientras sólo Francia nos reclama. En fin, porque nosotros somos hoy, como ayer, adversarios de los llamamientos a la opinión, de la diplomacia en plazas públicas, cuyo resultado consiste únicamente en provocar contradicciones y desórdenes en los espíritus.

La más grande desgracia de nuestro país sería formar partidos fundados en las cuestiones de política exterior. Este es el gran peligro. Cuando se trata de problemas en que sólo el Gobierno competente tiene voz, lo que más conviene para los ciudadanos es el silencio. Sólo de este modo puede el Gobierno asegurarse completa libertad de acción.—A. F.»

El 18 de febrero de 1942, *La Acción Francesa* publicaba esta otra nota:

«RESPUESTA A UNA CUESTION

Con ocasión de una conferencia anunciada, algunas personas nos han preguntado cuáles eran nuestras relaciones con el señor Brasilach, que fué colaborador de nuestra página literaria, y que, prisionero de guerra liberado, volvió a París como redactor jefe de Je Suis Partout.

Como hemos tenido ya ocasión de hacerlo respecto a su periódico, contestamos también esta vez que nosotros no tenemos nada que ver con el señor Robert Brasilach.—A. F.»

Puede formarse una idea clara sobre nuestra posición, leyendo las tres siguientes cartas entre el presidente de una de nuestras secciones y un subordinado suyo que había sido borrado de las listas:

13 *de junio de* 1942.

Señor Presidente:

«Tengo el honor —y el deber— de informarle que a petición del grupo «Colaboración», de París, y en mi calidad de miembro activo de este grupo, he accedido a presentar al profesor Grimm... (un alemán) ...en ocasión de una conferencia suya, el martes, 16 *corriente.*

Estoy seguro de estar plenamente de acuerdo con usted, ya que la necesidad de esta colaboración ha sido precisada por el Mariscal y entra ahora en una fase activa de realización a través del Gobierno actual de Francia.

Reciba usted, Señor Presidente, la expresión de mis mejores sentimientos.»

He aquí la respuesta del presidente de los «Amigos de La Acción Francesa»:

«26 *de junio de* 1942.

Señor:

En respuesta a su carta del 13 *de junio le envío a usted este recorte del periódico* La Acción Francesa, *del prmero de noviembre de* 1940, *en que Charles Maurras define claramente, para sus lectores, la línea de conducta sobre el punto preciso que usted pone en causa.*

Todo está claro: apartarse de ella significa apartarse, automáticamente, del grupo de nuestros amigos.

Aquel artículo nos vincula a todos los Amigos de la Acción Francesa, y especialmente a mí, como Presidente. Es preciso que yo me pliegue a esto.

Reciba usted, señor, la expresión de mis más distinguidos sentimientos.»

He aquí la furiosa contestación del Señor X.:

20 de julio de 1942.

Señor Presidente:

He recibido su carta del 25 de junio, que me traía, en contestación a la mía del 13, el artículo del señor Charles Maurras del 1 de noviembre de 1940, aparecido en el periódico La Acción Francesa.

Había leído a su tiempo este sorprendente artículo, que me había chocado por su falta de conclusiones positivas.

En aquel momento yo había lamentado, con algunos de mis amigos, la posición tomada por el maestro contra la idea de la colaboración.

Si la expectativa podía concebirse como un sistema posiblemente útil al día siguiente del armisticio, los acontecimientos ulteriores no permiten ya la falta de acción.

La expectativa irresponsable y anónima no ha servido a los intereses de Francia durante este período vacío de los últimos quince meses (la ausencia de Laval).

El venerado Jefe del Estado ha dado al país su testimonio de la necesidad de la colaboración.

En los tiempos gloriosos de La Acción Francesa, *cuyos entusiasmos y esperanzas no tuvieron, desgraciadamente, un mañana, el equívoco no era permitido. Me da pena constatar que esta cualidad esencial ha dejado de existir en este partido, del cual he tenido el honor de formar parte y en el cual he creído.*

Con los sentimientos más distinguidos...»

¡Ya podrán ustedes ver cómo este afiliado nos excomulgaba precisamente a nosotros por no ser colaboracionistas!

Es inútil poner de relieve que el autor de esta carta no había sabido leer los escritos y los discursos del Mariscal y tampoco los míos. Se arrogaba el derecho de ir más lejos que el mismo Mariscal, considerando nuestra disciplina y nuestra confianza como un equívoco.

¡Confianza como un equívoco!

La línea inquebrantable de *La Acción Francesa* la indica bien claramente nuestro proceder con los viejos amigos de *Je Suis Partout*, apenas se adhirieron al colaboracionismo.

A principios de junio de 1940, al ser detenidos Lesca y Laubreaux por orden de Mandel, por mezclarse con los germanófilos Serpeille de Gobineau y Fabre-Luce, achacándoles, sin fundamento alguno, delito de traición (lo único que se les podía inculpar era de ciertas frases violentas contra el Gobierno), protesté yo contra aquel abuso del poder. Para su propia desdicha, la victoria alemana desligó de sus deberes a los redactores de *Je Suis Partout*, que iniciaron una *Internacional blanca*, prefiriendo la ideología nazi a las realidades de la Patria deshecha. En el acto los catalogamos nosotros entre las filas de los que habían desertado de Francia, siguiendo las ideas democráticas.

Durante los meses estivales de 1940, M. Rebatet y M. Laubreaux, entregados a la atmósfera de los cafés de Vichy, iniciaron una campaña violenta contra las «ilusiones de *La Acción Francesa*» y las reducidas perspectivas de su mermada política. ¡Sólo ellos hacían la gran política! De retorno a París, quisieron lanzar nuevamente *Je Suis Partout*; pero, como aun nos temían, su director, Lesca, envió un mensajero a Lyon para averiguar mi parecer sobre su reaparición. Les respondí categórica y violentamente:

No existe la menor posibilidad para que un periódico se mantenga con honor en París en estos momentos.

Será un periódico dirigido por manos tudescas. Adiós, señor.

El mensajero llevó mi respuesta, y, por su parte, se retiró del periódico. Los restantes procedieron de forma completamente distinta y desencadenaron nuevamente sus iras contra *La Acción Francesa*. Rebatet me otorgó el inmerecido honor de tratarme en su inmunda obra *Les décombres* con idéntico lenguaje soez que al Ejército y a la Patria. La Censura de Laval sólo me permitió contestar

con un artículo, por otra parte muy mutilado por ella (noviembre de 1942).

Siguiendo la prensa parisiense vendida a Berlín, la falta de éxito de su campaña progermana se debía únicamente a nosotros: *maurrassianismo* equivalía a espera, que era idéntico a *anticolaboracionismo*.

En realidad, el *maurrassianismo* no existía. Charles Maurras se portaba como debía, como un buen francés, absolutamente leal al Mariscal, no teniendo ninguna razón de ir más lejos que aquél en provecho de una potencia extranjera.

LA DESTITUCION DE LAVAL

(13 de septiembre de 1940)

Como se ha visto ya, nuestras reacciones habían coincidido con los sentimientos del Mariscal sobre la política de Laval algunas semanas antes de que este último hubiera sido destituído. Sobre las modalidades de esta destitución se ha discutido demasiado.

Nosotros no tuvimos que formular ninguna reserva, porque no residíamos en Vichy, pero saludamos como una verdadera suerte pública la separación de un hombre peligroso.

Quedándose en el país y multiplicando sus intrigas, él pudo preparar, con el apoyo alemán, su funesto regreso del 1942.

En este tiempo (diciembre 1940-abril 1942) la prensa alemana de París, fiel a Laval, desencadenó contra mí los ataques más violentos y más injuriosos. Para no dar ocasión a más dificultades al Gobierno del Mariscal, me abstuve de volver a Vichy periódicamente, como lo hacía en el primer semestre. A principios del año 1941, el General Huntzinger y su señora, con los cuales tenía relaciones

personales, casaron a su hijo. Me hicieron el honor de invitarme a la ceremonia, que tuvo lugar en Saint-Louis, de Vichy. Tuve que rogarles que excusaran mi ausencia, a causa precisamente de estas campañas. En cuanto a mí, llevaba con alegría las cargas de las injurias alemanas y proalemanas, pero no quería exponer al Ministro de la Guerra y al Jefe del Estado. El Mariscal había sido prevenido sobre mi abstención y me había enviado su aprobación por medio de un jefe militar amigo nuestro.

Yo conservaba de este modo la libertad total de movimientos, no implicaba a nadie en esto y podía servir a la causa de la Unidad Francesa sin invocar más responsabilidades que las que tenía.

Desde el comienzo del nuevo Estado habíamos afirmado nuestro principio de servir libremente. Nosotros no pedíamos nada, ni para nosotros, ni para los demás. Nosotros dimos la prueba tangible y material de esta libertad más tarde, en 1941, cuando el Gobierno ofreció a los periódicos refugiados una mensualidad de 275 hasta 300.000 francos para poder hacer frente a sus gastos. Nosotros la rechazamos; nuestros lectores, nuestros suscriptores, nuestra publicidad, la generosidad de nuestros amigos y el desinterés de nuestros colaboradores nos permitían hacer honor a nuestras obligaciones sin ninguna ayuda oficial.

Y todo esto no nos impedía lo más mínimo apoyar enérgicamente toda la política social realizada por el Mariscal y por sus ministros fieles, hombres de talento y de experiencia que se ocuparon del Estatuto de la Familia y de las Profesiones, de la Carta del Trabajo, de la Corporación campesina y de toda la labor de reconstrucción de la nueva Francia: Trabajo, Familia, Patria. La verdad es que este esfuerzo útil y sensato era objeto de burla para la prensa de París. ¿Qué quieren ustedes? ¡Aquella era una obra francesa y no alemana!

Por lo demás, las cosas sucedían en París como si el

señor Laval continuara como jefe del Gobierno. Seguía en circulación su pensamiento de los meses de julio-agosto, su mito de la *futura Europa*, falsa nariz de la *Europa alemana*.

Entonces se desencadenaron nuestras discusiones cotidianas con el periódico alemán de Lyon *L'Effort*, que no dejaba de acariciar vagos planes para el día en que el Continente fuese federado o confederado a Berlín. Nosotros no tomamos en serio esta hipótesis, demostrando su necedad y, en la medida en que nos era posible, su peligro.

En el invierno de 1941-1942 tuvo lugar en Lyon un banquete de una revista amiga, *Frontières*. Lo presidía yo. Me pidieron que pronunciara algunas palabras al final de la reunión, cuyo carácter era privado —unas treinta personas—, pero donde se podían temer fugas involuntarias. Recuerdo haber explicado una vez más en aquella ocasión la diferencia entre la *colaboración*, vista y dirigida por el Mariscal, el único responsable ante la Historia, y el peligroso *colaboracionismo* forense, hacia el cual nos empujaban los tontos o los miserables.

Recuerdo mis últimas palabras. Las reproduzco textualmente en la claridad de su ironía:

«¡*Una Europa dominada por la Gran Alemania*! *Señores, si yo conociera un solo hombre razonable, instruído, reflexivo, al corriente de la Historia, informado sobre el carácter de los alemanes y que estuviese convencido de que esta gran Alemania puede ser un factor de orden y de paz en Europa, si este hombre existiera, yo lo colmaría, señores, de testimonios de una admiración en que habría, tal como la etimología lo quiere, mucha sorpresa. Pero a este hombre yo no lo conozco y tampoco creo que exista.*»

Tal era la opinión general de aquel ambiente homogéneo de amigos que pensaban como yo.

En aquel tiempo se podían filtrar en nuestro periódico discusiones, reservas, bromas sobre la llamada «nueva Europa» o las diferencias entre el «colaboracionismo» y la «colaboración». La Censura tocaba los detalles, pero lo esencial pasaba. Basta, para darse cuenta de esto, con echar una mirada a nuestra colección de entonces.

Todo aquello cambió un poco, a causa de los alemanes, en el momento de la declaración de guerra a Rusia en 1941. El mito de la Europa alemana fué completado por la fábula de la Cruzada contra el comunismo. Nosotros no quisimos predicarla y tampoco quisimos enseñar que Alemania se había transformado en campeón desinteresado de la civilización contra la barbarie. Nosotros la criticamos directamente. Cuando la *Legión de Voluntarios Franceses contra el Bolchevismo* (L. V. F.) penetró en la zona del Sur, *La Acción Francesa* manifestó en seguida una hostilidad absoluta. En nombre de «*Francia, sólo Francia*», desaprobó la entrada en línea de los voluntarios al lado y con los uniformes del ocupante. Esta desaprobación, expresada tal como la Censura la dejó pasar, irritó sobre todo a los partidarios de Doriot. Uno de ellos, Maurice Griffard, en un número de *Nôtre Combat*, que está consagrado únicamente a mí, y donde me insultan en forma desaforada, escribía el 27 de marzo de 1943:

«*Desde la creación de la L. V. F, hace dieciocho meses, sólo un pequeño número de la zona no ocupada se asoció a esta iniciativa.* La Acción Francesa *nos hizo el honor de tacharnos de francofobia. El Gran Maestro del Occitanismo en persona* —parece que se trata de mí— *nos trató igualmente de voluntarios de la muerte y quiso revelarnos que no se defiende a Francia en Ucrania, sino en el Rhin y en ninguna otra parte.*»

Naturalmente, esto nos procuró también los ataques violentos de *L'Emancipation Nationale*, que había tomado la cruz alemana y cuyo heroísmo estaba calurosamente alabado por la prensa de París. Hacía referencias a nuestras ideas de política interior e intentaba envolvernos en una *Internacional blanca*, según el modelo de la cruz

gamada: «*Ustedes defienden el orden, la propiedad, el respeto a las creencias, y no quieren que sean combatidos sus peores enemigos.*» Nuestras contestaciones constantes fueron: El comunismo no se combate en el extremo Este europeo, sino en nuestra propia casa, *limpiando lo que hay delante de nuestra puerta.* El Estado, la policía y la administración tienen que empezar la caza del comunismo interior. Tienen que vigilar contra los agentes de Moscú, contra el oro de los Urales, y sólo así cumplirán con su deber. Unicamente de esta manera entendemos nosotros este debate y este combate.

Nunca lo hemos interpretado de otro modo, y nuestros ataques contra el comunismo interior eran a menudo un subterfugio para alejar a los franceses de la falsa cruzada. Ni las insistencias de los pocos conservadores enloquecidos, ni más tarde las del Gobierno Laval, cuando fué repuesto en el Poder, nos hicieron cambiar una línea siquiera. En diciembre de 1942, de paso por Vichy, mientras se intentaba envolver al Mariscal en no sé qué plano inclinado que debiera concluir en una estrecha colaboración militar con Alemania en Africa, me permití preguntar al Mariscal sobre los verdaderos fundamentos de este rumor. *Nada*, me contestó él. *No se iba a repetir la falta cometida en el Este.* No pude contener la expresión de mi alegría.

En febrero de 1943, el señor Bonnefoy, secretario general de Información, vino a exponer a los lioneses los encantos de la Cruzada emprendida contra el bolchevismo, que amenazaba la Europa Central; dió una conferencia para los representantes de la prensa lionesa, en la cual nos invitaba a mostrar a los franceses qué inmensos servicios nos prestaba Alemania y cuán agradecidos le debíamos estar. Mi colaborador, Auphan, escribía, a mi lado, las palabras de Bonnefoy. Yo notaba las frases con la misma exclamación, a media voz: «¡Idiota! ¡Idiota!» Cuando terminó, pedí la palabra, y pidiendo excusa a

nuestros compañeros lioneses, nuestros anfitriones, invocando mi edad y mi calidad de decano, refuté los argumentos de Bonnefoy; le contesté que el peligro bolchevique, por real que fuese, no era ni inmediato, ni inevitable, que los franceses serían siempre menos sensibles para él que para el mal que sufrían actualmente, y que era la *ocupación*, con sus humillaciones, sus exacciones, sus saqueos y sus rigores de toda suerte. *Ustedes dicen al niño que detrás de la empalizada hay un perro rabioso que lo morderá; pero puede ser que el perro no sea rabioso, puede ser que no salte la empalizada o puede ser que el perro no muerda. Pero de lo que el niño no está seguro es que tiene sobre el cuerpo dos pulgas, a causa de las cuales se rasca continuamente, y que son su gran enemigo.*

El señor Bonnefoy había hablado también de la movilización, pero yo le repliqué que en lugar de dorar la píldora para los franceses, mejor sería decir la verdad, hacer saber que el vencedor exigía al vencido una nueva servidumbre.

Los compañeros presentes aprobaron mis palabras y muchos intervinieron para apoyarlas. El señor Bonnefoy, algo confuso, no hizo más que contestar, muy piadosamente, que los pueblos eran muy difíciles de gobernar. Una vez disuelta la reunión, Bonnefoy, que había entendido perfectamente mi «¡Qué idiota!», preguntó a Auphan si aquella palabra iba dirigida contra él. Nuestro querido amigo y coacusado os hablará de esto.

LA CUESTION AMERICANA

(1941)

La lógica de lo expuesto me ha obligado a anticipar los hechos. Pero el año 1941 fué en gran parte dominado por el problema americano.

Parecía ya seguro que América iba a intervenir al lado de Inglaterra; de todos modos, le prestaba ya toda especie de ayuda. El problema consistía en procurar que Francia no sufriera por esto. El Japón, aliado de Alemania, no estaba en guerra con Rusia. ¿Para qué América, aliada de Inglaterra, tenía que luchar contra Francia?

Esta era la razón dominante de toda la política seguida entonces por los patriotas sensatos y por el Gobierno (aun libre) del Mariscal.

Con este título intervenimos Pujo y yo en el banquete ofrecido por *France-Amerique* al embajador, almirante Leahy. Esta fué la razón de una serie de artículos en que se examinaba la política americana y se apoyaba con libertad de espíritu y simpatía por la persona de Roosevelt, y donde expresaba yo mi gratitud hacia la señora del Almirante Leahy, generosa organizadora de la ayuda para los franceses. Estos artículos míos fueron severamente censurados a causa de la vigilancia alemana.

La prudente política del Mariscal no se quedó sin frutos, ya que, en diciembre de 1941, cuando América entró en guerra, no rompió con Francia y dejó en Vichy a su embajador, que permaneció allí medio año más. *La Acción Francesa* reconocía en esta política del Jefe nuestro interés general exclusivo: «*Francia, sólo Francia*».

Pero todos estos matices, estas precauciones, estas reservas y estos puntos sucesivos de repliegue tuvieron que ser sacrificados por el retorno al Poder de un brutal gobierno pro-alemán: el del señor Laval, en abril de 1942.

RETORNO DE LAVAL AL PODER

Sería ridículo perder el tiempo en discutir si este regreso ha sido impuesto por los alemanes. Laval es muy hábil, cuando no se trata más que de él, en asegurarse todas las máscaras y todos los *ilibis*. *Cuando el* Temps

anunció que estaban a la vista grandes cambios de política exterior, yo le contesté que nos dejara en paz, porque presentía que lo que iba a cambiar no era la política exterior, sino la interior.

Y el caído, el triste caído del 13 de diciembre, no tardó en dar testimonio de la gracia que se le concedía. Uno de sus primeros actos, una de sus primeras palabras, fué su tremenda y vergonzosa declaración de que él creía en la victoria alemana y la deseaba. Poco después recibía plenos poderes y plenitud de responsabilidades gubernamentales. La posición del Mariscal, que había tomado acto ya de su «semi-libertad», era ahora simplemente la de un soberano constitucional, que reinaba, pero que gobernaba cada día menos.

Ciudadanos disciplinados, en unas circunstancias tremendamente críticas para el país, nosotros no quisimos contrimuir al aumento del mal ya existente. Pero si, por un lado, nuestra fidelidad hacia el Mariscal no sufrió oscilación o menoscabo alguno y no cesamos de señalar que él constituía la bandera de la unidad francesa y que teníamos que agruparnos en torno a él, por otro lado, aplicábamos a Laval el mismo criterio a que le habíamos sometido antes de su caída de 1940 —una especie de cuarentena en la que lo ignorábamos, como ignora el señor Bergeret a la señora Bergeret en el cuento de Anatole France— y procedíamos como si él no existiese. Habrán sido muy pocas las veces en que, salvo los comunicados insertados a la fuerza, ha sido mencionado el nombre de Laval en la parte del periódico que nos era personal; lo fué únicamente en los casos en que era preciso dejarle toda la responsabilidad de las medidas discutidas. Nosotros saludamos, aprobamos y aplaudimos sólo al Estado, es decir, a su Jefe, el Mariscal.

Apenas volvió Laval al Poder, se desencadenaron nuevas catástrofes.

América llevó a cabo el acto de hostilidad, del cual se había abstenido hasta entonces. El frenesí proalemán de Laval y su política conforme a las divagaciones parisienses exasperaban cada vez más a la opinión pública francesa, que, desgraciadamente, en vez de hacer cuerpo en el centro, bajo la bandera nacional, en torno al Padre de la Patria, se precipitaba hacia el polo opuesto y oponía al colaboracionismo lavalista una inclinación siempre más acentuada hacia los disidentes. Nosotros habíamos intentado todo para conjurar esta calamidad, que se precisaba y agravaba. Francia se dividía cada vez más entre los dos partidos del Extranjero. El mal que los dos hicieron es indiscutible, porque es un mal hecho a la Patria entera.

Nosotros nos encarnizamos hasta el final contra este error, producto de todos los errores de Laval y de sus cómplices parisienses, errores que debían concluir con la entrega de Africa del Norte y con la extensión —como consecuencia ineludible— de la ocupación alemana a todo el territorio, con la supresión de nuestro pequeño ejército, con el hundimiento de nuestra flota, en una palabra, el aniquilamiento de todo lo que nos había quedado, como poderío material, después del desastre de 1940. Perdimos con esto toda semilla de porvenir libre, contenida en las posiciones de junio de 1940.

Hasta entonces aquellas posiciones habían hecho que todos los espíritus prudentes afirmaran que era imprescindible que Francia tuviese aún su palabra que decir y que podía decirla cuando los beligerantes llegasen a debilitarse o quizá a agotarse.

Yo había expuesto esta tesis en una reunión en Cannes. Al día siguiente tenía la gran satisfacción de ver a una de nuestras más altas autoridades militares, que desconocía mis sentimientos, manifestándome la misma confianza personal. En el otoño siguiente, en Marsella, desarrollé, en una conferencia dada a los «Amigos de la Acción Francesa», la idea de que nos quedaba aún un porvenir diplomático o *militar*, o quizá diplomático y militar, que nos era asegurado por los sangrientos sacrificios sufridos por Alemania en el frente oriental, de parte rusa, y en el frente africano, de parte inglesa. Una hora después, al regreso a Martigues, un texto telefónico llegado durante mi ausencia me traía los primeros rumores sobre la rendición algerina.

Era ésta una de las más altas líneas de la política del Mariscal. ¿Y por qué?

Un día después, 11 de noviembre de 1942, subía tristemente por la carretera de Lyon, cruzando convoyes y trenes alemanes que venían a ocupar la zona del Sur, sin que fuera posible oponerles la más pequeña resistencia. ¡Qué amarga lección para Francia!, me decía yo. Lección de fuerza militar, lección de coherencia política. A la violación colonial del armisticio Alemania había contestado (¡así, demasiado fácilmente!) con una violación metropolitana. Estas regiones del Leonesado, del Delfinado, de Languedoc y de Provenza fueron felizmente reconquistadas después. Pero hubiera sido mejor no haberlas perdido sin un disparo siquiera.

Delante de la exhibición del armamento enemigo aparecían en mi memoria nuestros largos años de desarme voluntario, de negligencias y de ignorancia del enemigo. A la lógica irresistible de su réplica había precedido, en los años 1937, 1938 y 1939, la imprudencia y el desenfreno de nuestros movimientos ofensivos. Lo menos que se puede decir de las operaciones africanas de 1942 es que no han sido subordinadas, ni coordinadas, ni tampoco ordenadas desde el punto de vista nacional. La política de los politicastros se había mezclado tremendamente en esto.

Para que las operaciones pudieran ser subordinadas hacía falta operar de acuerdo con el Mariscal, y que él

juzgara el momento favorable y los tiempos maduros. Pero se guardaron muy bien de hacer esto.

Para que las operaciones fuesen coordinadas hubiera sido menester que los ejecutantes se pusiesen de acuerdo entre ellos. Y los que han seguido en los periódicos la historia de las relaciones entre Murphy-Giraud-Darlan saben muy bien que este acuerdo ha faltado antes, en medio y al final de las operaciones.

Para que las operaciones fuesen ordenadas, según el interés nacional, era preciso que las fuerzas alemanas no estuviesen aún tan íntegras, gracias a lo cual pudieron adueñarse del territorio de la metrópoli, como lo hicieron desde aquel momento.

Durante los años 1942, 1943, 1944, los alemanes pudieron multiplicar a gusto sus exigencias, aumentar sin límite alguno sus rigores, que hasta entonces habían tropezado con los términos del armisticio concluído con el Mariscal. El Mariscal no dejaba nunca de recordarlo enérgicamente. El sabía hacerse escuchar. No fué él quien perdió esta partida. Para los acontecimientos en que fué envuelto, él no había sido ni consultado ni obedecido.

Las heridas de Francia se multiplicaron, pero a pesar de lo ocurrido, nunca se obtuvo del Mariscal lo que deseaba Berlín y la prensa berlinesa de París: *la coperación militar y la declaración de guerra a la Gran Bretaña.* En la medida en que ha sido fiel a los deberes prescritos por el armisticio hacia Alemania, en la misma medida ha observado los deberes que nos impedían entregar nuestra flota y luchar contra nuestros antiguos aliados, los ingleses. La persecución alemana no obtuvo nada, ni cuando se apoderó de la persona de Weygand, ni cuando atentó contra la libertad del Mariscal, como lo hizo el 20 de agosto de 1940. Permaneció siempre inflexible y su honor a salvo.

Se resistió también —siempre por el honor y la fidelidad de los pactos— a las provocaciones y a los desgastes más dolorosos: bombardeos de las ciudades, destrucción de Normandía, ofensivas repetidas contra la capital de Francia, reducción de Tolón al estado de Pompeya, asolamiento del litoral mediterráneo. El Mariscal había dicho en 1940: «Yo no marcharé contra los ingleses». No marchó contra Inglaterra, y los que le seguían apoyaron el mismo principio.

Por ejemplo, nosotros no hemos juntado nuestras voces a las maldiciones, elevadas en nombre del derecho de gentes, bajo el estruendo de las bombas, por el buen sentido, la justicia y el interés nacional. Es demasiado fácil decir que estas desgracias estaban causadas por la liberación y que el fin justificaba los medios. Estos son los gritos de los supervivientes. Los muertos no han sido consultados aún. No se ha pedido la opinión de las demás víctimas, heridos, habitantes de las casas destruídas y cultivadores de los campos devastados. Muchos de los que han tenido la alegría y la felicidad de volver a ver la bandera francesa ondeando, conservan, a pesar de esto, el derecho de haber preferido métodos de liberación menos onerosos y menos crueles. El interés nacional, las consideraciones debidas a los miembros de la Patria hubieran podido hacer el objeto de cálculos más atentos y de esfuerzos menos brutales. Los que están preocupados por el bien del país ante todo, tienen el derecho de quedarse a reflexionar y de mantenerse en reserva. La Historia dará su respuesta

Una cuestión domina todo: ¿Por qué se trajo la guerra al suelo, ya dolorido, de Francia? ¿Por qué se ha dado una vuelta tan larga por las fronteras más lejanas del Imperio? ¿Por qué Alemania no ha sido atacada directamente por las potencias dueñas del mar? El mar del Norte es más corto que el Atlántico y el Mediterráneo. Cuando Alemania se sintió amenazada en dirección de Aquisgrán retiró del combate sus tropas del valle del Ró-

dano, y lo hubiera hecho más de prisa si Brema, Hamburgo o Berlín hubieran sido amenazadas en 1942 o 1943.

Nosotros anunciamos siempre dos cosas:

La ocupación alemana se haría más rigurosa a medida que la potencia alemana conociera reveses.

El Gobierno de Laval se volvería más obediente a medida que los rigores alemanes se multiplicaran.

Un ejemplo para uno y otro de los casos. Durante el invierno de 1943-1944, mis amigos de España me pidieron unas conferencias. Yo no pedía otra cosa que ir al servicio de Francia allí, como lo había hecho a Suiza. Pedí al Gobierno francés un pasaporte. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando el Gobierno Laval me comunicó que debía informarme de los alemanes, si me concedían o no el visado! Contesté que éste no era asunto mío, sino de las autoridades francesas, que tenían que preparar mi pasaporte, si no tenían que hacer ninguna objeción, y enviarlo al ocupante para el visado, que podía ser concedido o negado, a gusto personal.

El extraño procedimiento ofrecido fué mantenido, pese a varias insistencias hechas en Vichy. Pese a la sorpresa manifestada por el prefecto regional, señor Angeli, la administración Laval quería obligarme a una demanda personal a los alemanes.

Me negué formalmente y renuncié al viaje a España. ¿Habrá querido Laval tenderme una trampa, o lo hizo únicamente por miedo y bajeza frente a los alemanes? ¿O estos últimos habían acrecentado sus exigencias? Todo era posible. Pero una cosa es segura: Laval distinguía cada vez menos a un súbdito alemán de un súbdito francés.

SALIDA DE LOS TRABAJADORES FRANCESES PARA ALEMANIA

A causa de sus reveses orientales e indignados por el número exiguo de nuestros «voluntarios contra el bolchevismo», amenazaban los alemanes con el envío de trabajadores civiles para su país. Al primer gesto, la reacción de *La Acción Francesa* superó hasta a la de los cardenales, que habían protestado en nombre del derecho de gentes. Quisimos escribir dos o tres veces que aquello era el restablecimiento de la esclavitud. La Censura nos trató como a los príncipes de la Iglesia y tuvimos que limitarnos a discutir únicamente sobre las modalidades de aquella iniquidad.

Las cuestiones que se entablaban eran realmente graves. O Alemania tomaba los hombres que necesitaba por medio de su autoridad, o los obtenía del Gobierno francés a cambio de prisioneros que iba a liberar. Como Alemania disponía de la fuerza pública, preferimos cambiar nuestros hombres en vez de entregarlos por nada. Hicimos con todo notar que era indigno para Francia admitir que tres obreros franceses correspondiesen a un solo prisionero liberado. Otra persona, en lugar de Laval, hubiera obtenido quizá una proporción menos ofensiva para el honor francés y la dignidad de la clase obrera. Por lo demás, no era menos seguro que más valía liberar a un solo prisionero que no liberar a ninguno.

Otro punto de vista: ¿un trabajador que no respondía al llamamiento del Gobierno privaba acaso a Alemania de un solo obrero? Ciertamente no, ya que otro tenía que tomar su sitio; y a menudo, en lugar de un joven hombre libre, teniendo el porvenir por delante, tomaban a un padre de familia que dejaba a los suyos en la miseria. Nosotros hemos saludado a los héroes que sustituían a los contumaces. Hemos desaprobado a los que, para sustraerse al yugo, lo echaban sobre las espaldas de sus hermanos. En dos ocasiones cumplimos *tristemente* con nuestro deber en nombre de la dignidad y del honor francés. A los que veíamos salir, no les decíamos que iban a servir la civilización alemana contra la barbarie rusa, ni a meterse al servicio de

un magnífico pueblo de dueños y reyes, sino que aquella era una dura prueba, pero que debían soportarla, para evitar al resto de Francia desgracias todavía más duras.

INSTIGADORES, MILICIA, REFRACTARIOS. CORTES MARCIALES

La verdad es que nosotros nos colocamos frente a los que, sin riesgos personales, cubiertos por su condición o su carácter, se hacían instigadores de aquellas deserciones.

Estos instigadores se hacían acompañar, muy a menudo, por infames calumnias contra los franceses que no eran proalemanes ni colaboracionistas: los franceses antisemitas.

Los antisemitas franceses, de un modo especial, expuestos a estas difamaciones mentirosas. Cuando los judíos partidarios de la guerra de 1939 precipitaron a Francia a este abismo de dolores, era ya demasiado atrevido solidarizar su causa con la causa de la civilización nacional. En todo caso, era pura mentira asimilar el antisemitismo con el nazismo. El abad Barruel, que vivía en el siglo XVIII; Bonald, Gouguenot des Mousseaux, Toussenel, a principios del XIX; Drumont y La Tour du Pin, del mismo siglo, la escuela de *La Acción Francesa* y su *antisemitismo de Estado*, jurídico y humano, no deben nada al antisemitismo alemán, ese feroz *antisemitismo superficial*. Confundirlos era una mala acción, contraria a la verdad, a la gloria de la Patria y a la paz pública.

Pero ¿qué podían significar estos primeros choques, en comparación con el inmenso desorden, el desorden del terrorismo que siguió?

Las incitaciones al odio civil y a la indisciplina cívica no podían tener otro resultado: el saqueo a mano armada, una verdadera epidemia de asesinatos y la inseguridad que turbaba la vida en las ciudades y los pueblos. ¿Era posible tolerar todo esto? Ningún Estado lo hubiera permitido. Por eso, nosotros hemos exigido siempre el respeto al orden. Pero bajo la condición de ser impuesto por medio del Estado, bajo la responsabilidad del Estado y no en forma privada. Naturalmente, el señor Laval y sus consejeros o funcionarios no podían asumir con mano firme la dirección y la autoridad de la represión. Preferían ciertas combinaciones, donde las responsabiluidades serían repartidas según el método parlamentario: confiando esta tarea a bandas más o menos voluntarias, no se preocuparon de la Policía y de la Justicia, con el fin de organizarlas o depurarlas, si hiciera falta. Por eso, nosotros no dejamos nunca de atacarlos, abierta o cerradamente, diciendo que la lucha de los voluntarios del orden contra los voluntarios del desorden sobre el suelo de la Patria se llamaba guerra civil.

Al menos, hacía falta preservar a estas bandas y a estos partidos de cualquier contaminación con las fuerzas alemanas.

Nuestro «dossier» indica cuál ha sido la postura de *La Acción Francesa* respecto a las diferentes «policías supletorias», como se decía en 1940, sacadas de la Legión (Voluntarios Nacionales, Servicio Legionario del Orden); nos parecieron mal utilizadas, mal organizadas, mal dirigidas, demasiado dominadas por Laval y por sus hombres. Uno de éstos, Darnand, fué puesto a la cabeza de la Milicia apenas fundada. Cuando vino a Lyon, en el otoño de 1943, pronunció un discurso en que prescindía de toda política exterior, declarando que la finalidad de la nueva organización consistía exclusivamente en la defensa del orden interior por medios *franceses*. Recalcando en mi artículo del día siguiente sobre esta última condición, felicité a Darnand por su programa.

Con todo, no obligamos a nuestros amigos a adherirse a la Milicia. Tres o cuatro entre ellos nos comunicaron que, solicitados para tomar un mando local, lo habían acep-

tado para no dejar en otras manos —peligrosas o sospechosas— a un grupo de jóvenes de buenos propósitos. Contestamos que aquello era asunto de ellos, pero que debían, por lo menos, aprovechar su actividad para hablar alto a sus jefes, no aceptar todas las órdenes que recibían y rechazar a las que superasen su obligación. Sabíamos que muchos de ellos eran muy hostiles a la tendencia pro-alemana y lavaliana; en aquel momento la lucha contra los terroristas no había comenzado todavía. La Milicia no estaba aún armada ni aceptada en la zona del Norte. Otros se habían adherido a la Milicia sin consultarnos, sabiendo que con esto se separaban de nosotros. No pocos creían que, a pesar de esto, seguían perteneciendo a nuestro grupo.

Supimos pronto que Darnand, faltando a las promesas de Lyon, había hecho política exterior, política alemana. Se había asociado con las S. S., firmando un acuerdo según el cual les daba hombres y en cambio recibía armas. Desde aquel momento nadie podía titubear. La Milicia se transformaba en un organismo internacional, incompatible con el principio de «solamente Francia».

A Pujo y a mí se nos decía: «Diariamente son asesinados no pocos franceses, antiguos combatientes, heridos, condecorados; las fincas, saqueadas; los campos, incendiados; los pobres empleados gubernamentales, matados por no haber entregado las cartillas de abastecimiento. ¿No es preciso defenderse?»

Nosotros contestamos:

—Pero no con armas alemanas.

—Es imposible de otro modo.

—No es ésta la sola dificultad de la situación. Aunque la Policía regular sea impotente, preferible es así y no que les sustituyan los alemanes. Todo antes que la guerra civil.

Pero supimos entonces que la Milicia se había unido con Déat y los germanófilos. Empezaba a decirse que algunos milicianos se hacían auxiliares e instrumentos de la Gestapo. Comunicamos a algunos de los nuestros que pertenecían a la Milicia que la abandonaran lo más pronto posible. Muchos lo habían hecho ya espontáneamente. Otros habían caído como víctimas. En todos los momentos nos negamos a tomar parte en la guerra civil que se abría, reservándonos para la reconciliación y la unidad de los franceses.

De este modo no dejamos nunca de insistir sobre la necesidad moral y política de dar al Estado lo que era del Estado.

No podíamos admitir los asesinatos sin motivo, sin pretexto y sin excusa de aquellos amigos nuestros, como Pierre Mèdan, Deloye, La Fléchère, el comandante La Roque, el coronel Boysson, el doctor Top, franceses irreprochables, soldados valientes, algunos combatientes de las dos guerras o prisioneros evadidos. Jamás toleraríamos el exterminio de los niños en la cuna, de las viejas en su hogar, como en Voiro; de los heridos en sus camas, como Verdier, en su lecho del hospital, ante los ojos de su mujer y su cuñada, algunos de ellos inocentes, otros culpables únicamente de no haber querido sacrificar el interés de la Patria a los intereses de los facciosos y de los extranjeros.

Se nos acusa locamente de denuncias. ¡Mentira! Nosotros no hemos formulado más que quejas. Pedimos una justa protección contra los saqueos y las devastaciones, pero no cesamos nunca de insistir, con el fin de que simples refractarios no tuviesen que sufrir tratos criminales. Hemos informado siempre sobre los errores nobles y generosos, los sentimientos desorientados, que han hecho que los patriotas se volviesen contra la paz interior de la Patria. Basta con leernos para que cualquiera se dé cuenta de que hemos hecho siempre para nosotros y recomendado a los demás estas distinciones. Ninguna sociedad humana, incluso la francesa, resistirá a un régimen de terror pa-

recido al que se nos intentó imponer. Por eso pedimos el empleo de todos los medios propios para eliminar estos extremismos.

A medida que se sustituía a los tribunales regulares, en plena desscomposición, aparecían las Cortes marciales con el fin de reprimir determinados crímenes. Y en el grado que los extremismos se dejaban llevar por pasiones de pura venganza o de guerra civil, las Cortes marciales eran el producto de la misma anarquía donde habían germinado los asesinatos. Algunos excesos cometidos nos impulsaron a preconizar la vuelta a los procedimientos normales. Constituye una prueba de esto uno de nuestros últimos artículos de 1944.

Pero no hay que dejarse hipnotizar por los efectos, señor Presidente y señores del Jurado. Hay que perder de vista las causas y motivos superiores: aquella tremenda anarquía brotó de la derrota francesa, es decir, de una guerra no preparada, de la voluntad de empresa de los que yo había intentado en vano detener y poner en guardia contra sus pasiones, sus desafíos y su ignorancia.

Esta anarquía, surgida de la guerra, se fué indiscutiblemente agravando por las maniobras del partido franco-alemán, que sustituía un armisticio de *salvación* por su armisticio de *traición*, armisticio que debía cortarnos toda posibilidad de *revancha* y todo porvenir.

He sido continuamente vilipendiado, sin tregua ni descanso, por el partido franco-alemán. Este es mi primer título de honor. El segundo es el de poder afirmar que he hecho a este partido de traidores todo el mal que he podido.

Esta misma anarquía, provocada por los alemanes y por su partido, se ha agravado más por la absurda ambición del más incopetente, pero al mismo tiempo el más astuto de nuestros hombres políticos: Pierre Laval. Su debilidad, su incapacidad, el modo ingenuo en que ha confundido la

política de los pasillos con la política de las naciones, en fin, sus sucesivas traiciones, habían hecho de él el principal instrumento de Alemania. El se había asegurado, por otra parte —no hay que olvidarlo— la complicidad de muchos de los antiguos administradores de la Tercera República, que operaban, dentro y fuera, por Laval y contra el Mariscal, al que se fué sustituyendo poco a poco en la política merced al apoyo alemán. Pero nuestro periódico había tomado todas las precauciones para que nadie pudiera creerle capaz de conceder el menor crédito a Laval. A los ingenuos que preguntaban a veces, de palabra o por escrito, por qué no mencionaba nunca a Laval, me contentaba con sonreír, añadiendo: «Aprended a leer.» Quien acertase a leer podía descubrir, pese a la Censura, los rasgos de la creación y fantoche de los alemanes.

Entre los factores de aquella anarquía pro-alemana se encontraban también, hechos de la misma pasta que Laval y tratados por nosotros de idéntico modo como tratábamos a éste, el señor Doriot y otros. A medida que la ocupación se hacía más rigurosa, nuestro lenguaje tenía menos libertad. Pero, con todo, no era ni menos preciso ni menos motivado. Cuando, en abril de 1943, Doriot y los suyos vinieron a manifestarse en Lyon, escribí el siguiente artículo:

«MANIFESTACIONES Y EXHIBICIONES

Nos hemos explicado muchas veces sobre la cuestión de la defensa contra el bolchevismo. Hemos dicho y repetido que en el estado actual de Francia, con su semi-libertad y su desarme, casi absoluto, la lucha anticomunista tiene que ser llevada a cabo dentro de sus fronteras y conducida seriamente, con la totalidad de los medios de que puede disponer el Poder público. Hemos sido los primeros en reclamar esta lucha y, por tanto, no somos sospechosos de querer disminuir su vigor.

Algunos franceses piensan de diverso modo. Creen que la línea de defensa está en el Este, en el más lejano Este europeo, y que

tienen una especie de deber de enviar allí a nuestros conciudadanos. Esta política, a nuestro parecer, no corresponde a la medida de nuestros medios; resulta desproporcionada y no nos puede traer los resultados morales apetecidos. Cuando el rey de Cerdeña envió a Crimea la pequeña unidad de La Mármara para que figurara al lado de los ejércitos ingleses y franceses, disponía de la plenitud de su soberanía en su reino, y su «gesto» era timbre de gloria para la joven Italia renaciente. Francia no la tiene. Esta soberanía práctica y el mérito que pretenden acumular sobre sus cabezas algunos franceses que son voluntarios *no puede abarcar la totalidad de la nación: este mérito pertenece sólo a los franceses pro-alemanes. Y, entonces, ¿para qué? Se podrá siempre distinguir entre ellos y sus hermanos, y esto sólo serviría para acentuar la división entre unos y otros. Yo no creo que se pueda desear una cosa así por el bien de Francia.*

Tal es nuestra opinión. No pretendemos imponerla. Se defiende por sí misma. Otros tienen opiniones diferentes de la nuestra. Las proclamaron y manifestaron ayer en Lyon. Este es asunto de ellos, no de nosotros. Pero séanos permitido decir que sus palabras han ido ciertamente más lejos que sus pensamientos, y su acción ha superado sus intenciones. Uno de los oradores gritó que la cabeza de un francés fiel vale tanto como las cabezas de diez franceses infieles. *El patriota de sangre fría que me proporcionó estos datos y estas palabras (nuestro amigo Auphan) se contentó con añadir que aquello significaba once cabezas de franceses sacrificados, y que hubiera sido mejor conservarlas sobre sus respectivas espaldas.*

Tales fueron nuestras objeciones a la fórmula lanzada en Lyon aquella tarde del miércoles, y no creemos que ellas puedan encontrar fácil solución.

Tenemos objeciones quizá más graves contra la actitud pública tomada por los manifestantes de quienes hablo. Ayer fuí para verles de cerca en la calle donde están, que es también nuestra calle. Como antiguo especialista y participante en toda especie de movimientos, jamás he visto una actitud más cruel y vergonzosamente provocadora hacia una muchedumbre silenciosa y fría que no tenía nada de amenazador. Los manifestantes se encontraban bajo el patronato moral y material de las enormes fuerzas del ocupante. Disponían también de la protección inmediata, y, por lo demás, muy natural, de la Policía francesa. ¿Qué temían? ¿Qué podían ellos temer? ¿Y qué hacía allí, en aquel espacio libre y vacío por donde sólo los tranvías podían pasar, aquella media docena de muchachos con camisa azul, que iban y venían, afectando amplios gestos para la vigilancia de aquel espacio vacío, agitando una especie de jeringas llamadas «metralletas», orientadas en la dirección del más inofensivo de los públicos? Los curiosos no circulaban, ni se dispersaban (porque los curiosos no circulan, ni se dispersan nunca, ni siquiera bajo las bombas), y este doble juego de unos, testaruda pasividad de otros, podía originar incidentes más que graves. Si se hubieran producido (afortunadamente, nada pasó), ¿de quién hubiera sido la culpa, sino de la exhibición superflua de los instrumentos de guerra civil?»

En las conclusiones invitaba yo al país a reflexionar sobre el «foso moral» que se creaba entre los «amenazantes y los amenazados», entre los «espectadores fijos e inmóviles, de los cuales muchos cerraban los puños indignados», y «el desfile de los fanfarrones». Aconsejaba a los señores Laval, Herriot y Darnand que se pusieran en guardia y procuraran convencer también a los ocupantes de que lo hicieran. Pero para esto era imprescindible que lo comprendieran. Hasta los últimos momentos no he cesado de multiplicar los esfuerzos, que en tal grado se les temía por parte alemana, que la Censura regional de Lyon difería este artículo el 7 de abril y la Censura central lo rechazaba el 10 siguiente. En realidad, no se contentaban con ser causa de anarquía. Se habían transformado en voluntarios de la anarquía.

Yo continuaba oponiéndome a todo y contra todos.

EL «PERFECTO ACUERDO CON EL MARISCAL»

Pero había otra causa de anarquía y de confusión que perduraba: la sabia identificación entre la causa del Mariscal y la de los señores Laval, Doriot y compañía. El Mariscal se quedaba, como debía, en su puesto para evitar desdichas más grandes, incomparablemente más grandes para Francia. Razón de más para no atribuir por nada en el mundo al Mariscal y a su política nacional las responsabilidades del partido alemán. No podíamos identificar

las dos cosas, y por eso reforzamos nuestra defensa del «solamente Francia» en torno al Mariscal, manteniendo tan estrechamente como fuera posible nuestra discriminación entre el Estado, cuyo Jefe era él, y el Gobierno, que estaba en manos de Laval. En los últimos meses de ocupación creo que no se encontrará ni siquiera una vez el sustantivo «Gobierno», empleado en su verdadero sentido por nosotros.

El Estado, el Estado, era nuestra palabra, y el Jefe del Estado la persona que nosotros conocíamos, y la táctica de los enemigos públicos consistía en captar sus simpatías y su autoridad.

El propio Laval, cada vez más desacreditado ante los alemanes mismos, era poco a poco remplazado por Marcel Déat. Este había sido ya impuesto en el Ministerio de Laval. El problema para los alemanes consistía en hacer creer que el Mariscal aceptaba a Déat, y para nosotros consistía en mostrar lo contrario, y así lo hicimos. Y esto, a pesar de la Censura, tratando de precisarlo por medio de nuestra acción personal. No me refiero únicamente a palabras que vuelan, sino que existen de ello testimonios escritos. Tuve ocasión de señalar, el 26 de julio de 1944, algunas maniobras separatistas de Déat. Un día después recibí la siguiente carta de su representante lionés:

«*Lyon*, 27 *de julio de* 1944.

Señor:

La campaña de prensa contra Marcel Déat, iniciada por el Nouvelliste, *se prosigue en* La Acción Francesa, *que no comprendiendo que se pueda adoptar otra línea de conducta que la suya, nada le preocupa más, imitando a* L'Humanité, *que insultar metódicamente a la gente que no le agrada.*

Bien sé que cuando se escribe puede tomar el estilo una especie de aire vigoroso, pero ustedes saben también que Marcel Déat no es «un miserable pescador en aguas turbias», que a él le gusta pensar con rectitud y decir lo que piensa (esto es lo que le reprochan ciertos ambientes de Vichy); que no es un «explotador de las desgracias públicas» y que está llevando una lucha agotadora para intentar reducir estas desgracias, de las que ustedes no se han ocupado sino para ofrecer fórmulas mágicas y exhortaciones. Entiende los intereses de Francia de otra manera que ustedes, he aquí el problema. Hace falta ahora ver si su visión no vale tanto como la de ustedes. Y si, como garantía de sinceridad, usted se acuerda de los tiempos en que la República le metió en la cárcel, el señor Déat podría (pero cosa mejores tiene que hacer) recordar que arriesga su vida todos los días, y los atentados de los cuales ha escapado lo comprueban.

Usted se ocupa de la cuestión del acoplamiento de la persona del señor Déat de un ministerio y de la dirección del L'Oeuvre. *El señor Déat no ha obtenido este «exorbitante privilegio» por alguna virtud superior. Y usted, como periodista informado, sabrá que el señor Déat había renunciado siendo ministro a la dirección de* L'Oeuvre; *pero visto que algunas promesas que le habían hecho al entrar en el Ministerio han sido traicionadas, ha creído oportuno continuar su actividad de periodista. No se trata, por tanto, del ejercicio de un privilegio, sino de una réplica.*

Entre tanto, sin pretender dar importancia a la cosa, usted tacha al señor Déat de «ministro disidente». Su finalidad, como la del Nouvelliste, *consiste en hacer pasar al señor Déat por disidente. Ya que, hasta que se me pruebe lo contrario, yo le considero a usted hombre de buena fe, me permito informarle sobre este punto.*

Si he pronunciado la expresión «hacer pasar», quiere decir que no lo es. *Es probable que el acuerdo entre los señores Laval y Déat respecto a la política interior no sea de los más perfectos. (Y la astucia consiste en dejar creer que se trata de política interior, lo que no es nada exacto.) Pero Déat no está solo, ya que otros ministros, como los señores Bichelonne y Bonnard, han tomado una posición idéntica a la suya. Además* está de perfecto acuerdo con el Mariscal. *Hace tiempo, gente de* buenos propósitos *había presentado al señor Déat al Mariscal como a un espantajo. Pero como entre la gente de buena fe hay medio para entenderse, el hielo se ha roto en la primera entrevista, y después del asesinato de Philippe Henriot, los periodistas y los políticos de París, que usted desprecia tanto, redactaron un manifiesto, presentado por el almirante Platon al Mariscal, siendo aprobado por este último. Hoy, efectivamente, una escisión entre París y Vichy. Pero, aparte de que existe desde hace cuatro años, lo que pasa es que el Mariscal está enteramente de acuerdo con lo que le pide París.*

¿Es acaso admisible no reconocer la carencia de Vichy, al me-

nos desde el punto de vista de la política interior, cuando es precisamente esta carencia la que crea la efervescencia y la desunión?

Reciba, señor, mis saludos más distinguidos.»—EL SECRETARIO DEPARTAMENTAL.

El «perfecto acuerdo con el Mariscal» era la gran presunción de Déat; lo que él quería presentar y hacer valer ante los alemanes, al propio tiempo que la gran calumnia. Mis informaciones eran seguras. Por eso contesté al secretario departamental del partido de Déat, el 31 de julio, el día en que recibí su carta:

«Señor:

He recibido su carta del 27 de julio de 1944.

Los informes que usted tiene la bondad de enviarme me eran ya conocidos. Formaban parte de las instrucciones dirigidas por el señor Marcel Déat a su facción. Procedería usted más cuerdamente si no estuviera engañado: Sólo se trata de cuentos.

Se lamenta usted de los insultos contra Déat. Pisa usted terreno muy flojo. Si leyera L'Oeuvre *con más atención o si tuviera mejor memoria, no podría ignorar que el señor Déat no cesa de insultarme, de difamarme y de calumniarme desde hace cuatro años; y que, perseguido por mí, corre de un Tribunal a otro desde el año* 1941, *y que en* 1944, *cuando una causa material —la muerte de mi abogado— me impidió presentarme al juicio de apelación, escribió, mintiendo, que huía de él.*

Usted, señor, es libre de creer que Déat comprende mejor que yo los intereses de Francia en 1944. *Lo cierto es que mi visión era más exacta que la suya en* 1938, *cuando él era el más frenético, encarnizado y sistemático partidario de Inglaterra. ¿Sabe usted esto? ¿Sabe usted cuáles fueron los primeros pasos del señor Déat? ¿Su adolescencia? Después de un crimen como el que cometió entonces, otro hombre hubiera ocultado su vida. Pero los criminales no tienen nunca pudor.*

El señor Déat constituye un peligro público, y yo no cesaré de denunciarle.

Reciba, señor, mis saludos más distinguidos. — CHARLES MAURRAS.»

Me pareció que «las instrucciones dadas por Marcel Déat» a su facción superaban la zona de una correspondencia privada y una polémica de prensa. Envié a Vichy

copias de las dos precedentes cartas, y a vuelta de correo tuve la confirmaci5n expresa de lo que yo pensaba: se trataba, sencillamente, de un acto de presunción de Déat ante su facción. Se me dijo que el señor Déat se había prevalecido de un crédito de que carecía y que en realidad el Mariscal apenas le conocía y no tenía ninguna especie de contacto con él. Comuniqué toda la verdad a los partidarios leoneses de Déat. No sé lo que ellos habrán hecho después. Sólo sé que yo cumplí con mi deber.

En julio de 1944 continuaban nuestras acusaciones contra Déat y los suyos. Y se prolongaron algún tiempo más. El 8 de agosto escribíamos nosotros aún sobre este amigo del enemigo y sobre su política extranjera:

«...todas las medidas han sido rebasadas por el charlatán que viene a formular el principio de que, antes de existir un Estado, antes de ser él mismo, precisa tener una política exterior. Que antes de haberse constituído una fuerza suficientemente consciente, resistente, activa y realizadora, tiene que fabricar un programa de su elección respecto a las relaciones exteriores con sus vecinos. Más bien que sorprendernos, empezamos a comprender.

El pedante que me presta este poderoso punto de vista es un habitual, un profesional en materia electoral y parlamentaria. Se le parte el corazón cuando alguien le dice que el Parlamento y las elecciones tienen la culpa de los desastres de Francia en los últimos ciento cincuenta años. (Recuerdo a Déat las invasiones sufridas por Francia, por culpa de la democracia, desde 1789, 1792, 1793, 1815, 1870, 1914, 1940.)

Se ha fabricado una especie de monstruo, que llama su doctrina, *según la cual la revolución europea, si bien contraria a la revolución de* 1789, *es, en el fondo, idéntica a ella. La democracia, el liberalismo, el jacobinismo, la judería, las urnas del voto, son para él tan queridas como la revolución, a la cual debe su ascenso social: un Estado y su política son cosas incomprensibles para él si les falta un programa para exhibir sobre los muros y para poner en boca de los partidarios.*

No le digáis que los Estados extranjeros no exhiben nada; que tienen su política secreta y esconden las cartas en el pecho, como los jugadores. El pobre no comprendería nada, no podría comprenderlo. Es preciso —dice él, grita él— que Francia, en lugar de elegir

ella misma y seguir sus intereses en relación con los acontecimientos, elija «un destino entre las gravitaciones de los imperios», bajo pena de dislocarse y desaparecer. Francia tiene que proceder como un «jefe de adictos», que reúne detrás de él, afirmando su plan de acción, en relación con una promesa y una recompensa. ¡«Tomar posición», he aquí la salvación! Posee bandera tricolor, plumeros; no es otra cosa que el desfile de los bomberos. Diciendo en alta voz lo que tenemos intención de hacer delante de un mundo que hace sin decir, *encontraremos solución a todos nuestros problemas. Descubriendo todas nuestras cartas, lograremos salvarlas.*

Se hubieran extrañado mucho al leer estas fantasmagorías los propulsores de la creación y de la grandeza de nuestra patria. Hubieran preguntado cómo podría subordinarse el ser a la acción, y la acción política hablada, gritada, a la acción pura y simple. Este programa de funámbulos y de declamaciones les hubiera dejado estupefactos, atónitos. Pero el señor Déat no hubiera comprendido nada del estupor manifestado por ellos. Lo mismo que cuando se le meten bajo los ojos las evidencias que él ignora. ¿Le resulta imposible verlas? Ya lo he dicho claramente y el por qué.—CHARLES MAURRAS.»

Como se ve, *los que favorecían la empresa del enemigo han tenido que ver con nosotros* hasta el final. No hemos ahorrado ni las objeciones razonables, ni el látigo de las violencias. No hemos cesado jamás de oponernos a ellos y de denunciarlos como los principales autores de la anarquía y de las catástrofes francesas.

* * *

Entonces, ¿cómo ha sido posible reprocharnos, por un solo instante, aunque sólo fuese a la ligera, que habíamos *favorecido al enemigo*? Todo lo contrario, lo hemos atacado, criticado y contrarrestado todo el tiempo. Los que le favorecían han sido nuestros peores enemigos. Les hemos denunciado siempre, cuando era posible, abiertamente, y cuando no podíamos hacerlo —como en el caso de Laval—, veladamente y evitando a toda costa comprometernos con ellos. El señor Laval, jefe oficial del Gobierno de Francia, era tratado por nosotros como un sospechoso, porque nosotros lo sabíamos —y queríamos que se supiera que lo sabíamos—, representante oficioso, colocado por Alemania entre ella y el Mariscal.

Nuestra manera de *favorecer las empresas del enemigo* consistía en descubrir su juego, y, cuando esto no era posible, en hacerlas públicas y denunciarlas. Por tal causa, apenas supimos algo sobre el trato vergonzoso cuya víctima ha sido el Mariscal, por parte de los alemanes, que han violado su residencia y su casa, abierto su gabinete de trabajo y penetraron en su dormitorio, antes de llevarlo cautivo a Alemania. Nos hemos apresurado a publicar todo esto, y como la Censura se oponía, hemos hecho circular folletos en que se relataban, aconsejando al mismo tiempo a todos nuestros amigos que lo difundieran de viva voz. Como sucedía un mes después de la detención de Maurio Pujo y de Georges Calzant en la fortaleza de Montluc, sabíamos lo que nos esperaba si cometíamos alguna indiscreción. Pero, como en cualquier otro momento de nuestra actividad política, tampoco nos detuvimos por esto.

LA ENTREVISTA CON LOS PERIODISTAS AMERICANOS

Es triste tener que decirlo: lo que la Gestapo no se ha atrevido a reprimir lo ha hecho la Policía francesa.

Reproduzco aquí hechos; estoy mejor que nadie en situación de conocerlos.

El lunes, 4 de septiembre, mi colaborador Auphan vino para decirme que cuatro periodistas agregados al ejército americano que acababa de entrar en Lyon deseaban tener una conversación conmigo y tener una interviú sobre los acontecimientos. Aunque escondido en Lyon —a causa de los comunistas—, me puse inmediatamente a disposición de estos compañeros de allende el océano. Se me objetó que de este modo se sabría que estoy en la ciudad,

porque se me creía ya lejos. Pero el deber de informar al pueblo americano era superior a las preocupaciones en torno a la seguridad personal. Una hora después me encontraba ya en mi domicilio, en la calle Franklin. Los periodistas vinieron a él e iniciamos la conversación.

Entre ellos estaba el enviado del *Time* de Nueva York, que me dirigió cabalmente la palabra. Reproduzco aquí las preguntas según el texto que he conservado:

1.ª *¿Qué especie de Gobierno tendrá, según su opinión, la Francia del mañana?*

2.ª *¿Cree usted que existe todavía la posibilidad de una monarquía en Francia?*

3.ª *¿El Gobierno de Vichy era efectivamente germanófilo?*

4.ª *¿Cree usted que existe la posibildad de una guerra civil en Francia?*

5.ª *¿Cuál es su opinión sobre la política americana con respecto al Gobierno de Vichy?*

6.ª *¿Cuáles son sus proyectos personales para el porvenir?*

7.ª *¿Hay alguna cosa especial que usted considera oportuno decir al pueblo americano para expresar su postura política?*

Una vez leído el cuestionario, pedí a mis interlocutores el permiso de invertir el orden para contestar primeramente sobre el caso del Gobierno de Vichy, es decir —y ellos estuvieron de acuerdo— sobre el Mariscal. Protesté con todas mis fuerzas, diciendo que era una calumnia creerle filoalemán. No, el Mariscal no era germanófilo. Nunca lo había sido. Ofrecí todas las numerosas pruebas que tenía. Mostré, como lo había hecho Pujo delante de sus compañeros de cárcel en Montluc, cómo el Mariscal había sido *el más resistente* de los franceses, la encarnación misma de la resistencia, porque no había querido jamás ceder nada a los alemanes más allá de las cláusulas del armisticio, les

había negado la colaboración militar, y las bases navales del Mediterráneo, había dado su consentimiento al hundimiento de la flota, y si había aceptado por patriotismo tantas humillaciones y tantos ultrajes, si había soportado a hombres como Laval y Déat, lo hacía para evitar mayores calamidades para su Patria.

Sabía que mis interlocutores estaban en posesión de folletos taquigrafiados conteniendo: *El Mensaje del Mariscal a Francia. Su carta de protesta a Hitler* y *El relato, hora por hora, de los ultrajes que le hicieron los alemanes el día 20 de agosto.*

Me contenté con decir que aquellos documentos, si manifestaban en qué había consistido la política de Alemania hacia el Mariscal, contenían, igualmente, sancionaban y solemnizaban la política del «solamente Francia», del Mariscal, hacia el ocupante.

Al contestar a mis compañeros americanos sobre las demás cuestiones en el sentido que puede imaginarse, debí mostrar a ese respecto cierta animación, ya que, al salir el redactor del *Times* dijo a Auphan: «Está muy vivo el viejo». Mi insistencia le había chocado.

El martirio infligido por Alemania al Mariscal fué conocido, por tanto, en América gracias a mí.

Por mí no pudo creer el mundo que a la cabeza del Estado francés, desde el 1940 hasta 1944, hayan existido únicamente complacencias delante del enemigo. La causa del Jefe que llevaba el estandarte debía ser distinta de la causa de los que le traicionaron. Lo que más había favorecido al ocupante y su propaganda, es decir, la fábula de su acuerdo con el Mariscal y los buenos franceses que le seguían, se había disipado gracias a nosotros.

¿Cómo se me puede acusar de haber favorecido lo que, al contrario, he combatido, derrumbado, literalmente anulado?

Pero esto no es todo. ¡Queda todavía un epílogo muy bonito!

Un cuarto de hora después de marcharse los americanos, abandoné otra vez mi domicilio de la calle Franklin para refugiarme en un sitio menos conocido. Allí pasé el martes, miércoles, jueves y viernes siguientes. Pero el viernes 8 de septiembre, a las ocho y media de la tarde, mi colaborador Auphan llamaba a la puerta seguido por algunos policías. Estos señores le habían dicho que el señor Comisario de la República en Lyon quería hablarme a propósito de mi entrevista con los americanos.

Creí, efectivamente, oportuno que el Gobierno podía tener interés de ser informado por mí sobre el asunto. No opuse, por tanto, ninguna dificultad para seguir a mis visitantes; tomé mi bastón y mi sombrero y bajé sin otro equipaje que mi abrigo. Mis dos colaboradores y amigos, Pujo y Auphan, descendieron conmigo.

Los policías estaban armados hasta los dientes. Les solté algunas bromas a este propósito. Me contestaron que lo hacían por si nos atacaban los comunistas.

Llegamos a la Prefectura. El Comisario de la República, el señor Yves Farge, estaba, nos dijeron, en conferencia con la autoridad militar, y nos recibiría durante la noche o la mañana siguiente. Pasamos la noche en tres sillas. Nos pidieron, a Auphan y a mí, un resumen escrito de la entrevista con los americanos. Lo redactamos en seguida. Parece *que los documentos no han sido todavía encontrados*. Dos o tres horas después de su entrega se nos anunció, sin más ni más, nuestra detención.

Esta detención —tan singular— me encontraba, como siempre, en servicio contra Alemania. Y, como siempre, listo para atacar y desfavorecer la empresa del enemigo.

RECAPITULACIONES

Luego, cuanto había precedido a este acto final y a nuestra actividad política de junio, julio y agosto, había consistido en luchar contra el hombre —liga de Alemania, contra este Marcel Déat que, durante todo el tiempo, había querido hacer que Francia combatiera a su lado. «Alemania no esperará siempre, no esperará mucho tiempo», escribía él el 11 de enero de 1943 —el mismo Déat que en junio del 1944 quería que Francia ayudase a Alemania en la batalla de Normandía—.

Para contrarrestar la acción de este agente del enemigo, habíamos hecho cuanto dependía de nosotros.

Durante los meses y años precedentes nos habíamos consagrado a mantener las dos grandes negativas del Mariscal: nada de movilización francesa al servicio de Alemania, nada de declaración de guerra a Inglaterra.

¡Y ahora se atreven a acusarnos por no sé qué acuerdo con el enemigo!

Retrocedamos algo más para verlo mejor:

Desde 1939 nos habíamos opuesto violentamente a esta guerra, que el enemigo quería que se le declarara; nos pronunciamos enérgicamente por el armisticio de la salvación contra el armisticio de la traición, y después del armisticio tomamos una posición firme y clara contra la facción alemana de Vichy y de París; lo mismo después de Montoire, contra todas las falsas interpretaciones contrarias a la doble consigna del Mariscal: «Seguidme y no paséis más lejos que yo».

Nosotros, que hemos acechado a Laval, dentro del ambiente del Mariscal y delante del mismo Mariscal; nosotros, que hemos hecho una guerra de cuatro años contra

los tránsfugas parisienses del patriotismo francés; nosotros, que nos hemos opuesto en toda ocasión al colaboracionismo, a sus oradores, propagandistas y conferenciantes, a la fábula de la «buena Europa alemana» —fábula sostenida por la Prensa de París y por el periódico alemán de Lyon *L'Effort*, discutida y ridiculizada por *La Acción Francesa* diariamente, y la otra fábula alemana de la Cruzada en el Este, atacada en *La Acción Francesa* hasta provocar el furor de los doriotistas y que yo he discutido en contra de la opinión de Bonnefoy, delante de nuestros compañeros lionenses; nosotros, que habíamos atacado y continuábamos atacando a estos ridículos cuentos antifranceses para apoyar mejor y para consolidar la resistencia del Mariscal, porque el Mariscal representaba la resistencia supremo. Precisamente cuando parecía ceder en algunas cuestiones de personas, él se mantenía aún más firme en cuanto a los principios y a las realidades. Si estaba obligado a llamar a Weygand de Africa del Norte, no fallaba con respecto a la cuestión cuya bandera llevaba Weygand, negándose a entregar los puntos de apoyo mediterráneos, Tolón y Bizerta, que Berlín reclamaba.

El Mariscal practicaba y profesaba el respeto escrupuloso de todos los términos del armisticio en lo que se refería a nuestros antiguos aliados. Cuando estos últimos le obligaban a defenderse contra sus violencias, no lograban arrancarle nada de lo que él se había propuesto no entregar al firmar el armisticio.

Esta era su línea, invariable e invariada.

Esta era también nuestra línea.

Es absurdo y necio desconocer o ignorar aquella oposición radical a los deseos, a las pasiones y a los intereses alemanes.

ALEMANIA, BURLADA. SU TESTIMONIO

¿Qué habría pasado si el Mariscal hubiera sido menos firme o si no hubiera encontrado en la opinión francesa apoyos morales como el nuestro, en los cuales su alta autoridad ha podido confiar?

¿Qué habría pasado si el partido francoalemán, que él ha mantenido siempre a distancia, hubiera obtenido la victoria contra el Mariscal?

¿Si los Laval y los Déat hubieran podido conceder a Hitler los puertos mediterráneos que ambicionaba?

¿Si se hubiera declarado la guerra a Inglaterra y si millares de jóvenes campesinos franceses, vestidos de gris verde, hubieran sido puestos a disposición del hitlerismo?

No pueden calcularse estas eventualidades. No se quiere ver estos peligros. Pero existían. Existía la posibilidad de poner en movimiento las indignaciones causadas en los franceses por las ruinas y las matanzas producidas por los bombardeos, para mover a estos nuevos sectores de la opinión.

¿Quién ha dicho *no*, siempre *no?* El Mariscal, y nosotros detrás de él. Es ésta una resistencia como otra cualquiera. Menos novelesca, quizá, pero tan poderoso, tan eficaz cuanto la otra y hasta más preciosa. Pero esta resistencia no ha sido posible sin una lucha continua contra la Prensa alemana de París, Lyon, Marsella y otros muchos sitios. Esta lucha tuvo sus riesgos. Nosotros no hemos presumido con esto. Pero, ya que todo el mundo presume hoy, ¿por qué no decir lo que es y lo que fué? El trato final que se le tributó al Mariscal denota que él no estuvo nunca sobre el lecho de rosas. En cuanto a nosotros, sin hablar más del envío de Maurice Pujo y de Georges Cal-

zant, ya se sabe adónde, por la Gestapo, sería preciso no olvidar las bandas más o menos revolucionarias, congregadas en París por Déat y sus compañeros, que nos amenazaban con sus visitas. Denunciada cada día por la prensa germanizada, esta resistencia fiel tuvo con todo esto la virtud de escapar al mismo alemán gracias a la simple finura del juego francés.

¡Cuánto se han sorprendido de esto los alemanes después! Entre los papeles abandonados por la «Propaganda-Staffel» se ha encontrado un opúsculo, fechado en noviembre-diciembre de 1943, que lleva el título «Spiegel der Französiscen Presse» (Espejo de la Prensa francesa). Su origen no es nada dudoso. Lleva un subtítulo: «Informe del Grupo de Prensa de la Sección de Propaganda en Francia». El documento es confidencial; sobre la tapa se especifica: «Los destinatarios son responsables de la conservación y destrucción de los ejemplares numerados» y «Confidencial, sólo para el uso del Servicio».

El gran interés del documento consiste en que manifiesta la opinión de los alemanes sobre *La Acción Francesa*, y no para los fines de su propaganda, sino *para lo que su servicios tienen que pensar sobre «La Acción Francesa»*. El documento, del cual conservo una copia fotográfica, esclarece los ataques de la prensa germanófila contra nosotros. Es de importancia capital. He aquí un trozo de un artículo del Sonderführer A. Thiersch, que se refiere a *La Acción Francesa*:

Entre líneas.—Ojeada sobre la prensa de la zona Sur.

... ...

«La resistencia pasiva contra la Nueva Europa, que ponen de relieve los textos anteriormente citados, adquiere el aspecto de oposición *en una hoja que, por su violencia, ocupa desde hace tiempo un lugar aparte en la prensa francesa, la monárquica* Acción Francesa. *Indudablemente, Charles Maurras se manifiesta hoy con palabras vehementes contra Inglaterra, contra Moscú y contra el judaísmo*; pero cualquier argumentación que formula contra estas fuerzas se dirige igualmente contra Alemania *y Europa, porque está relacionada con el postulado de una autarquía política y espiritual de la Francia que Maurras reivindica día tras día con intransigencia. «Francia, únicamente Francia», ésta es la divisa que pone cada día en la portada de su periódico. El porvenir calificará, sin duda, como la señal de una extraordinaria tolerancia el hecho de que, después de haber combatido durante cincuenta años como nadie a Alemania, este hombre,* cuya influencia decisiva sobre el curso de «espera» de la política de Vichy es harto conocida, *haya podido continuar, sin molestias, su actividad en un país ocupado por el ejército alemán.*

«Francia —escribía Maurras en La Acción Francesa *del 24 de septiembre de* 1941— *no tiene que sacrificarse por intereses extraños, porque el Extranjero (especialmente Rusia, Inglaterra y América), por fuerza de las cosas y a causa de los sacrificios que ha hecho y que tiene que hacer para la guerra, está obligado a pensar ante todo en sí mismo. Sería el más ridículo de los sueños atribuirle no sé qué intenciones generosas; es preciso que nos preocupemos de nuestra propia existencia, intentando sobrevivir, aunque se exijan esfuerzos inauditos... Nuestros supuestos salvadores y libertadores son egoístas feroces... No hay más que un medio para perdurar y vencer, y es la inquebrantable voluntad de no dejarnos engañar ni depredar por cualquier enemigo, sea antiguo o nuevo.»*

El lector adivinará que las frases no se refieren únicamente a las potencias mencionadas entre paréntesis, de modo que no hacía falta que figurara la palabra «especialmente».

He aquí el testimonio de nuestra *resistencia*, que es como una especie de documento de identificación. He aquí el testimonio de la utilidad del aparato administrativo francés interpuesto por el armisticio del Mariscal, *el armisticio salvador:* había aún un medio de pasar por entre las mallas de la ocupación. Pero es también la confesión de la estupidez alemana engañada, burlada por nosotros. Nuestra intención estaba realizada; nuestros fines, alcanzados ampliamente, y la empresa enemiga, fracasada.

¡Y se nos acusa de haberle servido!

NO SE ME ENGAÑARA

Señor Presidente,
Señores del Jurado,
Señor Abogado de la República,
No se me engañará con esta acusación.

Os he comunicado en mi Memoria escrita cómo la interpreto yo.

Tengo el deber, hacia vosotros y hacia mí mismo, de recordarlo otra vez de viva voz.

No hay una sola persona al corriente de las Letras contemporáneas que pueda contradecirme si afirmo que no existe un solo escritor francés que haya manifestado durante toda su carrera, en el mismo grado que la persona sentada frente a vosotros, un horror parecido hacia el espíritu y la dominación alemana. Este hecho material no admite réplica en lo que se refiere al tiempo anterior a junio de 1940, y la acusación quiere entonces que, a los setenta y dos años, haya cambiado de pensamiento, de espíritu y de lenguaje. Sería preciso que nos explicara este cambio repentino.

¿De dónde podría surgir?

¿De la bondad que los alemanes hubiesen mostrado hacia mi persona?

¿De sus tentativas de ganarme?

¿De sus promesas?

Yo me había opuesto enérgicamente al clan parisiense de los amigos de Alemania; al acercarse los ejércitos alemanes (junio 1940), abandoné París para continuar manifestando libremente un pensamiento francés, desde el momento en que tuve la certeza de que París no sería defendido; nos refugiamos en Poitiers; abandoné esta acogedora ciudad en el momento en que se encontraba bajo

la amenaza alemana; a su llegada a París —el tercer día—, los alemanes sellaron mis domicilios personales, en la calle de Verneuil y calle de Borgoña; saquearon, en la calle del Boccador, la sede de *La Acción Francesa*, cuyos directores somos Mauricio Pujo y yo. Primeramente se produjo un desalojamiento gradual y, al cabo de dos años, cuando se apoderaron de nuestros locales, se llevaron todo que que quedaba, con destino desconocido: colecciones, registros, muebles, sin olvidar los libros; objetos, autógrafos, reliquias y recuerdos preciosos que adornaban, entre otras cosas, mi despacho personal; durante estos cuatro años, los alemanes han prohibido y perseguido mi periódico en toda la zona del Norte, y quien tenía un solo número estaba castigado. Quien poseía un paquete se exponía a graves penalidades; desde hace cuatro años los alemanes tienen prisionero a mi sobrino e hijo adoptivo, el teniente Jacques Maurras, a pesar de las propuestas y tentaciones que se le han hecho, este valiente muchacho se negó a ser trabajador libre allí; mis últimas disposiciones lo mencionarán en la orden del día de *La Acción Francesa* por esta negativa francesa; en Martigues ocuparon los alemanes mi casa, destruyeron mi jardín con sus trincheras y minaron mi colina. Me ofrecieron una indemnización, pero la rechacé, no queriendo tocar dinero alemán, y tampoco, por si la indemnización era francesa, aumentar, en lo poco que hubiera representado, la carga de mi país; en Limoges, sólo con poner los carteles con la inscripción de su «Kommandantur», me hicieron abandonar el hotel en que habitaba; en Lyon me echaron de hotel en hotel. Antes de reducirme a vivir en una habitación amueblada, en una de sus inspecciones al «Grand Nouvel Hotel» habían arrancado una cinta tricolor que decoraba una bonita imagen de la catedral de Strasburgo, que estaba encima de mi mesa de despacho; en esta misma ciudad, sus amigos los milicianos nos privaron por

requisa de una parte del departamento que habíamos alquilado al *Progrès;* nuevamente, en Lyon, metieron en la cárcel, durante diecinueve días, en la fortaleza de Montluc, a mi admirable codirector, codetenido y coacusado, Mauricio Pujo y a mi querido colaborador Georges Calzant; en Lyon, finalmente, en señal de despedida, una bomba destinada a hacer saltar uno de los puentes casi nos mata a Mauricio Pujo y a mí...

Verdaderamente, señor Presidente, señores del Jurado y señor Abogado de la República, ¿podía acaso esta lista de gentilezas hacer que me orientara en el sentido alemán y que favoreciera sus empresas?

Se trata de un absurdo insostenible.

¿Y entonces?

Os propongo una explicación razonable: los reproches que se me hacen, las acusaciones cuyo objeto soy, se fundan en esto:

La larga serie de campañas contra la influencia alemana en Francia, la larga lista de advertencias que he hecho al pueblo francés, esta serie de alarmas anteriores a la misma aparición de *La Acción Francesa,* que cubren un espacio de más de cincuenta años, constituye un cuerpo de recuerdos y de servicios prestados a Francia, vistos de muy lejos.

Se ven a bastante distancia para molestar a los que lucharon para que yo no fuera escuchado, a los que no han querido o no han sabido armar, ARMAR, *ARMAR,* a los que han querido —y he aquí los verdaderos traidores, he aquí la verdadera inteligencia con el enemigo—, a los que han querido, digo, hacer esta guerra después de habernos desarmado.

Los franceses, cuando me encuentran, me dicen con pena: «*¡Qué desgracia que no hubiera sido usted escuchado, porque no estaríamos en esta situación!*

Los mismos franceses pueden y deben decir a mis

acusadores: «*Hemos llegado aquí por vuestra culpa. ¡Qué desdicha que vosotros hayáis sido escuchados!*

Mi hoja de servicios formula, por tanto, vivos reproches contra mis acusadores. Por eso han intentado invertir los papeles. Procuran atribuirse, por su propia cuenta, en antiguos negadores de la Patria, antiguos autores del desarme de Francia, antiguos partidarios de una guerra perdida, el mérito y el honor de mi doble campaña a favor de la paz y del rearme, a favor de la defensa de la nación y de la victoria de nuestra Patria.

El sentimiento nacional que estos señores exhiben hoy puede engañar, respecto a su pasado. Yo no niego lo que haya de sincero en su patriotismo, pero todo esto es muy reciente. Ha surgido después de producirse las desgracias que nosotros habíamos anunciado, previsto, predicho y querido impedir. Han sido necesarias derrota tras derrota, ha tenido que producirse una ocupación tiránica durante cuatro años, para despertar en los buenos corazones franceses las ideas y las luces que el antipatriotismo y el antimilitarismo habían oscurecido. El corazón, es decir, el buen corazón, la sangre; es decir, la buena sangre francesa, han sentido, al final, que no puede haber vida privada tranquila y segura sin una vida nacional fuerte y sin un espíritu nacional poderoso. La casa tiene necesidad de protección. No hay clases sociales, ni cuerpos sociales felices, estables, duraderos, sin una cintura de protección. El trabajo de los hombres pacíficos está siempre expuesto a las destrucciones de la guerra, de las agresiones y de las invasiones, si una protección sólida no lo defiende. En otros tiempos, la protección de Francia estaba asegurada por la monarquía. La democracia no ha sabido mantenerla. Durante los ciento cincuenta años que precedieron a la democracia, nosotros no habíamos sido invadidos ni una sola vez. Después, volveré a repetirlo hasta la muerte, bajo los nuevos gobiernos, la grande invasión, una inva-

sión profunda, ha mordido siete veces nuestro territorio: en 1792 y 1793, en 1814, 1815, 1870, 1914, 1940. ¿Los que se muestran muy justamente y muy legítimamente irritados por la ocupación alemana habían pensado acaso en ella, habían concebido al menos que iban a sufrirla y soportarla? Yo he pensado siempre en esto: en el posible ataque, en la posible invasión, en la defensa necesaria contra estas invasiones, cuya amenaza la sentíamos nosotros siempre encima.

En todo esto los demás no han pensado nunca, o casi nunca, hasta que sintieron el golpe de los acontecimientos. Todo esto me da derecho a decir que si algo ha favorecido la empresa del extranjero, ha sido la negligencia, la ceguera, contra las cuales he militado tanto.

Quienes se negaban a prever la guerra que el enemigo alemán preparaba, le favorecían y servían.

Le favorecían y servían también cuando le declararon la guerra sin reflexionar.

Servían a Hitler los que le declaraban la guerra que a él le hacía falta —la misma guerra que Emile Ollivier había declarado a Bismarck en 1870.

Durante todo el primer semestre de 1939 no me cansé de repetir: ¡Daladier!, ¡Daladier!, vuestro nombre, que se escribe *Daladié* en nuestro provenzal, significa olivo silvestre. ¡Atención a la homonimia! Desconfiad de los demás. Los astros dicen que Ollivier, siendo hijo de Marsella, puede atraer hacia su destino a un hijo de Carpentras como tú.

Daladier y sus compañeros servían al enemigo cuando no escuchaban mi grito: ¡armémonos!

Se servía al enemigo cuando no se hacía nada de lo que nosotros decíamos.

Se servía al enemigo cuando se hacía todo lo que nosotros desaprobábamos.

Los días que precedieron a la declaración seguíamos

afirmando a Daladier: «*¿Qué puedes hacer por Polonia? Nada en realidad.*»

No me contestaba; antes al contrario, se volvía más testarudo en su propósito. Y así, cayeron en la trampa que se les tendía, por visible que fuera. Nosotros amábamos a Polonia y detestábamos a Alemania mucho más de lo que Daladier las amaba y detestaba. Pero creíamos que antes de ir a la guerra hacía falta conocer lo mismo nuestras fuerzas que las fuerzas del enemigo. El pueblo francés no debía ser conducido al matadero como una pobre bestia. ¡Se servía al enemigo cuando se formaba de las muchedumbres francesas una idea tan degradada!

Y día tras día repetíamos también que era una locura entablar una guerra *ofensiva*, cuando, desde hacía años, no se había previsto ni organizado sino un aparato militar *defensivo*. Se hacía un servicio incomensurable al enemigo, se favorecía la empresa de su victoria, cuando no se tomaban en cuenta las objeciones del patriotismo y de la razón. He aquí la verdadera traición. *Y los traidores están entre nosotros.*

¡Oh! Comprendo perfectamente que los responsables de la horrible aventura no puedan pensar en nosotros sin avergonzarse de ellos mismos.

¡Y cómo comprendo que ellos desean pasar sobre mis espaldas las responsabilidades que pesan sobre ellos tan gravemente!

Les sería muy agradable decir que en los tiempos en que creían a los alemanes inofensivos, yo decía la misma necedad. Estarían, indudablemente, encantados también si pudiesen decir qe nuestros pronósticos de 1939 eran vanos y falsos. Desgraciadamente, ellos se han verificado por los sombríos y trágicos acontecimientos que, por ser ahora nada más que recuerdos, no dejan de aplastarnos con sus consecuencias.

Por eso no les queda más que obstinarse en repetir la

bobada de que yo he tenido razón en otros tiempos, pero he cambiado después.

En el momento en que todo verificaba y confirmaba mis dos campañas paralelas contra Alemania y contra la democracia, no he tenido nada mejor que hacer, según estos señores, sino pasar al enemigo que más había combatido.

—*Claro que sí* —se atreven ellos a decirme—; *usted expresaba de este modo su reconocimiento a Alemania por haber causado la caída de la democracia.*

¡Esta es también otra estupidez idiota!

Si yo hubiera deseado la caída de la democracia al precio de la ruina de mi Patria, ¿me habría dado acaso tanto afán para derribar a la democracia? Me hubiera bastado con dejarla pasar, en vez de hacer esfuerzos para limitar sus desgastes, combatiéndola. Hubiera sido suficiente dejarla correr hacia donde corría por sí misma: hacia el desarme, la desmilitarización y la desnacionalización de Francia, que son los caminos directos, las pistas verticales hacia la derrota y los desastres. En vez de oponerme con toda mi alma a esta guerra perdida de antemano, yo hubiera debido empujarla hacia esta y otras guerras, en 1936 o en 1938, guerras que yo y mis enemigos hemos impedido por poner a Francia por encima de todo.

Y ahora los hombres que cantaban el himno de Pottier, «Crosse en l'air et rompons les rangs», los que gritaban contra la «locura de los armamentos», quieren echarme en cara sus doctrinas y su acción. ¡Todo esto se explica! Quieren cubrir de mentiras su pasado y el mío. Pero si yo admiro su imprudencia, los encuentro muy imprudentes. Existen evidencias más resplandecientes que el sol. ¡Y no llegarán al término sin dificultades, se lo prometo!

Por lo demás, no es ésta la primera vez que se procede conmigo de este modo. Esta tentativa de ahora es, indudablemente, la más desvergonzada y la más grosera de las

que he sufrido; pero ya otras veces se ha intentado revestirme con errores contrarios al espíritu de mi vida, al alma de mi pensamiento. En el terreno *social*, en este terreno en que me han representado tantas veces como defensor de «trust» o partidario del liberalismo económico opresor del pueblo, es decir, favorable a las doctrinas que he combatido durante toda mi vida. A los dieciocho años ingresaba yo en la *Reforma Social*, revista fundada por el gran Federico Le Play, autor de la famosa encuesta sobre los «Obreros europeos», que domina su siglo. Tenía treinta y cinco años cuando compuse mi «Porvenir de La Inteligencia», que es un requisitorio contra esta plutocracia que ustedes llaman «capitalismo». A los cuarenta años, después de la represión inhumana de los motines populares de Draveil-Vigneux, tomaba, en *La Acción Francesa*, la parte del pueblo obrero, traicionado por la burguesía republicana, colmaba a Clemenceau (durante su primer Ministerio) de fuertes invectivas, después de las cuales los sindicalistas patriotas, dirigidos por nuestro amigo Emile Janvion, colgaban el busto de la República en la fachada del Palacio de la Bolsa del Trabajo. Al mismo tiempo desarrollaba una campaña *doctrinal* sobre la necesidad de integrar el proletariado en la sociedad, según la fórmula de mi maestro Augusto Comte, que concedía al obrero de la gran industria garantías serias que hicieran parte del estatuto nacional. En estos estudios, reunidos en mi *Diccionario político y crítico*, decía que si el espíritu paternal era necesario, no era suficiente; y a aquellos entre los jóvenes burgueses o burguesas que se vanagloriaban, justamente, de la bondad, la generosidad, la filantropía de sus padres o de sus maridos hacia los obreros de sus industrias, contestaba yo que estos buenos patronos tenían razón, pero que ellos no eran eternos, sino que podían ser sustituídos por patronos menos buenos, y hacía falta inscribir el derecho obrero en las leyes.

Esto no procedía, en cuanto a mí se refiere, de una elección arbitraria de mi pensamiento, sino que correspondía perfectamente al conjunto de mi doctrina. El liberalismo económico que supone la omnipotencia del dinero es un flagelo derivado de la Revolución francesa. La reacción que nosotros encabezábamos exigía, ante todo, una restauración de las condiciones humanas en el trabajo nacional y para los trabajadores franceses. Condiciones naturales, condiciones necesarias que la antigua Francia había conocido. Si nosotros rechazamos de una manera absoluta las falsas divisas de «libertad» e «igualdad», creadoras de anarquía, de celos y de odio, conservamos, con todo, el precepto de «fraternidad», derivado directo de la idea de *nación*, que expresa una relación de familia: un estado de origen común a todos los nacionales. Este programa social constituía el alma de nuestra política. Ahora bien; siempre que nuestros enemigos se han atrevido a hablar de ello trataron de desfigurarlo con una rara insolencia.

No olvidaré en toda mi vida el día en que, delante del Jurado del Sena, la inmunda asesina de un héroe de la guerra del 14, el Decius francés, nuestro querido y grande Marius Plateau, una mujer de la calle, Germana Berton, se atrevía a llamarme *el más grande enemigo del proletariado*. Le repliqué que no era así, lanzándole a la cara lo que acabo de decir ahora. Pero al día siguiente todos los periódicos reproducían la injuria y la mentira, sin decir una palabra, ni siquiera una palabra de rectificación. ¿Por qué? ¿Qué interés tenían en todo esto? El interés, común entre nuestros demócratas revolucionarios o burgueses, de mantener al pueblo apartado de sus verdaderos amigos, de sus amigos desinteresados y fieles. El obrero francés, inteligente, ardiente, siempre preparado para marchar, constituyendo un «valor» electoral y parlamentario preciosos, era la caza preferida de los partidos de izquierda y extrema izquierda. Nuestra palabra sincera

no debía penetrar hasta el obrero; debían establecerse compartimentos estancos entre ellos y nosotros. Para lograr esto se servían sobre todo del antipatriotismo y del antimilitarismo, con los cuales habían literalmente saturado al mundo proletario. Porque mientras el obrero alemán, el obrero inglés, americano o italiano eran elevados en la fe y el respeto de su Patria, el obrero francés, desprovisto de vigor natural, encontraba y tropezaba, en nuestro patriotismo, con un elemento que debía alejarle de nosotros.

Los jerarcas que se le habían impuesto hacían todo lo posible para expresar su indiferencia hacia la idea de Patria. Se decía corrientemente hace treinta años que mejor sería hacerse alemán que dejar tres años en los cuarteles a los hijos de Francia. En plena guerra 1914-1918, los llamados jefes del proletariado francés iban a Kienthal para tratar la paz blanca. Cuando nosotros queríamos llevar la guerra hasta la victoria se nos tachaba de sanguijuelas de los obreros. Sin embargos, estas calumniosas precauciones no lograban eliminar cualquier riesgo respecto al contacto entre los trabajadores y nosotros. Entonces quedaba un solo, grande y decisivo, remedio: desnaturalizar nuestra doctrina justa y fraternal y atribuírnos la otra que siempre hemos combatido.

Abrigados por estas mentiras, los malos pastores de la democracia social podían sentarse contentos a la mesa, la mesa del gran capital; se hacían abogados de grandes casas comerciales y mendigaban para sus hijos puestos lucrativos cerca de los grandes intrigantes del régimen, verbigracia, el famoso Oustric... El inocente sufragio obrero constituía, desde luego, un buen asunto. Los que se aprovechaban de él tenían un interés creciente de conservarlo. Nos atribuían, por tanto, sus prácticas y desvirtuaban nuestras ideas. Más tarde, cuando en el ala derecha del partido socialista se formó un ala democrática, llamada

cristiana, los mismos intereses pusieron en juego las mismas mentiras. Los oradores y escritores de esta facción no habían podido perder de vista la divisa de sus campañas electorales: «*Encierro mi conciencia en la mesa de mi despacho y la recogeré al volver.*» ¿Habrán vuelto a encontrarla alguna vez? Durante la última primavera, un periódico de esta secta que aparece en Friburgo daba a lo que llamaba *maurrassianismo* el color odioso de un espíritu antisocial, antiobrero y antiproletario. Sólo que esta vez la calumnia caía en un ambiente de reflexión y, lo que más importa, informado. Nuestros lectores del cantón de Vaud y los redactores de *La Nation*, de Lausanne, restablecieron espontáneamente la verdad auténtica, y terminaban la rectificación diciendo que la sometían a «*la apreciación de la gente honesta de la derecha y de la izquierda*». Bonito pensamiento éste, pero es preciso completarlo con otra verdad de la experiencia: no hay honestidad en los políticos cuando se les amenaza en su pan cotidiano. Con ellos es preciso esperar siempre y en todo.

Los políticos que se encontraban en escena en el momento de la inmensa ruina de la Patria, los políticos que han provocado esta ruina por maldad, por falta de habilidad o por incapacidad, creen hoy que sería bien útil, cómodo y confortable, lograr que me tomen a mí por ellos y a ellos por mí. Así quedarían tranquilos. Su *déficit*, lo repito, les molesta, y quieren atribuírmelo a mí. Les tienta mi *superavit*, y quieren apropiárselo. Se me permitirá decir otra vez que les comprendo. Casi, casi merecen mi alabanza. Después de todo, ellos ocupan, en 1945, la posición moral que ocupaban, después de 1870, el emperador Napoleón III, su ministro de Relaciones Exteriores, Gramont, su primer ministro Ollivier y su ministro de la Guerra, el mariscal Leboeuf. Mi posición es la de los consejeros prudentes y sabios como Thiers y la de los informadores serios como el coronel Stoffel. Como los que querían impedir al

emperador lanzarse contra la espada de Moltke y Bismarck, también yo hacía todo lo que dependía de mí para impedir que nuestros políticos se echaran contra la espada tendida por Hitler. «*No —decían ellos—, no es una espada; es un juego de naipes.*» Ellos se han hundido y han hundido también al país, engañado y perdido por sus consejos. ¡Malos recuerdos para estos señores! Figuraos qué agradable sería para los aprovechadores de la «mujer sin cabeza» poder decir, apoyados en solemnes decisiones de la justicia popular: «¡No hemos sido nosotros! ¡No hemos sido nosotros! ¡Ha sido Maurras!»

Ahora bien; Maurras no se deja engañar... ¿O es que lo dudan acaso?

Y no es porque yo tenga especial interés en salvar mi vieja persona.

A mi edad poco vale la vida. ¿El honor? Yo desafío a cualquiera que intente manchar mi honor. Todo lo que acabo de decir habla fuertemente por sí mismo. Ni la más extraña de las detenciones, ni más de cuatro meses de cárcel severa, ni las simbólicas esposas, ni el estúpido relato de un informador degradado del que os hablaré, ni la inculpación que quiere ser infamante, pero que recae sobre sus autores; nada de todo esto puede resistir al rayo de luz que yo acabo de proyectar hasta vosotros. ¡Oh! Yo no ignoro lo que son las facciones y lo que pueden los facciosos en tiempo de crisis y de revolución. Con ellos se expone uno a todo.

Pero ¿qué quiere decir esto? En cuanto a mí, no me interesa otra cosa que la Verdad, la Justicia y la Patria.

La Verdad es *una sola*. Desafío a cualquiera que se atreva a contestar seriamente, en su conjunto o en los más mínimos detalles, lo que yo acabo de exponer. Me encuentro en perfecto estado con la Verdad.

¿La Justicia? No puede mirar sin una sonrisa de amarga ironía a los partidarios de la guerra de 1939, causan-

tes de nuestras desgracias, un Charpentier de Ribes, por ejemplo, que quieren exonerar sus augustas espaldas de las tremendas consecuencias de su gestión, para descargarlas sobre alguien que les había advertido, uno por uno, sobre sus incapacidades. Yo no tengo miedo a la Justicia.

En cuanto a la Patria, reconozco cuanto le debo; pero mi respeto filial me prohibe admitir que el nombre de uno de sus buenos servidores sea borrado de su frente o sea mezclado en relaciones indignas. Los escasos errores de la Historia de Francia han tenido siempre el privilegio de ser compensados por rehabilitaciones espléndidas y generosas. Todavía más que de la Verdad y la Justicia, estoy yo seguro del afecto maternal de mi Patria y del fiel recuerdo de todos los verdaderos franceses.

Ahora me sentaré tranquilo, después de decir lo que debía decir, preparado para contestar a las estúpidas historietas, más o menos deformadas, que vosotros me reprocháis.

Venid ahora, falsos informadores, falsos recopiladores o malos lectores de los textos más claros. Venid, malos inventores de intenciones que podrían muy bien corresponderos a vosotros, pero que no son dignas de mí. Venid, mensajeros, servidores, instrumentos de las facciones y de los facciosos. Venid, falsos testigos. Tengo preparadas mis palabras para todos y para cada uno. Cada uno de vosotros recibirá el golpe directo de la Verdad, los choques irresistibles de la Justicia, como un último servicio que, viejo y agotado, haya yo podido tributar a la madre Patria. Cuatro meses hace que coloqué estas audiencias bajo dos grandes invocaciones: Juana de Arco y Andrés Chénier.

INDICE

INDICE

Págs.

PROLOGO ... 7

INTRODUCCION:

Mi instinto antigermano ... 13
En París ... 16
El Zar en París ... 17
Las dos Atenas (1898) ... 18
El caso Dreyfus ... 19

I.—LA ALEMANIA INTELECTUAL Y «LA ACCION FRANCESA» ... 21
El aniversario de Fustel de Coulanges ... 23
Monarquía y democracia ... 24
La guerra y la paz ... 26

II.—«LA ACCION FRANCESA» Y LA OTRA GUERRA. La provocación alemana. «Kiel» y «Tánger» ... 29

LA REORGANIZACION:

Hombres y armamentos (1905-1914) ... 31
La unión sagrada (1914)... ... 37
El armisticio del 11 de noviembre y el triste tratado... 39

III-IV.—VEINTE AÑOS DE ALARMA. DE VARSOVIA A MUNICH ... 43

Págs.

Del Ruhr a Maguncia 46
La espada de Hitler (1930) 48
«Mein Kampf» 49
La subida del hitlerismo (1934-1935) 50
La segunda anteguerra (1934-1935-1939) 53
La derrota del pacifismo (1938) 54
Nuestras cuatro reglas 61
Rusia (agosto 1939) 62
Nuestro grito de alarma. ¡Ganar tiempo! 63
La imprudencia de Daladier 65
La declaración de la guerra 67
Lo que se salva y salvó 69
En Poitiers y en Villefranche-de-Rouergue 71
Nuestra posición después del desastre 74
El armisticio de 1940 75
El sentido del armisticio: Los dos armisticios 78
Inglaterra 79

V.—EN VICH. El partido de Laval. El partido alemán. El armisticio para entregarlo todo 83
El partido franco-alemán y la entrevista de Montoire. 95
La destitución de Laval (13 de septiembre de 1940)... 106
La cuestión americana (1941) 111
Retorno de Laval al Poder 112
Salida de los trabajadores franceses para Alemania.... 118
Instigadores, milicia, refractarios. Cortes marciales..... 120
Manifestaciones y exhibiciones 125
El «perfecto acuerdo con el Mariscal» 127
La entrevista con los periodistas americanos 133
Recapitulaciones... 137
Alemania, burlada. Su testimonio 139
No se me engañará 142

DOS OBRAS DE INTERES SENSACIONAL

CARLTON J. H. HAYES

Ex-Embajador de los EE. UU. en España

MISION DE GUERRA EN ESPAÑA

ESTE libro es un relato personal de la misión llevada a cabo por el Embajador Hayes para contrarrestar las presiones del Eje sobre la España de Franco y conseguir que permaneciera al margen de la guerra, concediendo facilidades y auxilio a los Estados Unidos y sus aliados.

Cuando Carlton Hayes fué enviado a Madrid en la primavera de 1942, los aliados, aunque a la defensiva o en retirada en todos los frentes, proyectaban ya una gran operación que, al menos en Europa, consiguiese arrebatar la iniciativa de manos del Eje. Era ésta la invasión del Norte de Africa, y para su éxito tenía vital importancia que la operación no se viese amenazada por ataques de flanco desde la Península Española, cuya situación estratégica había de tenerse muy en cuenta. La misión del Embajador Hayes no sólo consistía en conseguir que España no realizase tal ataque, sino también procurar alentarla a resistir hasta el máximo de sus posibilidades ante cualquier intento de los alemanes por avanzar a través de la Península. Aquí relata la forma en que llevó a cabo su doble y difícil cometido.

Durante tres años, España fué concediendo gradualmente un mayor número de facilidades a los aliados; al principio, frente a graves amenazas de los alemanes, y después con mayor facilidad, a medida que la victoria aliada se hacía más segura. El Embajador Hayes da al relato la forma de una ingenua historia, animada con la descripción de sus distintos viajes por el país y con los retratos de los personajes españoles y los de su colaboradores diplomáticos.

RUSSELL-DANNERS

GOERING ANTE SUS JUECES

RUSSELL-Danners, extranjero dentro del Reich, vinculado con los grandes junkers de la Prusia Oriental y depositario de muchos secretos del fenecido régimen nacionalsocialista, narra en este libro único, con estilo sencillo, con amenísima pluma y claridad inigualada, la vida de Herman Goering, sus ideas y sus obras, a las que sirven de fondo toda la vida de la Alemania nazi desde su formación hasta su caída. Desfilan por sus páginas los secretos de aquella política, los rostros y las máscaras de sus figuras y figurones, las anécdotas más expresivas y los ejemplos más edificantes de su ideología y actuación. El libro nos sitúa ante los hechos pasados con un criterio objetivo, de alabanza y crítica, según conviene al desarrollo de los acontecimientos.

Pedidos a:

EPESA - Alcalá, 20 - Tel. 22100 - Madrid